Daniel Mella

Nació en Montevideo, en 1976.
Es profesor de Inglés.
Publicó: *Pogo* (1997) y *Derretimiento* (Uruguay, 1998, España, 1999). Participó con un cuento en *Líneas Aéreas*, una antología de escritores hispanoamericanos nacidos después del 60, presentada y publicada en Madrid junto con *Derretimiento*. Asistió al Primer Congreso de Nuevos Narradores Hispanoamericanos realizado en Madrid en 1999. *Derretimiento* fue elegido uno de los mejores libros del año, en 1998, por *El País Cultural* y por *El estante* .
El autor fue nombrado revelación del año 98 por *El estante*.

ALFAGUARA

Daniel Mella

Noviembre

ALFAGUARA

© 2000, Daniel Mella
© De esta edición:
2000, Ediciones Santillana, SA
Constitución 1889. 11800 Montevideo
Teléfono 4027342
Fax 4015186
Internet: http://www.santillana.com.uy
Correo electrónico: edicion@santillana.com.uy

• Grupo Santillana de Ediciones, SA (Alfaguara)
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid, España.
• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA
Beazley 3860. 1437 Buenos Aires, Argentina.
• Santillana de Ediciones SA
Av. Arce 2333. La Paz, Bolivia.
• Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.
Dr. Aiztía 1444. Providencia,
Santiago de Chile, Chile.
• Santillana, SA
Río de Janeiro 1218, Asunción, Paraguay.
• Santillana, SA
Av. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú.

ISBN: 9974-653-88-6
Hecho el depósito que indica la ley.
Diseño:
Proyecto de Enric Satué
Foto de cubierta: Focus
Foto de solapa: Andrés Strapff

Impreso en Uruguay. Printed in Uruguay
Primera edición: Octubre de 2000. 1000 ejemplares

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o trasmitida por
un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma,
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro medio conocido
o por conocer, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

A Sofi

Agradecimientos:

A Norma y Ariel; siempre voy a celebrar que sean mis padres.

A mis hermanos y a mi hermana, que han moldeado gran parte de mi corazón.

A Ricardo Henry, esperado hermano mayor, cuyo talento literario envidio malsanamente y cuya amistad y guía dejo que los demás envidien.

A Álvaro Buela, que abrió caminos y en quien me puedo descansar, aun cuando la deuda no pare de crecer.

A Christian Kupchik, que dio una primera patada, como no podía ser de otra manera viniendo de quien venía, desbordante de entusiasmo.

A Cristian Arán, "soul surfer" desde que entró a clase con la corbata bordó.

A Gustavo Escanlar, Gustavo Wojciechowski, Pablo Harari, Carlos Liscano y Mario Levrero, quienes, cuando nos tocó encontrarnos me dieron mucho, sabiéndolo o sin saberlo.

A Sonia Martínez y Jorge Magallanes, los únicos jefes.
A Martín Recto, joven uruguayo con problemas y una buena banda, y a Luciana Azcurra por la foto.

A Sofi, que inspira.

Alina salió al frente de la casa hace siete años. Estaba desvelada y poco más que obligó a Guzmán a que la acompañara a la playa. Llevaba su piyama satinado color crema y pantuflas.

—Al principio pensé que era una manía y nada más, te juro —dijo—, pero ahora quiero averiguar por qué te levantás todos los días tan temprano, qué perversión tiene mi esposo que yo no me entero.

Guzmán respondió que no era necesario ir hasta la playa ni a ningún lado. Él se había levantado a esa hora desde siempre, desde que tenía memoria y no era ninguna perversión. Pero ella insistió en que si iban a hacerlo, iban a hacerlo bien, así que bajaron a la playa. Eran alrededor de las siete menos cuarto. Todavía faltaban unos minutos para que amaneciera. Cuando llegaron, Alina eligió un lugar en la arena, le pidió a Guzmán que se sentara y se metió entre sus brazos porque hacía fresco. Estuvo a punto de caer dormida. Tenía veinte años, tenía los ojos acatarrados. No vio a la otra pareja llegar, pero cuando sintió sus ruidos se desprendió del abrazo de Guzmán. Eran

padre e hijo. El hijo debía de tener cerca de catorce. Hacían ejercicios de yoga.

—Así que era esto lo que hacías —dijo Alina.

El sol había empezado a dejarse ver, y ella se puso a imitar los movimientos de la pareja. Guzmán trató de descubrir la intención de Alina al achinar exageradamente los ojos mientras caminaba alrededor de él con plasticidad: batiendo los brazos en cámara lenta, envolviéndose en los brazos, cruzando las manos frente a la cara con los codos abiertos y por último congelándose brusca y algo vacilante en la posición menos cómoda. Se desprendió de las pantuflas con dos pequeñas patadas. Parecía un pájaro flexible de patas y alas largas. Balbuceaba.

Luego se sentó frente a Guzmán, que había tratado de dividir su atención entre Alina y el sol. Ella dijo que había visto muchos amaneceres: después de ir a bailar y comiendo bizcochos calientes.

—Este no es el primer amanecer que veo, para tu información.

Lo miró fijo. Guzmán pensó en decirle que él no necesitaba ver la salida del sol. No era eso. Sólo se despertaba automáticamente unos minutos antes de que amaneciera. Era como un despertador que tenía en el cuerpo. A veces tardaba un par de minutos en volver a dormir, otras media hora: ahí era cuando salía

afuera, porque había aprendido a disfrutarlo y nada más. Pero se calló. Alina, sin embargo, prosiguió.

—Y vos, que estás tan acostumbrado a ver la salida del sol, mirás para el lado equivocado. *Pfff*. No te das cuenta de que sin todo lo que tenés atrás, no existiría la salida del sol.

Miró a la izquierda, donde quince metros más allá, padre e hijo seguían enfrascados en su danza. Se mordió el labio inferior y los ojos marrones se le agrandaron, cálidos.

Guzmán se sintió horrorizado y débil. Llevaban tres meses de casados. Ella no sabía de su hábito de levantarse tan temprano y esa costumbre, con cada madrugada, había pasado de sorprenderla y pinchar su curiosidad, a irritarla. Ahora explotaba. Cuando llegaba al extremo de la ironía era porque se lo estaba tomando como algo personal, y Guzmán presintió todo un desfile de detalles que se irían tornando graves e irían interponiéndose entre ellos con el tiempo. Tuvo miedo esa misma mañana de que el amor de los dos no fuese tan fuerte como para soportarlo. Pensó que si ella lo dejaba ahí mismo, tendría toda la razón del mundo. Y se descubrió en pleno retroceso, empezando a resignarse, a protegerse aceptándolo como un hecho, y el dolor se encarnizó cuando Alina despegó los ojos de la pareja y los volvió a Guzmán. Sofocaba una carcajada y él deseó que ella fuese la mujer de su vida.

Alina negó con la cabeza y dijo:

—Y todavía, encima, vos sos tan lindo. No sabés lo que te estás perdiendo. Qué suerte que vine.

Hoy son las tres de la madrugada del último sábado de noviembre, y esto es lo que Guzmán le cuenta al mozo del Café La Ronda.

La primera vez que habló sobre Alina con un extraño fue en mayo, una noche que se juntó con Javier, que no era un extraño pero sí casi un desconocido. Le habló sobre su separación; y hacia el final se sintió vivificantemente liberado, y al día siguiente experimentó una claridad de pensamiento que lo tranquilizó y le dio ánimo.

El barman, un tipo morocho peinado al gel, se ocupa de entrar el juego blanco y púrpura de mesas y sillas de la vereda. Ahora las apila contra una pared. Guzmán da sorbos intermitentes a su margarita, y el mozo, que lo estuvo escuchando durante la última media hora, bebe su primer whisky de la noche sobre la barra. Tiene una cara expresiva a pesar de la frondosa barba marrón. No emite una sola palabra desde que Guzmán empezó a hablar de esa mañana en la playa. Guzmán le describe cómo se sintió observado por Alina mientras ella se mantenía de espaldas al sol y al mar: ya no débil ni con miedo. Ella parecía algo para siempre ahí, rubia, alta y en piyama, un año menor que él y admirándolo como parte del paisaje.

Los rasgos del mozo no terminan de acomodarse en ningún momento. Guzmán le dice que mañana —hoy mejor dicho— a las ocho, igual que todos los sábados a las ocho, va a tener que encargarse de Maite, su hija, y el mozo muestra su hilera de dientes impecables en una sonrisa que los ojos no aceptan.

El encargado, calvo y de lentes, trabaja en el balance junto a la máquina registradora. El barman, de vuelta en la vereda, recoge el toldo. Hay música. Y afuera, algún tipo de actividad; unos magros y festivos haces de luz bañan de electricidad la plaza con palmeras de enfrente. Guzmán mira la multitud de fotografías de cine en blanco y negro en las paredes. Demasiado pequeñas, al principio le resultaban una combinación hostil con el gran cuadro pintado en colores vivos encima de la puerta de entrada. Ahora, mientras habla recordando cómo a partir de aquella mañana Alina empezó a entredespertarse sólo a veces y ya sin preocupación cuando él se levantaba como un robot antes del amanecer, y la manera en que ella le dedicaba entonces algún roce con los dedos o un comentario entre tierno y jocoso, ahora a Guzmán esas fotos se le aparecen con una sustancia familiar, como si también formaran parte de su memoria.

El último domingo, como todos los domingos, Alina pasó a recoger a Maite por la casa que hasta no hace mucho compartían en Neptunia, a cuadra y media del arroyo Pando y a trescientos metros de la playa. Guzmán la obligó a frenar cuando no había avanzado más de un palmo en primera. Tragándose inútilmente el nerviosismo, le preguntó a través de la ventanilla:

—¿Las fiestas este año las vamos a pasar juntos o, cómo es la cosa? ¿Tenés idea?

Hubo algo de ofuscación en la cara de ella después de haber oído la pregunta. Y una mueca incrédula, como si la inseguridad de Guzmán hubiese salido literalmente a flote y ella la pudiera ver navegando por su frente y luego anclándose entre sus ojos. Al menos, ella fijó ahí su mirada.

Respondió:

—Una de las fiestas, probablemente Fin de Año... Maite y yo vamos a pasarla con mis padres y el resto de mi familia. O no, capaz que Navidad, por los regalos.

Maite tenía el cinturón de seguridad puesto en el asiento trasero, las manos en los

muslos, y el cuerpo, vestido de algodón, semidormido.

—¿Cuánto falta para Navidad? —preguntó la niña.

Entonces, Alina lo miró con reproche. Desde el momento en que las luces traseras del auto se perdieron de vista, Guzmán se repitió mentalmente la respuesta a la pregunta de su hija: más de un mes y medio. Lo dijo en voz alta:

—Más de un mes y medio —antes de entrar a casa.

Hoy, antes de pasar a buscar a Maite, hace una parada en el Devoto de Santa Mónica para comprarle un alfajor de esos que traen tatuajes adhesivos con figuras de los dibujos animados de moda. Termina comprando dos; el otro es para Alina.

Alina está parada con Maite en la puerta de la casa de sus padres, donde ambas viven desde la separación. La madre apoya la mano en la cabeza de la niña, y la niña cuelga los brazos de una forma que parece indicar que la mochila le pesa mucho en la espalda. Maite reconoce el auto de su padre y se larga a correr con el cuerpo inclinado hacia adelante, tomando a Alina desprevenida. Alina la persigue y ataja en la vereda, tres pasos antes de llegar a plena calle. Guzmán estaciona del lado opuesto de Blanes Viale. Cruza con las manos detrás de la espalda.

Pero el alfajor no surte el efecto deseado. Por más que padre e hija le explican a Alina,

con entusiasmo, el asunto del tatuaje, ella se guarda el alfajor en el bolsillo del pantalón.

—Mamá te lo guarda para cuando vuelvas, ¿te parece? —le dice. Se agacha frente a Maite, le aprieta el brazo a la altura del codo—. Podría ser un buen regalo para ya sabés quién.

La niña se lleva un dedo a los labios, pidiéndole que haga silencio, y mira a Guzmán tratando de descubrir si escuchó la infidencia. Él no da señales de vida. Y es testigo de cómo cada una le da un beso en la frente a la otra.

—Bueno, está bien. Pero si querés podés comértelo todo —insiste Maite.

Con recelo, Guzmán se acerca a su esposa para despedirse. No la besaría si ella no tomara la iniciativa. Se estira y aprieta sus labios, apretados, contra los de él.

—Guz, ya sabés, cualquier cosa... —murmura, y le clava delicadamente una mano en las costillas.

—Hoy alguien que yo sé me va a ayudar a hacer un asado —dice Guzmán en voz alta para que Maite también lo oiga, y la niña acusa recibo. Se arregla la mochila sobre el hombro y esboza una de sus sonrisas inteligentes.

No ven a Alina entrar a la casa porque ella se queda en la acera hasta que el auto dobla la esquina. Frenan una cuadra después. Hay una mirada de complicidad entre Guzmán y Maite mientras él extrae, de una bolsa que lleva guardada bajo el asiento, tres almo-

hadones y los acomoda, uno encima de otro, sobre el asiento del acompañante. Ella se desata el cinturón de seguridad y pasa del asiento trasero al delantero. Dejó la mochila atrás pero lleva el alfajor en la mano. Se deja caer encima de los almohadones. Él la ayuda a sujetarse el cinturón.

—Estoy lista —declara. Guzmán pone rumbo a los veinticinco minutos que separan Carrasco de Neptunia.

—¿Puedo abrirlo? —pregunta la niña, al cabo de un rato.

—Claro que sí.

Maite toma el alfajor con ambas manos, pronta para romper el envoltorio:

—Ojalá que la figurita sea de niñas porque las de los varones no me gustan.

Tira y lo abre con éxito, sin desparramar migas. Con una mano saca el alfajor y usa la otra para buscar la figurita. Una vez que lo logra, Guzmán toma el envoltorio, que ella ha dejado caer sobre la falda, lo arruga y lo mete dentro de la guantera.

—¿Y? ¿Es de varones o de nenas? —pregunta él.

—Creo que es de varones, pero ésta a mí me gusta. Mirá.

Se trata de un chico rubio, de ojos redondos y claros, pelo largo y facciones femeninas. Seguramente de una serie japonesa, porque los ojos del héroe son desmedidamente

grandes y redondos, verdes, y las pestañas larguísimas y la nariz respingada. Lleva un traje plateado y futurista adherido al cuerpo. Está enfocado de arriba y vuela hacia el dibujante, al que mira con su rostro andrógino.

—¿Estás segura que te gusta? Podemos comprar más alfajores si querés hasta que encontremos una figurita que te guste de verdad.

—No, esa me gusta de verdad.

—No es la que me dijiste la otra vez. ¿Cómo se llamaba?

—Seilor Mun.

—Este no es Seilor Mun.

—No, no es Seilor Mun —se ríe con la garganta— pero este es bueno igual. No es del mismo dibujito pero ta, a mí me gusta.

—Bueno, ya sabés, cualquier cosa buscamos otra figurita para ponértela de tatuaje y esta te la podés quedar. Digo, para dársela a alguien de regalo. Si te interesa regalarle algo a alguien, claro.

—¿A quién?

—No sé. A ver, dejame pensar... A algún amigo del Jardín, por ejemplo. *Mmmh*, pero claro, tendría que ser un varón.

—Ah —dice Maite, y mira su alfajor, al que todavía no ha mordido. Con la mano libre arregla el vestido a cuadros escoceses para que cubra la superficie del primer almohadón, como un mantel. Después, muerde. Guzmán ve sus piernas blancas y juntas. Apenas sobresalen

del asiento. Hay un moretón debajo de la rodilla izquierda. Faltan años para que llegue con los pies al suelo.

Se deleita tratando de imaginar cómo será el noviecito de Maite. Maite le da un mordisco al alfajor. Tarda en darlo un segundo. En un momento determinado, se lo ofrece íntegro a su padre, que no acepta. A veces alarga el cuello buscando una mejor vista a través del parabrisas. Cuenta que un mago fue a visitar el Jardín esa semana. El mago les dejó a todos acariciar el conejo que sacó del sombrero, que tenía ojos rojos, y el resto del día se sintió el olor del conejo en las manos y la ropa. Tira el alfajor por la ventana y dice:

—Opa, se me cayó —tiene ojeras un poco más oscuras que el resto de la piel, de nacimiento.

Pero a Guzmán la mente se le ha medio deslizado a otro lugar. Con cada nueva ocasión en que se ven, Alina se muestra siempre un poco más distinta que la vez anterior. Adquiere hábitos que a él le resultan desconocidos. La forma de arreglarse el pelo o un tic de mirarse fugazmente, mientras habla, el hueso de la clavícula. Algunos, piensa él, deben de ser recuperados de una época anterior a que se conocieran; otros, provendrán de la gente con la que ahora entra en contacto o puramente de dentro suyo. Y tiene la impresión de que con esos gestos ella se está encargando de mantenerlo a ra-

ya, de crear un lenguaje nuevo que volverá imposible restablecer la intimidad que tuvieron una vez.

Pero entonces hay súbitas demostraciones de afecto. Ciertas actitudes como las de esta mañana, cuando Alina le clavó su mano en las costillas. Eso sucede, y Guzmán se siente dividido. Con un pie en la tierra y el otro en el aire. Entre Maite y Alina. Es una sensación incómoda la de estar en dos partes al mismo tiempo, pero sabe que lo que provoca ese estado en él es la esperanza, y la esperanza es lo único contra lo que no se puede luchar. Por ejemplo, ahora ve a Maite buscar algo con que limpiarse el chocolate de los dedos, barajando la posibilidad de hacerlo en el vestido con las yemas marrones hacia arriba, y luego desistir. Reconoce la primera señal de coquetería en su hija, y le diría algo si parte de su cabeza no estuviese ausente. Se limita a abrir la guantera, pasarle un rollo de papel higiénico, y espera a que termine de usarlo, para luego guardarlo y tirar los pedazos ensuciados por la ventana.

Cinco caballos trotan por la orilla. Los que cabalgan son un grupo de amigos, adolescentes todos. Parecen estar divirtiéndose a lo grande; se oyen sus gritos cuando uno se larga a galopar de improviso, luego otro y después otro, hasta el último.

Maite vaga por la franja de arena más atestada de ramas y desperdicios, agachándose a veces para examinar algún objeto atractivo, las rodillas dobladas a la altura de los hombros. Se yergue y mira en dirección a los gritos.

Diez de la mañana. El cielo está despejado, no del todo azul y la temperatura es la justa. Guzmán decidió venir en coche hasta la entrada de Zorba en lugar de bajar caminando hasta la playa de Neptunia, seducido por la idea de una *caipirinha* fría. Encontró el parador cerrado pero la desilusión no cobró una forma desesperada ni mucho menos; la sed ficticia se le diluyó en la garganta. Pensó en regresar. La arena de la playa bajando directamente desde su casa es más abundante, más fina, y el arroyo reduce su anchura de sesenta metros a la mitad cuando desemboca en el mar. Pero Zorba igual está despoblada y el camino ya ha sido hecho. Además, están la tarde del sábado y todo el domingo para volver a hacer playa donde se les ocurra. La barra de Pando no se va a mover de lugar ni el clima a cambiar de repente.

Ahora, Guzmán está a pocos metros de su hija. Boca arriba, los codos apoyados en la arena. Las piernas flacas extendidas terminan en la mitad del muslo, donde empieza el bermuda negro. El abdomen, antes chato y rugoso, ya no tiene la misma definición. La musculatura de los hombros, más desarrollada que la

del resto del cuerpo, logra que el cuello aparente escualidez y da la impresión, en la postura que guarda, de que sus brazos fueran tirantes firmes sosteniendo una carpa vapuleada por el viento. Tiene calor en la cabeza. En parte porque lleva el pelo más largo de lo acostumbrado: casi le cubre las orejas, le acaricia las pestañas y hace que su cara sea menos afilada.

Mira abstraído a su hija. No, no la mira a ella; abarca todo el cuadro. La extensión de arena semivacía que se emblanquece con la distancia, macacos negros que son personas, lejos también, y el mar y el cielo y en medio de todo eso, Maite.

Sabe que ella le va con cuentos a su madre de lo que hizo con él durante el fin de semana. Alina tomó como rutina llamarlo los miércoles. Le comenta lo que la niña dijo, usando a veces sus palabras textuales. Imita la inflexión de su voz. Y él siente que de alguna forma está siendo recompensado, que Alina reconoce su progreso, y trata de no tocar el tema. La deja hablar. A lo sumo llega a decir:

—Sí, fue un lindo fin de semana.

Pero nada más. Hubo un tiempo, al principio, en que se esforzaba porque los dos días que pasaba junto a Maite estuviesen llenos para ella de cosas que contar. Luego ese esfuerzo se transformó solo, dio paso a una especie de inercia, de suave fuerza primitiva, y los fines de

semana siguieron estando llenos, pero ahora también para él. Entonces, cuando Alina llama los miércoles, se limita a decir:

—Sí, no estuvo mal, la verdad.

Cosas de ese tipo.

Nada más. Porque hay una parte que es inaccesible para ella: lo que le sucede en momentos como este, cuando ve a su hija usando ambas manos para protegerse del sol, los codos abiertos y mirando cómo se alejan los caballos por la orilla. Y Guzmán presiente un aliento frágil en esa emoción: una verdad que sólo va a poder seguir siendo verdad mientras permanezca callada. Maite pesa veinticinco kilos debajo de la parte inferior del biquini rojo.

Se quitó la parte superior a los diez minutos de llegar a la playa porque le incomodaba. Tiene pliegues en la parte posterior de las rodillas y donde los brazos se juntan con el torso. Cuando los jinetes se alejan, viene hasta Guzmán corriendo y dice:

—¿Viste los caballos?

Dos minutos más tarde, Maite lo toma de la mano cuando el agua lame por primera vez sus pies. Al principio camina sacando los pies del agua a cada paso, hasta que el agua se lo impide y entonces avanza arrastrando las piernas, como si estuviese dragando el fondo. El mar está calmo, liso, pero en un momento ella apresa el brazo de su padre con ambas manos y dice:

—Levantame aúpa.

Guzmán se agacha.

—¿Qué pasa? Si está tranquilo.

—Quiero que se me vea el tatuaje.

El tatuaje, que él le imprimió a un lado del ombligo rascando con la uña, brilla.

—¿No te querés mojar la cabeza?

—No me parece.

—¿Vamos hasta el fondo con papá?

—¿Hasta dónde?

—Hasta que el agua me llegue igual que a vos ahora. Un poquito más capaz. Hasta acá —junta cuatro dedos de una mano y marca el lugar, en el diafragma. Maite mira el nivel del agua en su propio cuerpo.

—Ta bien. Pero que no se me moje el tatuaje, ¿ta?

—No se va a mojar, no te preocupes.

Guzmán se interna lentamente, con Maite sentada en su antebrazo derecho y abrazada al cuello. Con la mano que pasa por detrás le rasca al padre la curva de la mandíbula: uno de los gestos que él recuerda en ella desde sus primeros días, cuando aún no tenía palabras para expresar confianza, y que se negó a abandonar con la llegada del habla. Guzmán confirma que ella se tranquilizó del todo cuando la oye decir:

—La otra vez vino un mago al Jardín, ¿sabías?

Y la interrumpe:

—¿En serio? Cuando yo tenía tu edad, antes que vos nacieras, también vino un mago al Jardín que yo iba. Capaz que era el mismo. ¿Tenía puesto un traje negro?

—Síií.

—Bueno, ves. Si esto no es una coincidencia... Yo no sé. Un traje negro, una varita mágica y un sombrero, ¿no? Sí, estoy seguro de que era el mismo. Cuando vino a mi jardín me dejó agarrar el conejo blanco que sacaba del sombrero. Fui el único al que le dejó agarrarlo. Porque sólo dejaba a los niños especiales hacer eso. Ahora no sé si seguirá haciendo ese tipo de cosas. El asunto es que después me quedó toda la tarde un olor a conejo en la ropa y en las manos que ni te cuento. A que no sabés de qué color tenía los ojos el conejo...

Maite detuvo su actividad en la mandíbula del padre mientras él hablaba. Dejó los dedos inmóviles apoyados en el hueso. Lo mira fijo, vuelve a mover los dedos y dice:

—Rojos —sin dejar de mirarlo.

—¿Eh? ¿Cómo sabés?

La niña mira hacia el horizonte. Respira hondo. El mentón se le frunce por un segundo.

Con disimulo, Guzmán se mete a una parte más honda de la que prometió hace veinte metros. El agua le llega hasta las tetillas. Le pregunta a Maite si está pronta para que se hundan.

—Pero se me va a mojar el tatuaje.

—Bueno, pero sólo una vez. Después no nos hundimos más.

—¿Cuándo voy al Jardín de vuelta?

—El lunes. Pasado mañana.

—¿Cuándo es eso?

—Dormís, te despertás, después dormís otra vez, te despertás y ya está. Es lunes.

—¿No se me va a borrar hasta el lunes? —se mira el ombligo.

Él chasquea la lengua.

—No. Si te lo mojás una vez no se te borra nada. ¿Estás pronta?

Se aprieta la nariz entre índice y pulgar. Guzmán también. Sabe que ella no cierra los ojos hasta el último segundo antes de sumergirse, y se enrosca con más fuerza de su cuello. La mañana sin nubes parece haber cambiado cuando emergen, las cabezas juntas. A Maite, los ojos y la boca le abren la cara de excitación; siguen haciéndolo después que ella se barre el agua del rostro con una mano. El cerquillo rubio, ahora mojado y color manteca, se le aplasta entre los ojos marrones.

El cuerpo le tiembla.

—*Brrrr* —dice, y se refriega la punta de la nariz con la palma.

—No se te borró, ¿viste? —dice el padre, tocándole el tatuaje. Pero Maite mira y señala hacia la orilla.

Los cinco caballos están de regreso. Uno de ellos, blanco manchado de gris, viene retra-

sado, y los gritos del jinete, una chica, se hacen audibles.

—¡Este caballo de mierda es un matungo! Es como si la voz de la chica viajara rebotando en el agua y diera de lleno en la boca de Maite, con un golpe de hilaridad:

—Matungo —dice, saboreando el eco de la palabra—. Este caballo de mierda es un matungo.

Guzmán mira a su hija, que a su vez lo mira, repentinamente consciente de algo y se rectifica.

—¡Este caballo es un matungo! ¡Arre, arre! —y empieza a saltar con la cola sobre el antebrazo de su padre. Guzmán es un matungo hasta que salen del agua. Los caballos se pierden.

En la arena, Maite no lo agarra de la mano pero tuerce el cuello para mirarlo. Achina los ojos por el sol. Las ojeras se le abultan. Se arregla el cerquillo, quitándolo primero de entre los ojos y luego alisándolo sobre la cabeza. Tiene un andar de varoncito, se hamaca levemente de lado a lado.

—El mago que vino la otra vez al Jardín también tenía un conejo. Capaz que era el mismo de cuando vos eras un niño porque estaba medio viejito. Yo lo vi que me miraba. Porque yo estaba sentada y me estaba portando muy bien. Se quedó quietito quietito. No sabés. Me dio emoción. Yo estaba sentada al lado de un

amigo que tengo en la clase, y a mi amigo también lo miró.

Lo dice rápido. Tomando aire cuando las frases se atropellan unas a otras. Desclava la vista de su padre a mitad del parlamento, dejándola en ángulo, al frente y todavía algo levantada. Después, para acallar cualquier intervención por parte de él, se mira el tatuaje. Hunde un poco la hinchazón natural de la barriga.

—También tenía una paloma, me acuerdo. ¿Cuál es la diferencia entre una paloma y una gaviota?

—La verdad, la verdad, no sé.

—Los ojos de mi amigo que tengo son bien verdes.

Guzmán levanta de la arena la parte superior del biquini, levanta la pelota que es su camiseta y sus chancletas con la misma mano, y coloca las de Maite en posición para que ella deslice sus pies dentro. Luego envuelve a la niña con la toalla verde, que le llega hasta los talones. Aunque hace calor, ella la mantiene cerrada sobre sí mientras caminan en silencio hasta el auto. El silencio para ella está lleno de gruñidos, murmullos y notas en la garganta. Va reconcentrada en evitar que se meta arena entre las plantas de sus pies y las chancletas, y se le notan los puños sujetando la toalla desde dentro a la altura del pecho. A él, las llaves del auto y de la casa se le deslizan fuera de la cami-

seta apelotonada. Las recoge, y en quince minutos están de vuelta.

Recogen piñas, todo tipo de ramas caídas y pinocha para hacer el fuego. El terreno de la casa está delimitado, en tres de sus lados, por los bordes donde el pasto se corta y empieza un bosque de arena, pinos y acacias.

Guzmán y Maite se internan ahí y vuelven con los brazos cargados. Para que a ella no se le ensuciara el vestido, que se cambió luego de darse una ducha con la manguera, el padre le puso una camiseta roja por encima. La niña lleva, además, un gorro blanco, y trae a veces pinocha, otras veces ramas y luego piñas; por alguna razón, no transporta mezclas.

Guzmán saca, una por una, las piñas que Maite lleva en los brazos y las va amontonando en el suelo, al lado del parrillero. Se distrae mirando los raspones que le han dejado a la niña en los brazos.

En el último lado del terreno, que apunta al sureste, se levanta un tejido de alambre. Manolo, el vecino, se asoma cuando el asado está a medio hacer. Guzmán está pinchando los chorizos y haciendo pequeños cortes en la carne. Maite se muestra especialmente interesada en ver y oír cómo la grasa de los

chorizos y la sangre de la carne caen sobre las brasas. Se sobresalta cuando oye a Manolo decir:

—Buen día para un asadito, ¿eh?

Manolo es español, de Andalucía, y las dos décadas que lleva lejos de su país le hicieron perder casi todas las expresiones de su idioma, aunque mantiene intacto el acento.

Sobrepasa con holgura los setenta años, y tiene el pelo blanco y abundante y un bigote grueso que se le extiende hasta mitad de las mejillas. Es el único vecino en cuadras. Era el propietario de la casa que luego los padres de Alina compraron como regalo de casamiento para la pareja. Se perfila con su figura retacona y fuerte detrás del alambrado.

Maite se sobresalta por lo inesperado de la irrupción de Manolo en escena. También porque le tomó miedo desde que el doberman de Manolo, que se llamaba Rommel y con el que ella solía jugar cuando ambos eran cachorros, enloqueció y se llevó la pantorrilla izquierda de su amo hace casi exactamente un año.

Se repone del sobresalto, pero queda como escondida. Se agarra nerviosamente el pulgar izquierdo con la mano derecha. Guzmán responde:

—Si quiere acompañarnos...

—Bueno, le agradezco la amabilidad, pero tengo a la muchacha ahí esperando por un

guiso que seguro está de rechupete —y cabecea hacia atrás.

Guzmán nota la presencia de Elvira a las espaldas de Manolo. Está sentada en un amplio sillón de mimbre, a la sombra de un pino. Pedazos de sol dan en el sombrero rojo que lleva puesto. El vestido celeste es más grande que ella. Solía ser un ama de casa activa. Fue de mucha ayuda para Guzmán y Alina cuando nació Maite, y se convirtió pronto en una segunda madre para la niña. Preparó comida para ellos y se ofreció a cuidarla cuando los padres se ausentaban. Desde más o menos la misma época del incidente de Manolo con el perro, y en un abrir y cerrar de ojos quedó recluida en una silla la mayor parte del tiempo y dependiente de las atenciones del esposo. Ahora tiene las manos blandas sobre los apoyabrazos; la cara apuntando hacia arriba y el resto del cuerpo, también provocan una sensación plácida. No habla, apenas ve y está perdiendo el oído. Detrás de ella, la cucha vacía del perro.

Guzmán piensa en la velocidad del proceso que deterioró sus facultades y la llevó a la silla, y siente a Elvira cerca de su propia experiencia.

Sí, la sensación es plácida al mirarla. Pero se trata del tipo de placidez que podría transmitir una estatua antigua; se torna enseguida algo inquietante. Cuando se mueve lo

hace con pasos cortos, acompañada siempre de su esposo aunque no se apoya en él. Camina despacio, tratando de imprimirle el equilibrio justo a sus articulaciones acartonadas, y se transforma en una estatua cuando toma asiento. Da la impresión de que lo hiciera con la intención de perdurarse, de que esa fuese la única forma que ha encontrado de robar un día más. Porque se mantiene inmóvil y engañosamente blanca, pero no fría. Lo que hay de antigüedad en su caderuda apariencia de estatua no tiene nada de cosa muerta. Lo que Elvira encierra de vida traspasa de alguna forma su caparazón quieta aun cuando está más quieta, y de tanto en tanto se le manifiesta en repentinos accesos de tos. Tose como recordatorio de que ella no es una estatua, algo muerto y para siempre, sino carne todavía perecedera. Y es como si la vida dentro de ella necesitara dar una evidencia más rotunda de su existencia, como si por un momento la vida se revelara contra la función embalsamadora a que la ha relegado Elvira, un animal quieto y relleno.

—Esa preciosura me imagino que habrá ayudado al padre con el asado. Ya la veo yo media vestida para la labor —dice Manolo, depositando sus ojos sobre la niña.

Maite da dos pasos, tímida, y queda a medio metro de las piernas de su padre. Se mira la camiseta roja.

—Sí —dice, y ladea la cabeza.

—Bueno, entro a ver cómo sigue la cosa. Que les haga provecho.

—Gracias, Manolo. Ya sabe, cualquier cosa, a las órdenes. Mándele un beso de mi parte a doña Elvira.

Manolo hace el camino hasta la puerta trasera de su casa sin cojear en lo más mínimo. En ningún momento después de la lesión quiso guardar reposo y anduvo de acá para allá, primero con muletas, luego con ayuda de un bastón y ahora, a fuerza de no rendirse, consigue caminar sin necesidad de ningún apéndice artificial. A lo sumo, se le nota la planta del pie izquierdo poco elástica cuando le toca apoyarse en el suelo. Mantiene los brazos separados del cuerpo, con los codos flexionados.

Ni bien Manolo desaparece dentro de la casa, Maite se acerca al enrejado. Cuelga dos dedos de uno de los alambres.

—Tía Elvira —susurra.

Luego se saca el gorro, pega la cara a las rejas y la llama dos veces más, incrementando el volumen en cada oportunidad. No recibe respuesta.

—No te escucha, Maite. No la sigas llamando porque no te va a oír.

—¿Por qué no?

—Se está quedando medio sorda.

Entonces, Elvira sufre uno de sus ataques de tos. El pecho le salta y sus manos se crispan sobre el mimbre.

—Tía Elvira —dice Maite, ahora en un grito y enganchando con fuerza los dedos en el alambre, animada de súbito. Como si en su mente de cinco años fuese lógica pura el que algo que produce ruidos deba también ser capaz de recibirlos. Pero Elvira se limita a pasarse la lengua por los labios, y traga repetidas veces—. Me parece que no me oye, porque si no me respondería, ¿no es verdad, papá?

—Sí. Estoy seguro de que no te oye.

—Sí, porque si no me respondería —desengancha los dedos del enrejado y camina pesadamente hasta Guzmán. Ya vuelve a tener el gorro puesto cuando se detiene.

Al poco rato dice:

—Tengo hambre.

Después de comer, Maite se pone a dibujar y Guzmán se duerme mirando la televisión. Para cuando vuelve a la conciencia, ve a su hija de espaldas. Está sentada en el suelo y absorta en la pantalla. Ya no tiene puesta la camiseta roja. Desde la posición de Guzmán, ella es un palo: pareciera no tener hombros de tan hacia adelante que le caen. Hay hojas de dibujo en el suelo encima de la mesita ratona y en el piso. También hay lápices y marcadores. Pasaron dos horas, son apenas las tres. Guzmán intenta que Maite no se dé cuenta de que está despierto, no se mueve ni dice nada, pero ella igual se da vuelta y él sabe que ella no pasó pendiente de él todo el tiempo, que no es la enésima vez que voltea para ver si su padre sigue durmiendo porque le mira los ojos abiertos, sin ansiedad, y dice:

—¡Buenas noches! —y vuelve a dar media vuelta y a fijar la vista en la televisión. Transcurre una hora en la que él permanece entredormido, espiando de a ratos la silueta de Maite y el programa de televisión, del que solamente distingue autos y edificios y otras siluetas, más difusas todavía. A las cinco, padre

e hija bajan hasta el arroyo. Regresan a eso de las ocho.

Ella, con una lombriz en la mano que le regaló un pescador, dice que la va a guardar para cuando tenga su propia caña. La luz del día ha perdido su crudeza cuando hacen el camino a casa. Maite habla de cómo los pies se le hundieron en la arena mojada del arroyo, dice casi no puedo salir más, no sabés.

Oyen la música proveniente de la casa de al lado. Manolo solía tocar instrumentos de viento en la orquesta de la Guardia Civil española, y todos los días y sin falta, a las ocho, elige algun instrumento y se pone a tocar. A veces se trata de ejercicios, escalas; otras ensaya piezas, por lo general un movimiento por vez hasta acometerlo sin errores. Guzmán distingue el soplido de la trompeta, pero bien podría haberse tratado del saxofón, tenor o barítono, del clarinete o del oboe. Cuando terminan de comer, levantan la mesa y él ocupa cinco minutos en lavar los platos.

—Bueno, a lavarse los dientes y a bañarse —dice Guzmán, de vuelta en el comedor.

Pero ella no responde. Ha encontrado el gorro blanco en alguna parte y se lo ha puesto.

—Al baño, Maite. Arriba.

Está sentada en su silla y no deja de mirar un punto en el techo. Guzmán también lo hace pero no encuentra nada de particular ahí. Vuelve a llamarla, y ella debe de notar un prin-

cipio de impaciencia en la voz del padre porque parpadea un par de veces. Él se acerca ahora. Se interpone en su campo de visión. La mira, pero los ojos de ella siguen desenfocados.

—Vos sabés que no me gusta que me hagas repetir las cosas —dice él.

Ella aguanta un par de segundos más, completamente inmóvil. Los brazos rendidos pero duros colgando a los lados de la silla. Sufre pequeñas contracciones en los hombros y los dedos. Los ojos se le humedecen y el arco debajo de los ojos transpira. La mirada de Guzmán, titubeante. Entonces, Maite tose una, dos veces y dice:

—¿No adivinás quién soy? —sin moverse en lo más mínimo.

—¿Qué es esto, un juego?

Entre su tercera y cuarta tos fingida, dice:

—¿Quién soy?

—No sé. Me rindo.

—Pero ni trataste.

—No sabía que estábamos jugando.

—Me parece que no te quiero más.

—*Hmmmm.*

Guzmán cubre el labio superior con el inferior y hace una caída de ojos.

—Soy tía Elvira —dice Maite, luego de reinfundir la apatía a sus miembros. Guzmán la mira con sorpresa.

—Elvira. Elvira. Por supuesto. Bueno, doña Elvira. Al baño que los viejos también tie-

nen que lavarse los dientes y bañarse. Si no, terminan sin dientes y huelen peor que un queso.

—¡Qué asco! —no puede reprimir la mueca.

—Pero es verdad, doña. Ya empiezo a ver un par de dientes que se le están por caer de esa boca, de tanto que hace que no se los lava. Parece mentira, una persona grande. *Ufff*, y el olor a queso. Los ratones van a terminar comiéndosela toda y para peor se van a terminar llevando hasta los dientes. No van a dejar nada. Sólo la ropa, ¿y a mí de qué me...?

A Maite se le escapa una sonrisa:

—Ta, ya está bien. Pero vas a tener que llevarme.

Y en los brazos de su padre sigue manteniéndose inmóvil, aunque floja.

Maite deja de ser Elvira mientras se lava los dientes y luego se desviste en el baño, con el agua de la ducha corriendo y el vapor empezando a invadir el cubículo. Se descubre el tatuaje en la panza y es como si nada en el mundo pudiera hacerla más feliz.

El teléfono suena. Guzmán corta el agua de la ducha y va hasta el living y atiende. Maite le va detrás.

Es Alina.

—¿Pasó algo? —Guzmán.

—No. ¿Por qué tenía que pasar algo? No pasó nada. Me vinieron ganas de llamar y llamé. Nada más. ¿En qué estaban?

—A punto de bañarnos. Nos agarraste en paños menores.

Alina se ríe con una voz mimada.

—¿Me pasás con Maite?

Maite se pone al teléfono. Está en bombacha y habla barriendo con la mirada y de punta a punta el metro de suelo bajo sus pies. Después de un rato de asentir y de emitir un sí detrás de un no detrás de un bueno, dice:

—Hoy vimos un matungo. ¿Sabés lo que es un matungo? Un matungo es un caballo de mierda —lo dice con una gravedad casi didáctica, que hace que Guzmán largue la carcajada—. Bueno, te paso con mi papá. Chau.

Le pasa el teléfono a Guzmán y sale corriendo para el baño. Guzmán le grita que no toque nada hasta que él vaya.

—¿Qué son esas cosas que le enseñás a tu hija? —dice Alina, divertida pero sosegada, íntima.

—Vocabulario básico. Nada malo.

Los dos hacen un silencio largo. Exhalan en el oído del otro. Él mira en dirección a la puerta del baño, la ve iluminada. Oye en el tubo un ruido a cosas que chocan. Alina dice:

—Disculpá. Estaba buscando algo en la mesita de luz y casi se me cae todo. —Suspira nuevamente—. Bueno... me parece que te dejo que si no van a agarrar frío, en paños menores como están. Que descansen.

—Gracias, que descanses vos también.

—Hasta mañana.
—Nos vemos.
—Chau.

Abre los ojos, siente el domingo como cualquier otro día de la semana y va hasta el baño acompañado por el mismo tipo de vaga inquietud, frotándose el codo a la altura del hombro y abriendo y cerrando los ojos con fuerza. Deja las manos bajo el chorro frío de la pileta igual a como lo hace lunes, martes, miércoles, jueves, viernes. Se lava la cara, se lleva agua a la boca, aparta la cortina de la ducha y queda mirando por la banderola a la espera de los primeros ruidos y respirando el aire del exterior.

El embudo de visión abarca el fondo de la casa, todavía oscuro. Está el parrillero, están la mesa y los bancos de cemento clavados en el pasto. Más atrás hay dos acacias juntas, podadas desde adentro y ahí, en la cúpula vacía y verde, una hamaca paraguaya que cuelga de dos ramas fuertes y flexibles. Luego se ven los pinos y las acacias más silvestres. El suelo está cubierto de piñas, pinochas y pinitos de treinta centímetros; lo poco visible de arena parece sucio de hollín.

El sol sale por el frente de la casa a las cinco y media; y el fondo cobra vida al ser iluminado, desde las partes más altas y lejanas,

con un resplandor lento, dorado y rojizo. El primer golpe de luz es repentino: hay minutos eternos en que una claridad desapasionada se suspende a media altura, permitiendo solamente colores fríos, y un segundo después, el primer rayo da sus primeros contornos al escenario. Luego todo vuelve a demorarse. Hay ruidos de animales, pájaros y perros, y el oxígeno nutrido que entra por la banderola.

Guzmán está parado en el suelo de la ducha en ropa interior, en un baño que comienza a imitar la temperatura y la luz de la mañana, la cara y las manos y los pies húmedos. Se pega a la ventana, inseguro, como si estuviera tratando de subirse a una pelota inflable, y respira eso que entra por la banderola. En este punto, la inquietud debería haberse evaporado.

Vuelve al cuarto y ve a su hija, un bulto que guarda la misma posición del principio de la noche. Está apoyada sobre el lado izquierdo y su mano derecha descansa sobre la almohada, a centímetros de la nariz. Guzmán se acuesta después de cerrar las persianas.

Se descubre boca arriba cuando despierta por segunda vez, con los ojos pesados. Sabe qué es lo que está mal, y es como si lo hubiese sabido desde mucho antes. Es consciente de la habitación como si se tratase de su propio cuerpo. No necesita fijarse con detenimiento en la poca luz que entra por la persiana ni en la fo-

tografía enmarcada en la pared sobre su cabeza: la foto de la noche del casamiento en la que él está colocándole el anillo a Alina y su traje se confunde con el color negro que hace de fondo y él sostiene con delicadeza la mano palma abajo que ella le entrega y ambos miran el mismo punto. Es consciente de la biblioteca de ella, despojada de la mayor parte de sus libros y carpetas y ahora ocupada por juguetes, libros de cuentos, lápices, marcadores y libros para pintar: chiches que, fin de semana en fin de semana, Guzmán ha ido comprándole a Maite. El primero es una muñeca vestida con un piyama colorido y que, al apretársele el estómago, cinco luces rojas colocadas una dentro de cada extremidad y la otra en el centro de la cabeza, empiezan a parpadear. Acostados en el dormitorio la primera noche con su regalo, Maite la había prendido innumerables veces. Guzmán la tiró hacia arriba como a un bebé para luego volver a recibirla. Encendida en el aire oscuro, la muñeca reveló la cara asombrada y titilante de Maite, que ella acunaba entre las manos. Luego, una vez que la muñeca se hubo cansado, volvieron a apretarle el estómago. Esta vez, entre cada relámpago, Guzmán cambiaba la mueca en su rostro y, aunque al principio Maite se asustó, terminó por imitarlo.

—¿Puedo llevármela a casa? —preguntó el domingo de tarde, mientras esperaban a Alina.

—Yo prefiero que la dejes acá.

—¿Por qué?

—Porque esta es su casa. Es la casa de las dos. Además, así cuando vuelvas la vas a haber extrañado tanto, y ella también a vos, que te va a gustar más.

—Pero yo se la quiero mostrar a mamá.

—Podés mostrársela cuando venga.

—Pero no la va a poder ver en la cama como ayer cuando la tiramos para arriba —dijo, y ante el silencio del padre, preguntó—: ¿Podemos ir a la cama los tres y ahí vos la tirás para arriba y así la puede ver mamá?

A Guzmán la idea le resultó insoportable, supo que se iba a quebrar si eso sucedía y dejó que Maite se la llevara. La trajo de regreso el sábado siguiente, y al poco tiempo perdió el interés en ella.

Guzmán palpa de manera leve la espalda de su hija mientras palpa mentalmente la ubicación del ropero y del espejo de cuerpo entero a su derecha, que al colgar opuesto a la ventana siempre les causó problemas a la hora de mirarse en pleno día, y que de cualquier manera no tuvieron la decisión suficiente como para cambiar de lugar. Guzmán es consciente de todo esto, y Maite no respira.

No respira desde la primera vez que él se despertó. Ese fue el momento en que lo supo, piensa, y alguna parte suya se encargó de esconder ese conocimiento, de reducirlo a un

nerviosismo inconcreto. De camuflarlo bajo una sensación familiar. Antes, entre semana, despertaba a la hora que fuese, no tenía cerca la respiración de ninguna de sus dos mujeres y solía desear con todas las fuerzas ser fumador para volver a dormirse o despertar del todo luego de los cigarrillos que fueran necesarios.

Guzmán gira y se apoya en su lado derecho. Enfrenta a Maite. Toma su manito de sobre la almohada y se la apoya en la mandíbula. Por un momento, piensa en el juego de ayer en el que ella era tía Elvira, y empieza a tocarle la cara. Maite tiene los labios tan fríos como la pequeña mano derecha. Los toca al principio con curiosidad. En la cara se le desliza una especie de malhumor. Luego la curiosidad se agota por sí sola. Pero él no deja de presionar cada centímetro del rostro infantil con sus yemas porque es como si la fuerza de gravedad hubiese hendido el hueso de ese rostro, y Guzmán mantiene presa todo el tiempo con su mano libre la pequeña mano derecha de Maite contra su quijada. Ella no está jugando.

Suena el timbre de la puerta de calle. Luego hay un segundo timbrazo.

Guzmán abandona la cama, encuentra un short y una musculosa, se los pone y va hasta la puerta. El tercer timbrazo suena igual de inofensivo que los primeros.

Las llaves están puestas del lado de adentro. Guzmán se huele las manos antes de abrir.

—Profe... Un domingo espectacular, diez de la mañana y usted encerrado. Eso es criminal. Si me dejás pasar no me enojo.

Reconoce a Javier primero por la voz. Luego, cuando el sol enceguecedor se lo permite, lo ve con el termo bajo el brazo y el mate en la otra mano.

—Javier.

—¿Y? ¿Qué decís? ¿Puedo pasar? La camioneta Ford roja se ve incongruente detrás del 205. Es vieja, del '84, y hecha para el campo.

—Sí, entrá.

Mientras Javier abre las persianas del living, Guzmán se pasa la mano por el pelo. Con el índice y el pulgar se aprieta el puente de la nariz. Cierra los ojos con fuerza y sus dedos recorren el arco de las cejas.

—Luz, luz —dice Javier.

Se conocen del IAVA. Javier siempre tuvo el pelo negrísimo y corto. El redondel de la cabeza termina en una papada que a los dieciséis, diecisiete años era una especie de marca de madurez. Eso, más una actitud lacónica y amanerada, lo hizo aparecer engreído y distinto. Fumaba mucho y un par de veces se ganó una observación por fumar en el baño. En los recreos salió fuera del perímetro del liceo para fumar y a veces se acercó a alguno de los gru-

pos de compañeros y se mantuvo a una distancia incómoda, desde la que pudo oír todo y se evitó participar. Era de pocas luces tanto en el trato con los demás como en la mayor parte de las materias, y no parecía importarle. Hubo que esforzarse por encasillarlo y en las mentes de todos terminó dibujándose como un tipo reprimido y sin talento. Abandonó en quinto, y Guzmán y él no volvieron a verse hasta hace un año y medio. Javier lo encaró en un supermercado. Aparentaba una alegría genuina por haberlo reconocido al instante. Llevaba los mismos lentes de aumento de esta mañana. Las manos, coloradas como de costumbre pero más lentas, ásperas al tacto, y la primera línea de cabello en pleno retroceso. Entonces Guzmán recordó cómo Javier tenía por lo general algo sucio o al menos desprolijo en el cuerpo y en la ropa, al verle el color negro debajo de las uñas. También captó el mismo olor a tabaco y colonia. Las mismas marcas de tabaco y colonia. Después Guzmán lo enteró sobre su casamiento con Alina, sobre Maite, que estaba trabajando de profesor de educación física y que andaba en busca de algún otro puesto de trabajo.

—Yo estoy de mecánico en la EMA —dijo Javier. —La Escuela Militar de Aeronáutica —estaba dándose importancia; mirá adónde llegué, estaba diciendo implícitamente—. Sé que están buscando un profesor de gimnasia, así que si te interesa... lo único que

tengo que hacer es hablar con alguna gente y ya está —lo dijo con tal euforia que Guzmán recibió la impresión de que ése se había convertido en un asunto de vida o muerte para él. Y aceptó. Fue el primero en enterarse por boca de Guzmán sobre su separación. Simplemente porque a la salida de una jornada de trabajo, estaba ahí como de costumbre.

Aquel viernes había habido paro general, Guzmán no tenía que correr a sus clases en la plaza de deportes y lo invitó a tomar algo. Pararon en un barcito de la ruta 101. Javier era casi un desconocido. Alguien que no podía juzgarlo más que por las cosas que él decidiera revelar. También era una figura remotamente familiar que provenía de un pasado igual de remoto. Así que Guzmán no tuvo problemas en soltar la lengua y se inventó a gusto y no le dio vergüenza llorar. A Javier, el alcohol le multiplicó el tic de acomodarse los lentes sobre el puente de la nariz. Guzmán quiso que Javier, al igual que él, soltara prenda y le hizo algunas preguntas personales. El otro respondió con desgana y en forma de datos minúsculos. De cualquier manera, para el día siguiente Guzmán ya se los habría olvidado. Recordaría vagamente que habían terminado discurseando sobre la soltería en un tenor alegre. Sólo guardaría, y al detalle, el argumento de una película que Javier había visto hacía poco en el cable y que había contado con la intención evidente de

eludir más referencias personales, para distraer la conversación del extremo tono sombrío al que Guzmán la estaba llevando. La familia cenaba, festejando algo mientras uno de ellos filmaba. Entonces hubo un apagón en la casa, y ladridos y ruidos procedentes de afuera: extraterrestres. Los mostraban a los bichos. Caminando. Le había parecido una película buenísima y todavía tenía la duda de si era real o no, de si se trataba de un documental, porque estaba hecha como una filmación casera y al final aparecían unos expertos corroborando la fidelidad de la cinta. Se tambalearon a sus respectivos vehículos pero volvieron sobre sus pasos cuando ni Guzmán pudo abrir su 205 ni Javier consiguió entrar a su camioneta. Desde el bar, Javier llamó a Mario, el amigo con el que comparte una casa en Pando, y Mario se encargó de la pareja ruidosa. Llegó en taxi y los metió en la camioneta. Mario. Guzmán vio este ser de orejas grandes. Estuvo a punto de hacer una broma sobre las orejas. ¿Y a este qué le pasó? Esa no es forma de sacar a nadie de la concha de su madre. Pero nada más abrir la boca le daban ganas de vomitar. Y cada una de las veces en que vio a Mario luego de aquello, se felicitó por no haber hecho ese comentario. Tiene la cara ancha y las orejas le estropean la caída recta del pelo. Se mueve siempre lento. Viene del Interior y trabaja de enfermero: eso es todo lo que Guzmán sabe de Mario, y por boca de Ja-

vier. Javier nunca habla mucho de sí mismo tampoco; el que se ahoga en problemas es él, Guzmán. Guzmán es el que necesita hablar, y Javier lo entendió desde el principio y de alguna manera es el único que estuvo ahí para él en todo este tiempo.

—Mirá, te cuento —dice—. Viste que mañana tenemos "el vuelo fuera del nido" ese, que te conté. ¿Qué te parece si te paso a buscar en la camioneta y después nos vamos a Punta del Este? Hacemos un poco de casino. Nos traemos unos mangos. La cuestión es que Mario se fue a Paysandú a visitar a los viejos y vuelve mañana de tardecita. Se pone insoportable cuando vuelve de Paysandú. Habla mucho, se pone sentimental. Yo prefiero ir al casino. Acompañado siempre es mejor, y en vez de llamarte por teléfono —palpa el celular que lleva colgando del cinturón—, pasé a invitarte personalmente. ¿Qué te parece? No me podés decir que no.

Javier está sentado a la mesa redonda del living-comedor. Lleva una camisa blanca y celeste a cuadros, se sirve un mate, sostiene un cigarrillo apagado, y la camisa parece un mantel y las mangas le cubren hasta la falange del pulgar.

—No sé, mañana no creo que sea un buen día. Javier termina de sorber de la bombilla y dice:

—¡Qué no va a ser un buen día! Es perfecto. Loco, es lunes. El año pasado te lo per-

diste y quiero que lo veas. Es un poco mi obligación estar ahí. Y te va a gustar, estoy seguro. No tenemos que estar más que una horita y ya está. Además, para no olvidarme ya le escribí la nota a Mario y todo. ¿No me creés? ¿Querés verla? —Saca una hoja del bolsillo del pantalón y se la entrega a Guzmán, que ocupa una silla del lado opuesto de la mesa. Guzmán la lee y dice:

—¿Que no nos espere levantado? —se las arregla para reírse, pero es una risa lastimosa.

—Yo el martes entro temprano al colegio.

Javier chasquea la lengua.

—Es una forma de ganarle un par de horas y de dejarlo tranquilo. ¿Fuiste al Conrad alguna vez? Yo tampoco. Me dijeron que es increíble. Una obra de arte. Todas las noches hay algún show. De repente nos interesa alguno, y yo qué sé. Nunca se sabe. ¿Tenés un cenicero por ahí?

Quedan mirándose. La luz que entra por la ventana se filtra a través de los cristales de aumento de Javier: le ha formado traslúcidas ojeras blancas en los pómulos, y Guzmán se fija en esto y en la forma en que prende el cigarrillo. Le devuelve la nota. Cada vez que Javier da una de sus pitadas vigorosas, quiebra la muñeca y apoya toda la mano en la mitad inferior de la cara, borrándose la boca y el mentón, las puntas del pulgar y del índice rozando los pó-

mulos. Es un hábito incitantemente dramático que, junto con cómo cierra los ojos, acentúa la violencia del acto de fumar y lo vuelve, a su vez, algo privadísimo.

—¿Tenés un cenicero? —dice mientras expulsa el humo.

—No, cenicero creo que no. Pará que te traigo un plato o algo.

Guzmán se levanta y va hasta la cocina.

—Capaz que hasta agarramos una pelea de boxeo. Mano de Piedra Durán me parece que va a pelear uno de estos días —Javier alza la voz, y su timbre se torna gutural—. No sé. Tendría que ponerme a averiguar. No sé por qué no averigüé antes, pero... —se detiene al oír el estrépito de platos en la cocina, seguido de un gemido grave— Guzmán, ¿estás bien?

Por toda respuesta, recibe un segundo gemido. Encuentra a Guzmán ridículo y agachado, una rodilla en el suelo. Tiene las manos en los muslos y los ojos puestos en el piso, donde los platos explotaron. Apenas se mueve: es como si flotara en un eje invisible de la cintura para arriba.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes —responde Guzmán. Estira una mano, recoge un par de pedazos de loza y suelta un último gemido que le rompe la boca en un grito. Javier corre hasta la pileta, tira el cigarrillo ahí, y luego se agacha sin saber bien qué hacer al lado de Guzmán. Lo

llama por su nombre y le apoya una mano sobre el hombro. Es como tocar una piedra mojada. La boca de Guzmán se vació y ahora respira pesadamente. Javier le pregunta qué le pasa. Guzmán responde que no sabe y jadea a la vez que reanuda la tarea de recoger los trozos del suelo. Javier le pide que deje eso un rato. Tendría que verse la cara. Está hecha un borrón. Y que se mire las manos. ¿Querés contarme? Vamos al living, te sentás en un sillón y me contás.

—No, prefiero sentarme acá —y se deja caer en el piso. Queda recostado contra una de las puertas del placard bajo el mármol—. Acá está bien.

—Voy a llamar a la coronaria.

—No llames nada. Ya está.

—Te traigo algo para que te abrigues por lo menos. Verte me está dando frío.

—Es Maite.

—¿Qué?

—...

—¿Qué decís? ¿Dónde está Maite?

—Me cuesta hablar —dice Guzmán, apretando un puño contra la garganta—. No me hagas hablar, por favor. Está en el dormitorio.

Los ojos se le entornan de a poco mientras trata de regular el ritmo de su respiración. Empieza a restregarse mecánicamente el pecho con un brazo. Dos segundos después, Javier se

encamina al dormitorio. Tarda largos minutos en volver. La única ventana es la de la puerta, y es de un vidrio viejo que despide una luz granulosa. Javier trata de no pisar el destrozo; se mueve en esa luz hasta quedar frente a Guzmán, y las ojeras se le encharcan en los pómulos como agua pesada. Pregunta si está muerta y se saca los lentes. Vuelve a ponérselos. A punto de preguntar otra cosa, desiste. Busca un vaso, lo llena con agua de la canilla, se lo toma de un trago y sirve otro, que le pasa a Guzmán. Guzmán parece más compuesto. Le da un trago corto y lo devuelve.

—Sí, está muerta —Javier se responde a sí mismo.

—No tenés por qué seguir diciéndolo.

Javier pasea de un lado a otro. De tanto en tanto emite suspiros, se pasa la mano por el cuello, expira por la nariz.

—¿Qué querés que te diga? —dice Guzmán, presionado por el espectáculo nervioso de Javier—. Me desperté y la encontré así. No hay mucho más. Perdoná si te decepciono.

Los ojos de Guzmán siguen levemente entornados.

—Dios mío —dice Javier. Hace una pausa cuando oye los ruidos que provienen de Guzmán. Ruidos que hace con alguna parte detrás de la boca, detrás de la nariz, como si allí hubiese un tránsito de burbujas. Luego agrega:

—No sé qué decir.

—No entiendo nada, ¿entendés? Maite tenía cinco años. No sé. Un niño de cinco no se muere durmiendo.

—Sí, ya sé.

—Quiero saber qué pasó.

Javier se mira las rodillas, la punta de los pies y, después de un lapso en el que Guzmán se dedica a masajearse el muslo a la vez que mira la luz quebrada de la ventana, le pregunta qué va a hacer. Guzmán no deja de mirar hacia la puerta.

—¿Cómo que qué voy a hacer?

—Sí. ¿No llamaste a la emergencia?

—No.

—¿Y a Alina?

Ahora sí. Tuerce la cabeza. Le lleva unos segundos ajustar las pupilas a la cara de Javier y hablar.

—¿Para qué la voy a llamar? ¿Qué le voy a decir? Alina es la madre —el tono es de fastidio, y la posición laxa que guardaba en el suelo se interrumpe, se divide y aparece una rigidez repentina. Se lleva ambas manos a la cabeza. Aprisiona mechones de cabello entre los dedos—. Me cuesta pensar, Javier. Me pongo a pensar qué hacer y termino pensando en cualquier estupidez. Deberías ver las cosas que me vienen a la cabeza.

—¿No te acordás de si comió algo ayer que le haya caído mal? ¿Se golpeó contra algo? Si se dan un golpe fuerte en la cabeza...

—¿Sabés en qué pensé? En quién, mejor dicho. No, no querés saber. Igual tampoco los conocés.

Da una bocanada. Emite una risa en la que parece tragar aire y muestra los dientes superiores. Guzmán dice que pensó en gente que conoce. En algunos en quienes hace un montón de años que no pensaba, que ni siquiera veía. Mirá si están muertos. Y podría ser, y que él no se hubiera enterado. ¿Por qué no? Nadie tiene la obligación de decirle, más que nada si hace tanto que no se ven. Después, el día de mañana te encontrás con alguien y le preguntás dónde está tal, y chau, cagaste. No me gustaría que estuvieran muertos.

Javier impone uno de sus silencios puramente masculinos. Contorsiona torvamente las mandíbulas, prende un cigarrillo, apoya una mano sobre el teléfono celular en su cintura y parece que tratara de extraer de él algo de confianza. Mira a Guzmán cuan largo es, mira el nido que es su pelo y sus ojos alelados y los pies descalzos sobre el reguero de platos rotos. En el tiempo que tarda en consumir la mitad del cigarrillo, ninguno de los dos abre la boca. Javier deja que las cenizas caigan al suelo. Al final, dice:

—Tenés que aclararte la cabeza. Te vendría bien salir de esta casa. Date una caminata, yo te aguanto acá.

—No sé de qué me va a servir.

—Te va a servir, haceme caso. Salís, tomás aire y volvés.

Es la forma en que lo dice. Dice:

—Salís, tomás aire y volvés —y es como si la imagen de Javier creciese, como si se volviese más grande que la situación.

Está parado frente a Guzmán más grande de lo que ha sido nunca. El color del cigarrillo casi extinguido contrasta con su mano roja. Tiene la papada floja y las aletas de la nariz se dilatan con la misma intensidad que hay en su mirada a pesar de los lentes gruesos. Guzmán sufre un leve acceso de llanto. Su expresión parece despejarse. Se limpia los ojos y Javier lo ayuda a ponerse en pie.

—Maite no tuvo ninguna enfermedad nunca, nació perfecta, ¿sabías? Ni una sola complicación. Un par de resfríos, anginas, nada más. Era un relojito suizo. —Avanzan un par de metros en dirección a la puerta de calle—. Que te digan que tu hija se murió mientras dormía, o que se pegó un tiro, es lo mismo. Es exactamente lo mismo.

—Cuidado no pises fuerte que te cortás. Ahora andá. Yo limpio este desastre. Dale. —Javier se seca las palmas en los pantalones. Luego agarra el puño izquierdo de la camisa en su puño de carne y hueso, y casi que no cabe en la cocina.

Guzmán sale por la puerta de calle. Respira fuerte y dice:

—Tenés razón. Voy a dar una vuelta. Vuelvo en un rato.

Javier le dice desde el vano, la puerta completamente abierta, que se tome su tiempo.

Neptunia está sobre el kilómetro treinta y tres, al este de Montevideo. A pesar de la poca distancia es un balneario apenas poblado, en parte por las molestias que trae el precio del peaje para alguien que tenga que viajar diariamente a Montevideo. Las casas diseminadas en medio de un pinar extenso son de veraneo en su mayoría. Los fines de semana el arroyo se llena de pescadores, y esta mañana el sol rebota en los autos estacionados y en la superficie del arroyo, en la ropa blanca de los pescadores, en sus relojes, en los dispositivos metálicos de sus aparatos de pesca y en la brasa de sus cigarrillos.

Guzmán y Alina vinieron con los padres de ella siete años atrás y en fin de semana, a ver casas y terrenos. Luego pasearon por la arena del arroyo. Llevaron comida un par de veces, y se enamoraron del lugar. Neptunia empezaba a estar de moda para matrimonios nuevos, los precios todavía se mantenían bajos y no era raro ver autos paseando de acá para allá, parejas siguiendo con curiosidad a algún agente inmobiliario que gesticulaba como un policía de tránsito señalando árboles útiles por

su sombra y otros a ser cortados, indicando lugares altos donde construir o elevaciones que podían ser fácilmente derrumbadas en un día con la ayuda de máquinas, con el fin de distribuir la arena para emparejar el terreno.

Las opciones eran: comprar un terreno y construir, o comprar una casa ya pronta para habitar. Se trataba de un regalo de los padres de Alina, y Guzmán y Alina no quisieron pasar su primer año en un apartamento alquilado.

Lo mejor era tener algo propio desde el principio, empezar su vida de casados en una casa de la que no iban a tener que mudarse obligados al poco tiempo. Manolo y Elvira les cayeron simpáticos desde su primer encuentro. Vecinos absolutamente normales. Una tímida y agradable pareja de viejos que nunca serían una molestia. Y además, con lo desamparado que era el lugar, no iba a estar de más tener a alguien cerca a quien recurrir en cualquier eventualidad.

Guzmán recuerda que el febrero que les tocó amueblar la casa fue templado y ventoso. La segunda semana de marzo, cuando empezaron a habitarla, el día después de haberse casado, hizo un calor insoportable que los limitó la mayor parte del tiempo a la cama.

Camina a distancia de la orilla, del ajetreo. Piensa en esos primeros años.

En las continuas visitas de familiares y amigos al principio, en el frío inesperado del

invierno y las noches que durmieron al lado de la estufa; el tiempo en que todavía no eran del todo conscientes de que lo que tenían era un matrimonio, hasta que alguna mirada en la mesa, en la cama, algún roce, cualquier cosa en cualquier parte y en cualquier momento, hacía que la noción se filtrara. Entonces sentían que habían ingresado en una dimensión nueva y mejor, adulta. Él tenía veintiuno y veintidós, ella veinte y veintiuno, y eso los separó de la gente de su propia generación. Los puso en un lugar aparte. Incluso de sus amigos. Pertenecían a una extraña clase de aventureros. Hubo un día en que Alina lo hizo detener el auto al costado de la ruta, en una vuelta de Montevideo, y le dijo estamos casados, nos casamos, te miré las manos y tenés una alianza, te casaste y estás casado conmigo, ¿no? Guzmán recuerda todo lo que hicieron para estar a la altura. Lo adultos que parecían a veces, sin esfuerzo, y lo insensatos que resultaban otras y a pesar del esfuerzo, cuando se equivocaban en las compras, por ejemplo. Abrir la heladera siempre era un peligro. Guzmán recuerda las mejillas rojas de Alina cuando cayó en alguna de esas faltas, y Alina riéndose por cómo se ofuscaba él si alguna de esas pequeñeces le ocurrían. No podían escapar del todo a sus edades y a su falta de experiencia. Pero esa idea grave se tornaba obsoleta de repente con algun chiste, algún mimo. Alina le hablaba como si estuviese hablándole a

otro, treinta años más adelante, sobre su primer esposo: Guzmán: el error de mi juventud. Habló como burlándose y recalcó el episodio más reciente en el que él se hubiese equivocado y lo desbordó en proporciones increíbles y dramáticas. Eso los llevó como de la mano a la carcajada. Guzmán piensa en todo esto y experimenta la magnitud de una felicidad que sólo puede caber en la memoria. Ese trabajo de la memoria desplaza lo que ocurrió en las últimas horas, aunque de una forma secreta se suma a los recuerdos, para darle a Guzmán la sensación de que es alguien único entre toda esa gente. Alguien dotado de una historia. Su tranco parece distraído, típico de paseo.

El segundo verano entero que pasaron en Neptunia aprendieron los lugares seguros para nadar en el arroyo. No fueron más lejos del codo sur, las corrientes eran cambiantes, y hasta llegaron a comprar un bote. Pasaron casi todo el día en una playita apartada de los pescadores. Remaron hasta que el puente se hacía visible, y los autos iban y venían. El rumor de los motores era menos audible que el chapoteo de los remos o sus manos en el agua.

Comieron encima del bote, tomaron poca cerveza y fumaron poca marihuana para no terminar muy mareados. Una noche de luna llena remaron en dirección opuesta. Ella lo propuso. Insistió ante la negativa de Guzmán. Alina era proclive a una especie de heroísmo

cotidiano, pero no por eso menos peligroso. Se detuvieron a unos doscientos metros de la lengua de arena que angosta al arroyo antes de su desembocadura. Había viento. La arena parecía nieve cuando el viento la levantaba, y se arremolinaba y se perdía en la oscuridad. Qué harías sin mí, hombre cobarde, Alina estuvo días repitiendo eso. Decía: ¿Y? espero que seas consciente de lo agradecido que tenés que estarme. ¿Te das cuenta lo que nos hubiéramos perdido si yo no hubiera insistido como insistí? Ella era capaz de recordar muchas otras ocasiones similares. Eso a Guzmán lo divertía. El momento en que lo empezaba a cansar, recurría a la fuerza. La abrazaba por detrás y le susurraba al oído y ahora qué vas a hacer. Se le apoyaba en toda la espalda y ella se quejaba y luchaba, pero nunca demasiado.

Ese mismo verano, una tarde de enero en que estaban nadando, la corriente hizo emerger la carcasa de un auto. Primero lo sintieron, un ruido vacío, y después lo vieron. Volvió a desaparecer cincuenta metros arroyo abajo. El ruido que hizo el auto fue brutal, como de una garganta destrabándose, y Alina salió corriendo del agua y Guzmán salió detrás de ella. Temblaba cuando él la abrazó. Daba saltitos y reía sin control por el miedo. Le llevó tiempo convencerla de volver a meterse a nadar. La abrazó, la besó, le murmuró cosas y le acarició la cabeza ensopada y el pelo. Cuando

al fin lo consiguió, flotaron en círculos sin sacarse los ojos de encima. Él la tocaba de vez en cuando; ella lo buscaba insegura por debajo del agua. Hicieron el amor ansiosos dentro del arroyo. Ella estaba gomosa entre las piernas y expulsó a Guzmán un par de veces antes de aceptarlo. Siguieron en la cama hasta quedar prácticamente en carne viva.

No pensaron ni un segundo en la necesidad de usar protección. Durante los tres años de noviazgo no habían usado ningún método específico, por más que un par de veces intentaron con las pastillas anticonceptivas, pero a ella le produjeron mala circulación en las extremidades y sentía corrientes de aire frío dondequiera que estuviese. Con el casamiento les pareció que la idea de un hijo empezaba a imponerse, no querían uno tan pronto y los preservativos fueron la única alternativa sana. Sólo mencionaron la posibilidad de tener un hijo cuando hablaban del futuro, y en forma vaga, confiando a ciegas en el amparo que les brindaba esa misma vaguedad.

—Estoy embarazada —dijo Alina en febrero y ese mismo día se hizo un test, que dio positivo, y al día siguiente fue al ginecólogo y lo confirmó.

—Yo sabía. Las tetas. No sabés cómo se te ponen —dijo—. Es increíble.

Se rieron de sí mismos. No se puede calcular algo como tener un hijo. Y simular indi-

ferencia también es una especie de cálculo. Esa noche y durante días, repasaron lo que había sucedido una y otra vez. Seguramente se tratara de un auto robado del que se habrían deshecho en alguna parte más alta del arroyo. Les gustó pensar que el auto resistiría y seguiría su curso a través del Río de la Plata y cruzaría el océano y provocaría otros cataclismos. En Sudáfrica, por ejemplo. Como por inercia también se ocuparon de repasar su primer encuentro, sus primeras salidas, la etapa en que se extrañaban de no haber tenido una pelea todavía. Y entonces se acordaron de su primera pelea, que fue corta y falsa, como si hubiesen estado representando lo que una pelea de pareja debía ser. Él tenía dieciocho y ella diecisiete y la pelea fue algo solemne, imprescindible, la medida de su amor. Uno de los dos no tardó en largarse a llorar. Se le pusieron los ojos llorosos y el otro lo copió al instante y se rieron. Por lo general era ella la que empezaba; de tan sensible que estaba, lloraba por nada.

Hay cierta tensión en la espera de los pescadores. Se mantienen mudos incluso cuando se levantan de las sillas, desclavan la caña de la arena y empiezan a maniobrar. Aunque rompan la quietud bruscamente, de la precisión en sus movimientos se desprende algo de sosiego.

Guzmán vuelve sobre sus pasos y toma la calle de tierra en dirección a su casa. Se de-

tiene instintivamente una cuadra antes de llegar. El cielo de mediodía está lleno de crujidos y trinos y ladridos y alguna voz humana. El murmullo del mar aparece fugazmente y de tanto en tanto. Un reducido pelotón de ciclistas uniformados en colores chillones pasa a toda velocidad por su lado. Guzmán voltea y los sigue con la vista. El mundo es el mismo de siempre. Tuvo esa misma sensación más de diez años atrás, con la muerte de un primo. Fue el primer entierro al que asistió y el tránsito era brutal a la salida del cementerio. La tierra no se había detenido. Parecía injusto.

Más que nada porque no era del todo impensable frenar las ruedas, apagar las luces y los relojes y las bocinas; aunque fuese por un segundo. El mundo que giraba en la ciudad podía ser congelado con un acto de voluntad.

Es casi simultáneo: Guzmán termina de hacerse a la idea del escenario que va a encontrar a su vuelta, lo sorprende que tomar la decisión de llamar a Alina de inmediato lo tranquilice, y un segundo después y a escasos treinta metros, nota que la camioneta de Javier ha desaparecido del frente de la casa. La busca con la mirada pero no la ve por ninguna parte. Y es como si hubiese regresado bruscamente de un largo viaje. El amparo de ese viaje en el tiempo se derrumba: Guzmán sabe no sólo que lo que ha ocurrido en las últimas horas sigue ocurriendo, sino que ha provocado algo más.

Se da cuenta de que está descalzo y que estuvo descalzo todo el tiempo, y se contrae como víctima de un trauma físico. Adentro, Maite también falta.

La mochila se hizo humo junto con ella y Javier. El placard del dormitorio está abierto: falta un bolso deportivo. Y en la cocina ve el piso barrido y los platos rotos en el tacho de basura. Luego va hasta el living hecho un pollito mojado, y encuentra un encendedor y la caja de Coronado sobre la mesa y dos colillas apagadas dentro de un vaso de vidrio, hundidas en el dedo de agua sucia. Guzmán va a seguir moviéndose así el resto de la tarde. Incluso después de que atardezca y llegue Alina.

Alina llega alrededor de las ocho, una hora más temprano que de costumbre. Toca dos bocinazos. Las luces exteriores de la casa están apagadas pero adentro hay un resplandor tímido, así que baja del Toyota de su madre, saca un par de valijas del baúl y las lleva hasta la puerta de calle. Golpea, y al no recibir respuesta, abre con sus llaves.

Lo primero que percibe es el fuerte olor a encerrado y a tabaco. Luego, la silueta de Guzmán sentado a la mesa. El ascua del cigarrillo que sostiene oscila apenas a la altura del cuello oscurecido y el humo se hace visible gracias a la luz del baño que llega de sus espaldas.

—Hola —Alina canta en un temblor.

Está parada en el vano.

Dejó caer las valijas y encendió la luz del living-comedor. Lleva el opaco pelo rubio atado en un moño y está vestida de entrecasa. Championes, vaqueros y una camiseta roja de hilo. Cuando la luz se enciende Guzmán la ve alta y delicada. Nota cómo una negra premonición termina de inundar su cara muy blanca, y lo invade la decepción.

Guzmán tenía esperanza, una casi seguridad de que sería Maite la que apareciese por la puerta, pero enseguida se le llena la boca de un sabor fuerte, a la vez que experimenta un salto de alegría en el pecho que lo obliga a levantarse de su silla.

Ella dice:

—¿Qué hacés fumando?

Y a Guzmán la alegría se le desprende como un peso muerto. Parado detrás de la mesa, se perfila como un árbol encorvado hacia el suelo. Se larga a llorar. Alina había hablado con náusea, y Guzmán creyó detectar en esa náusea un hálito de indefensión. Llora doblado, vaciándose con ruido. Antes de que el dolor lo ocupe por completo, experimenta un raro sentimiento de libertad.

Hace casi siete horas que Guzmán regresó de caminar. Salió un par de veces a la calle, sin alejarse nunca demasiado de la casa. Fue al patio trasero. Llamó a Javier, pero en las cuatro ocasiones lo atendió el servicio contestador. Tomó un cigarrillo y lo fumó. Era distinto a la marihuana. No había que retener el humo y sentirlo subir a la cabeza. Para cuando prendió el tercer cigarrillo, ya había aprendido a fumar tabaco. Expulsaba el humo una fracción de segundo después de que le invadiera la garganta. Corrió hasta el auto bajo un repentino impulso y lo encendió, pero no llegó a retroceder más de un par de metros.

Lo descompasado del motor, el espacio reducido de la cabina, la vibración que lo tomaba gentilmente desde los pies y desde las manos en el volante, le evitaron cualquier tipo de despliegue emocional. Y se entregó a la deducción.

Pensó en qué podía haber hecho Javier con Maite y en por qué lo habría hecho y, hacia el final, tuvo la sensación de que había llegado a algún tipo de verdad, que había barajado tantas opciones que alguna de ellas debía de ser verdadera, o quizás todas tuvieran algo de cierto. Javier podría haberla llevado a un hospital, a la jefatura, podría habérsela llevado a Alina. Era probable que hubiese tenido una emergencia y se hubiese llevado a la niña consigo, para no dejarla sola.

O quizás se tratara de una prueba.

Pero qué tipo de prueba. Y para qué.

Bien podía tratarse de un chiste y Javier no tardaría en aparecer con la niña. Quizás todo no fuese más que una broma pesada y, cuando menos lo esperara, una multitud abanderada con carteles que rezaran su estupidez doblaría la esquina, Maite a la cabeza.

Guzmán observaba con su arrugada frente la fachada de la casa. Manolo apareció en su pequeño camioncito; un armatoste con la dirección del lado derecho y la chapa celeste llena de ángulos rectos. Se saludaron una vez que el vecino se hubo apeado. Manolo dudó

sobre si acercarse o no a entablar conversación, y Guzmán no bajó el vidrio de su ventanilla. Manolo titubeó un par de segundos más y luego se introdujo en su casa, no sin antes volver a saludar con la mano.

Vio la poderosa espalda de Manolo perderse detrás de la puerta principal y trató de adivinar cómo habría reaccionado de haberle contado que su hija había muerto. Qué habría dicho. Recordó frases sin rostro que había oído con la muerte del primo.

La lista de murmuraciones era larga.

Guzmán estaba seguro de que se las había oído a distintas personas a distintas horas, y el hecho que lo sorprendió es que pensamientos traídos de tan distintas mentes y tan al azar casi parecían dialogar entre sí, como si en el fondo del atolondramiento donde la gente encontraba sus consuelos torpes hubiese un sentido. Recordó por último a Gabriel, el mejor amigo de su primo, en el pasillo del CTI.

Había dicho:

—Te juro. Vengo en una mala racha. No sé. Es como si todo esto estuviese sucediendo para mí. Como si necesitara que me pasaran cosas así, pesadas. Como si mi vida necesitara tragedias justo en este momento. No sé para qué. Asusta. Ojalá que salga algo bueno de todo esto porque me está cansando, te juro.

Manolo probablemente se hubiese referido a la injusticia y a la muerte sin dolor.

—Siempre se llevan a los mejores —esa era otra que a Manolo le cabía a la perfección.

Guzmán también dibujó en la cara imaginaria de Manolo el mismo ruego vergonzante que había visto en el rostro de un viejo en el CTI. La enfermera lo ayudaba a pasear de un lado a otro del pasillo. Lo mantenía erecto dentro de una prótesis metálica con ruedas. Era puro hueso, menguado y rígido entre los adolescentes de uniforme liceal —compañeros del primo de Guzmán— que esperaban en el pasillo. Los labios se le hundían, arrugados por la falta de dientes, con repeticiones incontroladas. Y la enfermera como si nada mientras el viejo sabía que no eran pocos los que se preguntaban por qué la suerte no lo había elegido a él.

Apagó el motor, bajó del coche y volvió a entrar a la casa. Pensó en sus tíos mientras fumaba en el living-comedor. Con el tiempo habían llegado a una estabilidad en su melancolía. Pero eso recién después de haberse deshecho en el velorio, de haber pedido la última hora a solas con el cajón y haberse echado en los brazos del que se ofreciera y aceptado todo tipo de sedantes.

Entonces y durante un buen lapso se habían encerrado en su casa y sus trabajos. Una noche en que Guzmán fue a visitarlos con sus padres, el tío dijo:

—¿Qué están haciendo todos, marcando tarjeta?

Y se terminó desmoronando en los brazos de su hermano mientras puteaba a su hijo muerto de arriba abajo.

A partir de ese episodio, el padre de Guzmán empezó a recriminarse de un egoísmo inexistente, de no estar ahí para su hermano y su cuñada, de no acompañarlos en el sufrimiento.

—Esta tragedia no te pasó a vos —dijo la madre de Guzmán, ya entrada la segunda semana y empezando a ponerle fin de una vez por todas a la depresión de su esposo.

—¿Cómo que no me pasó a mí? Yo soy su hermano. Si no me pasó a mí, no le pasó a nadie. Que para vos sea imposible de entender es otra cosa. No sos sangre.

—¿Yo no soy sangre? —ella dio rienda suelta a su irritación—. ¿Fue tu hijo el que se murió? No. Acá tenés a Guzmán, tu hijo, nuestra sangre, en la misma mesa que vos y yo. Vivo. Imaginate por un segundo que es él el que tuvo el accidente y no tu sobrino, y todo el dolor que decís que sentís se multiplica por mil. Te digo, yo lo hice y es así. Acompañar a tu hermano en el sufrimiento no quiere decir que tengas que sentir lo mismo. Primero porque es imposible. Segundo, a tu hermano y a su esposa les va a doler por el resto de sus vidas. No lo van a poder sustituir con nada, y si vos estás dispuesto a ser un tipo triste por el

resto de tu vida y de la nuestra, sólo porque tu hermano es tu sangre, eso es una burrada. Y se parece demasiado al peor tipo de caridad. Valorá lo que tenés o despedite de nosotros ya, ahora mismo, si eso es lo que querés. Yo no pienso llevar adelante una casa así. Llevate el velorio a otra parte.

Agotada, se había levantado de la mesa dejando a padre e hijo solos. El padre apoyó los codos y antebrazos en el mantel. Inclinó el mentón como si estuviese haciéndose un vaho con el plato de comida y se entregó a una lucha interior. Lo difícil de esa lucha era visible en las manos, que se contraían, y en los ojos que mostró un par de veces al levantar la vista.

En su dormitorio, Guzmán no logró dormir. Se sintió presa de una ingravidez espantosa. Había empezado a morir en los ojos de su padre y ahora su mente completaba el acto en el agua de una piscina, luminosamente verde, donde flotaba sin peso.

Guzmán recordó esa sensación hoy, la recapturó. Y lo llevó a pensar en Maite yéndose tranquila en apariencia e ingrávida dentro del sueño, como todos creían la muerte durante el sueño, y se preguntó si era posible precipitarse de un estado a otro en un abrir y cerrar de ojos y sin notarlo.

Si tenía algo que ver con su experiencia de aquella noche, entonces el mundo estaba equivocado. No se podía desligar a la muerte

del dolor, del terror. Y regresó a la idea del momento, del segundo en que se muere.

Trató de intuir si se podía señalar un instante exacto, de la misma manera en que quizás podía señalarse un día como el día de cierta toma de decisión, o el día en que la enfermedad sustituyó a la salud.

Pero siempre en esos casos se atravesaba previamente por una crisis profunda, que podía o no desarrollarse a escondidas, un germen reptando en los márgenes de la conciencia que luego provocaba el desenlace. Y la noción de que la muerte llevaba creciendo dentro de su hija igual que una bacteria y desde quién sabe cuándo, lo abrumó.

La muerte, cuando es inesperada, crea una periferia de meditaciones infértiles. Guzmán fumó los primeros doce cigarrillos de su vida esta tarde. Entregado por entero a ese juego cuya única finalidad es distraer, devolver la muerte al lugar abstracto que ocupa todos los días. Volvió a tratar de desentrañar el papel de Javier en todo esto, tan inabarcable como el resto del mapa. Prendió la luz del baño cuando se puso oscuro y tarareó la melodía de trompeta proveniente de la casa vecina.

Ahora se descose en bruto frente a Alina. Alina se encargó de derribar el cerco idiotizante con su pregunta:

—¿Qué hacés fumando?

Guzmán tose. Se agarra el abdomen. El peso de los cigarrillos en el estómago, pulmones y garganta.

Alina se adentra en el living.

—Maite. ¿Dónde está Maite? —dice.

Él se lleva las manos a la cara. No ve nada.

Alina va hasta el dormitorio, con paso frenado y llamando a su hija.

Incrementa la velocidad para ir a la cocina. Luego al fondo, donde sigue llamándola. En poco rato todas las luces de la casa pasan a estar prendidas.

Guzmán está sentado cuando la ve entrar de vuelta al living.

—¿Dónde está Maite, Guzmán? No encontré su mochila, Guzmán, ¿dónde está Maite? Por favor respondeme.

—No está —tiene las piernas juntas y las manos perdidas entre los muslos.

El cigarrillo que aplastó en el suelo humea entre sus pies.

—¿Cómo que no está? Guzmán, ¿te estás escuchando? Guzmán...

—No sé dónde está Maite. No sé dónde está.

—No juegues, te aviso. No se jode con estas cosas. Decile que salga de donde se haya metido. Ya está. Ya alcanzó. Ya me dieron un susto. ¡Maite! Guzmán, decile que salga. Decile que salga.

Lo que la hace alta es el cuello de cartílagos largos. Le sobresalen cuando ríe, está tensa o hace frío, y palpitan con cualquier otro ejercicio físico. Ahora forman el mismo grabado. Le pide otra vez a Maite que salga de su escondite pero la voz se le ahoga cuando se fija en el rostro de Guzmán, y cae de rodillas frente a él.

Hay un olor.

—No llores. Vos no tenés nada que ver —dice Guzmán, sollozando—. Salí a correr hoy de tarde y no quise molestarla. Recién se había puesto a dormir la siesta y no quería despertarla. Sólo iba a tardar media hora.

—¡¿La dejaste sola, dejaste a tu hija sola?!

—Era nada más que media hora. Menos.

—Pero, ¿y no trancaste las puertas?

—Se me olvidó la de la cocina.

—Ay, Dios mío. ¿La buscaste en la casa de al lado? ¿No la tendrán Elvira y Manolo? Se fue con su mochila. Seguro que te fue a buscar. Dios mío. Se despertó, vos no estabas y te fue a buscar. ¿La buscaste en el arroyo? Y no me llamaste... Hablá, Guzmán, hablá por favor...

—No, no llamé a nadie. Fui hasta el arroyo, pero no la busqué en la casa de al lado. Si estuviera con Elvira y Manolo ya me hubieran avisado.

—No me llamaste.

Guzmán dice que no, que no la llamó porque si no todo se iba a volver real.

Guzmán habló sin mirar a Alina, y ahora que lo hace, ella se toca la sien con la mano derecha.

—Maite desaparece, ¿y lo único que te importa es lo que sentís? ¿Qué sentimiento podés tener vos que sea más importante que esto? Y yo todo el tiempo sin saber nada. Vengo acá como una ilusa, me traigo todo para quedarme... —mira hacia la puerta. Sus ojos van de una valija a la otra. Luego, a la noche de afuera—. Siempre la misma estúpida, eso me pasa por seguir a mi corazón. No aprendo más.

Se larga a llorar como con lástima de sí misma. Guzmán extiende un brazo para tocarla. Ella levanta la vista, detecta los dedos de su esposo cerca de su cabeza y su expresión varía hacia el asco. Se abalanza sobre Guzmán, que cae hacia atrás. Termina sentada encima de él. Le pega en la cara, en los costados de la cabeza y en el pecho con los puños.

—Maite —murmura.

Antes de levantarse y salir a la calle, queda un instante mirando a Guzmán, que tiene los brazos como las patas de un pollo o como un perro que busca cosquillas.

Él se incorpora. Vuelve la silla a su lugar. Levanta la colilla del suelo y la coloca en el vaso junto a las otras. Puede oír a Alina tocando a la puerta de la casa vecina, llamando a Manolo, y también puede olerla con alivio en el aire del living-comedor mientras quita las valijas

del camino y las pone al costado, contra la pared. El humo de cigarrillo empieza a abandonar la casa.

La noche no termina. Manolo reacciona tosco al principio. Luego se muestra herido cuando Alina le exige, hecha un mar de lágrimas, que le muestre la casa. Durante el recorrido, le repite que no ha visto a "la pequeña" en todo el día. La abraza en un momento dado. Ella lanza una especie de suspiro al sentir que se le aflojan las rodillas. Y aunque él es notoriamente más bajo que Alina, parece abarcarla toda con sus brazos. Llora tranquila, dice.

Ella se empequeñece. Manolo acaba decidiendo por ambos que es necesario hacer la denuncia. Le pide a Guzmán que busque una foto de la niña. Alina le dice que va a encontrar una en su billetera, dentro de la valija marrón.

Guzmán registra la valija y, antes de volver con los demás, piensa en calzarse, apagar las luces y cerrar la casa. Se calza y sale disparado del dormitorio, con el corazón en la garganta. No apaga las luces. Cierra la casa. Afuera, Manolo está sentado al volante del Toyota y Alina y Elvira en al asiento trasero. Elvira lleva un peludo cardigan negro encima de la ropa de cama. No se entera de nada pero la recorren rápidos temblores. Alina toma las manos viejas entre las suyas. Guzmán ve el rostro lúcido, repentinamente ejecutivo de Manolo, apuntando firme hacia adelante, y siente cómo el pómulo

que ha recibido las descargas del puño de Alina se le empieza a hinchar.

—Ay, ¿este café es para mí? Gracias. Sos una dulce.

Eso es lo primero que Guzmán oye, a las diez de la mañana del lunes. La claridad y la inmediatez de las palabras, provenientes del living, terminan de ahuyentar las últimas imágenes del sueño que lo entretuvo por lo que parecieron horas. Para cuando vuelve a oír la voz de Alina, todo esfuerzo por recordarlo se vuelve inútil y el sueño se dispersa en secuelas puramente físicas. Guzmán permanece un rato más en la cama, escuchando.

—Hubiera hecho escones. Pero, obviamente, no hay ni la mitad de los ingredientes —Guzmán distingue la voz de Sara, la madre de Alina.

Luego, Alina vuelve a hablar:

—¿Viste a Manolo y Elvira? Qué divinos cómo se portaron. Pobres. La querían tanto, no te hacés una idea... —hay cierto ritmo de llanto exhausto en lo que dice.

—Sí, yo sé muy bien. Todos la queremos —dice Sara, resistiendo a doblarse por el pesar.

Guzmán ve las rayitas de luz en la persiana y cómo se expanden dentro del cuarto, contra los objetos.

—Y yo se las saqué de un día para otro. Te digo, casi que vivían para ella. Se ponían tan contentos cuando la veían.

Se morirían si les contara la última de la enana.

—¿La del segundo nombre?

—*Mmm hmmm.*

—¿Cómo era que se había puesto?

—...No me acuerdo ahora, pero era un nombre de telenovela.

—Ah, qué caso.

—Qué estúpida yo. Me enojaba cuando ella se ofuscaba y me pedía que la llamara por los dos nombres. Se lo agregó por Juan Pablo, el amiguito del Jardín. ¿Sabías? ¿Te conté?

—Síií, me contaste —en su voz hay el mismo interés tierno de siempre.

—Viene un día y me pregunta cuál es su segundo nombre, y yo le digo que no tiene segundo nombre. Que le pusimos Maite y nada más. ¿Podés creer que no me creyó? Se pensó que se lo estaba ocultando o algo. Y se puso a lloriquear. Decía: ¿por qué no me querés decir, por qué no me querés decir? Y se fue al cuarto.

Guzmán ve las rayitas de luz en la persiana y cómo se expanden dentro del cuarto, frotándose contra los objetos.

—Mirá que si quería era brava, eh.

—Ahora, no sé cómo no me acuerdo del nombre que se puso. Pero estoy segura de que no conocía a nadie que se llamara así. A ver, denme un segundo... No, no hay caso... Le pregunté si lo había sacado de la televisión y me dijo que no. Pero para mí que lo sacó de la tele.

Hacen silencio y, por un momento, Guzmán duda de que la conversación haya existido. Está boca arriba, las manos en el pecho, y tiene puesta la misma ropa de ayer más el buzo que se agregó por el frío de mitad de la noche.

Cuando vuelven a hablar del otro lado de la puerta, la impresión que se lleva es prácticamente la opuesta: que la conversación nunca se ha extinguido, que fue él quien se desconectó de ella momentáneamente.

—Es de día —dice Alina. Su voz surge de una profundidad apagada, tan abrupta y cortante como la voz de una radio que acaba de prenderse—. ¿Estará buscándola la prefectura ya?

—No sé, mi amor.

—Ojalá que...

—¿Qué?

—Que no la encuentren... los de la prefectura.

Alina habla sorbiéndose la nariz, casi que jadeando, alargando los espacios entre palabras, entrecortándose y a punto todo el tiempo de perder el hilo. Guzmán oye todo incorporado en la cama.

—No quiero que la encuentre la prefectura. ¿Qué hora es? Ya deben de estar buscando en el arroyo, Dios mío. Si la encuentran quiere decir que... Te juro, prefiero que vuelva a ser de noche. No me importan los policías, no me importa que me vuelvan a hacer todas esas preguntas. No me importa que sospechen de mí, que sospechen de Guzmán, que sospechen de todos. ¿Cree usted que su esposo tendría razones para alejarla de su hija? ¿Con qué derecho te preguntan eso? Pero podría soportar que me preguntaran eso todas las veces que quieran mientras siga siendo de noche. Pero es de día, ahora hay luz. Si no la encuentran ahora...

—No te pongas así. No te permito que te pongas así. Vení acá —dice Sara.

Pero de repente los sollozos de Alina se secan.

Su voz, cuando vuelve a hablar, parece recuperada:

—En la escuela, no sabés, la semana pasada la maestra de jardinera llegó a pedirme que me reuniera con ella. Antes me había mandado un par de notitas en el cuaderno de comunicados, diciéndome que la notaba rara en clase. Que no quería trabajar, que molestaba, que a veces le rayaba las hojas a las compañeras. La maestra me pedía que la observara en casa, que me fijara a ver si también se portaba extraño o algo así, que hablara con Maite y le pre-

guntara si estaba todo bien. Pero todo muy tímida, viste cómo son las maestras de jardinera. Pero el colmo fue cuando vino un mago el martes pasado, creo, y Maite se pasó interrumpiéndolo todo el rato, haciéndole preguntas bobas, que todo el mundo se dio cuenta de que eran a propósito, de caprichosa nomás.

—Yo no puedo creer.

—Y después, dice la maestra que cuando el mago sacó una paloma del sombrero, se puso a llorar a gritos. Decía que le tenía miedo a las palomas. Entonces el mago se la acercó en la mano, para que la acariciara y se diera cuenta de que era inofensiva, y Maite qué viene a hacer. Le pega una cachetada a la pobre paloma. Y la paloma pega en el piso y se pone a volar desesperada y golpearse contra las paredes. Imaginate que los demás niños se pusieron todos a gritar y a llorar como locos.

—Pero eso no me lo habías contado...

—Qué querías que hiciera. Se me caía la cara de vergüenza. Te digo, a la maestra la timidez se le fue del todo en la entrevista que tuvimos. Me pidió que hiciera algo ya, pero ya, porque la situación no se podía aguantar más. Que Maite le hacía mal al grupo, y que ella estaba recibiendo algún daño, y que estas cosas siempre eran un reflejo de algo que pasaba en la casa...

Y ahora larga el llanto, que al segundo suena ahogado. Guzmán supone que debido a

que Sara ha aplastado la cara de Alina contra su pecho.

Al contrario de lo que se supone, los niños poseen la conducta más constante. Guzmán comprende el dolor de un maestro al ver a uno de ellos cambiar radicalmente de un día para otro. El niño llega vestido de alumno, con la túnica como un abrigo de toneladas, y bien puede dedicarse a golpear al primero que se le cruce, por ninguna razón, como a hundirse en sus zapatos, despojado de su alegre histrionismo natural, frío como un autista; y pierden cualquier talento de un año para otro, de un día para otro. Y los ojos de los niños. A diferencia de los de los adultos, que llevan marcada una impronta que permanece incambiada en la alegría y la tristeza y la euforia y el letargo, los ojos de los niños son vacíos. Siempre. No tienen fondo. De lo único que se llenan es de cierto reflejo de la situación. Un niño triste, por eso, parece otro. Uno tiene que mirarlo dos veces para ver si se trata del mismo de ayer; tiene que fijarse en su boca, en sus manos, pedirle que hable, olerlo. Y todos los niños tristes parecen el mismo: un niño que está aprendiendo cosas antes de tiempo. Guzmán puede comprender el rencor ciego hacia los padres de la criatura que invade al maestro cuando es testigo de aquello. Los padres son los únicos responsables de lo que les suceda a sus hijos. Y él nunca pensó que alguna vez llegaría a caber

dentro de esa clasificación, y desvía la mirada hacia la ventana con lágrimas en los ojos.

A través del escozor, mira el reloj en su muñeca y se mueve quedamente hacia el rincón de la cama más cercano a la puerta. Trata de oír pero nadie habla ni se mueve.

Vivió la noche con decepción. Sintió que la noche poseía un diseño pobrísimo en comparación con lo que él se había figurado, y el deseo de que se terminara de una vez y la desesperanza al ver cómo poco a poco esa estructura se esfumaba hasta perder todo sentido.

No hubo procedimientos espectaculares.

Tan sólo dos patrullas, una de las cuales se encargó de visitar todas las casas del balneario y volvió con las manos vacías. Guzmán y el padre de Alina acompañaron a los de la segunda patrulla en una búsqueda por el arroyo, luego por la playa y la parte más espesa del pinar.

Los policías daban estocadas a la oscuridad con sus linternas. Guido, el padre de Alina, se le acercó en un momento en que los policías tomaron la delantera y le preguntó dónde estaba su nieta una vez, dos, tres. Le prometió que si se lo decía, él no lo iba a delatar. Lo importante era que su nieta apareciese. Guzmán se lo decía y quedaba como un secreto entre los dos. No obtuvo respuesta, y a continuación y en un susurro todavía más suave, dijo que iba a contratar un detective.

Que esto no iba a quedar así.

Que se cuidara la espalda.

Y mientras los policías buscaron y Guzmán fingió buscar, Guido le midió cada movimiento, como si Maite fuera literalmente a descolgarse de algún gesto desprevenido de su rostro, de sus articulaciones.

Guzmán sintió que todos ellos eran piezas de una comedia. Ladrones en un recinto silencioso: una especie de museo privado en el que buscaban ciegamente la pieza más diminuta, y se sintió parte de aquello pero de una manera furtiva, y no encontraron nada tan valioso como una niña perdida.

Terminó de ver la falta de sentido en todo aquello cuando, a la vuelta de la expedición, se acercó a uno de los policías a pedirle un cigarillo.

—¿Usted fuma? No me hubiera imaginado. No tiene dientes de fumador —dijo el policía.

Guzmán notó su dentadura cobriza. También el olor a tabaco mezclado con otro aroma fuerte, a toalla húmeda.

El agente sacó una caja sin abrir de un bolsillo de su camisa y se la entregó.

—Quédesela. Tengo un cartón entero de estos. Están de oferta. Quince pesos la caja, imperdibles. Los trajeron de Argentina y los están poniendo a prueba en el mercado. No están mal. Digo, yo, también, deme un palo de escoba, cualquier cosa que haga brasa y eche humo...

Guzmán abrió la caja de Philip Morris, aceptó fuego del policía y se quedó un rato a su lado, en el frente de la casa, mirando cómo conectaban otro aparato a la línea telefónica. Adentro, Alina estaba reunida con sus padres y su hermana, y era un lugar al que no quería volver a entrar.

El policía volvió a hablar. Había estado presente en el interrogatorio cumpliendo un papel mudo, sin tomar apuntes ni nada. Sabía lo que había sucedido en esa casa, lo había oído una y mil veces, así que Guzmán se sentía en confianza.

El agente, de bajo rango, le hizo un comentario sobre el ojo lastimado. Un golpe de nada, respondió Guzmán.

Sí, no merece ni hielo, mañana ni lo va a sentir, dijo el policía y prendió su propio cigarrillo.

—Le voy a decir la verdad —dijo—. A mí no me gusta que se le mienta a la gente. Por lo general aguantamos lo que sabemos hasta que ya no hay nada que hacer, como los doctores, ¿vio?, y cuando al fin pasa lo que tiene que pasar y le soltamos la información en la cara al paciente, el tipo se quiere morir porque no está preparado. Yo no creo en esa mierda.

Dio una pitada larga sin dejar de tener el cigarrillo pinzado en ningún momento. Lo sostuvo a poca distancia de la boca cuando ex-

pulsó el humo, como si dudara, y luego lo bajó a la altura de la pierna.

—Esto no tiene buena pinta. Para nada. Yo no veo luz al final del camino. Ya dimos aviso a las fronteras, pero eso me parece al pedo. Esta niña no está perdida ¿Cómo era que se llamaba? Maite. Maite no se perdió. Ya habría vuelto, la habríamos encontrado. Alguien la habría encontrado hace rato, que no le quepa la menor duda. Es una niña de cinco años. Recién cumplidos, ¿no? Si se escapan, a lo sumo dan una vuelta a la manzana y vuelven del cagazo que se agarran —mira a Guzmán. Apenas tiene cejas, lo que hace que sus ojos sean gordos y que las pupilas negras parezcan más negras—. ¿Sabe cuál es la última moda? A una familia le desaparece un hijo y a los pocos días lo encuentran sentado en el cordón de la vereda de enfrente de su casa, vivo pero sin un riñón. Operado perfecto. Por un cirujano de verdad. Sano pero con un riñón de menos. O lo peor. Hace poco desaparece una niña. Ocho añitos. Familia de Paso Molino. Vamos a no decir pobres. Laburantes. Sobrevivientes, como todos nosotros. Se la devuelven tres días después, sana y salva, pero sin los ojos. Operada perfecta, sin infección ni nada. Por el mismo cirujano que capaz que el día de mañana te opera de una apendicitis. ¿Y por qué? Porque ahora, con cómo va la ciencia, se pueden hasta hacer transplantes de ojos. Un ricachón hijo de puta necesita un par de ojos

nuevos y ya está, un par de llamadas y todo listo. Capaz que hasta se dan el lujo de elegir color y todo. Nada es imposible. Y a usted le devuelven una hija ciega. Para que vea que al menos no se la mataron, que no son tan mala gente. No digo que eso vaya a pasar con su Maite. Ojalá que no. Pero la veo fea. Era eso nada más.

Se excusó para ir al baño.

Ya eran las cinco de la mañana. Guzmán cruzó el living sin prestar atención a nada y se metió en el dormitorio. Encuentra la caja de Philip Morris en un bolsillo del pantalón. Está arrugada y el cigarrillo que extrae tiene una curvatura que no se molesta en enderezar. Recoge el encendedor de encima de la cama y vuelve a oír la conversación en el living. La voz de Alina como una aplanadora.

—...yo veo cómo se mortifica. Pobre. Me dan ganas de abrazarlo, de decirle que va a estar todo bien. Que no fue su culpa, pobre, qué iba a saber. Pero a la vez me da no sé qué. No puedo. Yo lo veo sufrir por dentro.

Y entonces la voz de Sara.

—Es que siempre fue muy para sí mismo.

—Sí, para algunas cosas, sí. A veces yo tenía que sacarle las cosas a la fuerza. Hasta cuando tenía sentimientos lindos.

—Es un taciturno.

—Sí, taciturno.

—Tu padre también era un poco así. Si había alguien taciturno en el mundo, ése era tu

padre. Y siempre tomándose todo tan a pecho. ¿Sabés lo que hizo una vez? Éramos novios, recién nos conocíamos y qué me viene a decir, todo serio y con esa cara de romántico alemán. Estamos de vuelta de una cita, en la puerta de casa y me dijo, en su mejor estilo *sturm und drang*, me dice: tus ojos son como dos estrellas diurnas. Yo no pude parar de reírme, te digo. Pero qué iba a hacer. Sé que tiene que haber hecho un esfuerzo enorme para decir eso. Debe de haber estado días para juntar coraje. Pero yo no podía parar. Y bueno, se puso como una fiera, te podrás imaginar. Digo, al punto que si yo no hubiera hecho lo que hice, estoy segura de que hoy ustedes no estarían acá.

—¿Qué hiciste?

—Bueno, ése es un secretito que me guardo.

Risas.

—Por favor, ni le menciones esto a tu padre. Que hasta el día de hoy se le suben los colores a la cara si le recuerdo eso.

Luego, otra vez Sara, aprovechando el impulso declinante de su risa:

—Tu padre. Tu padre no se hubiese dignado a besarme de mañana sin haberse antes lavado los dientes.

—¿Taciturno? —y Guzmán se sobresalta. Esa no es ni Alina ni Sara.

Instintivamente mira a su alrededor, nota que el cigarrillo se le ha caído y lo recoge rá-

pido y torpe de sobre la sábana. Termina rascando la tela donde ha empezado a abrirse en una quemadura. Distingue la voz de Eleonora, la hermana de Alina, cuando vuelve a hablar—. ¿De dónde salió esa palabra? Estoy segura de que no saben ni lo que quiere decir. Deberían escucharse. Parecen dos viejas hablando de hombres como si fuera lo único que tuvieron en su vida. Te juro, cierro los ojos y veo dos viejitas y puedo oír gatitos, muchos gatitos por todas partes.

—Eleonora —salta Sara, enérgica—. Limitate, por favor.

—Y si es así. Vos hablando de papá hace qué, ¿treinta años? ¿Cuánto hace que no te da una alegría? Y vos, hablás de tu esposo como si fuera no sé qué...

—Ya está, terminala. Es tu madre y tu hermana con las que estás hablando.

—Si en realidad esta se casó con el primero que pasó porque quería irse de casa, y ahora viene a hacerse la importante —habla distinto a las otras dos. Su registro es amplio aunque se mueve una octava por encima del resto. Utiliza más vocales de lo que requiere el idioma y las distribuye aquí y allá caprichosamente, y si bien no vivió nunca en un país extranjero, lo foráneo de su acento emerge de un agrio desencanto, hijo de la insatisfacción, singular no por sus raíces sino debido al esfuerzo meticuloso, casi masoquista, con que es almacenado.

—¿Qué estás diciendo? —replica Alina.

—¿Que qué estoy diciendo? No me digas que te da vergüenza aceptarlo porque está mamá adelante.

—¿Que me cuesta aceptar lo qué?

—Que te casaste porque te querías ir de casa.

—Eso no es verdad.

—Claro que eso es verdad. Me lo dijiste a mí. No te hagas la estúpida.

—¿Qué te dije?

—Que lo que te ponía más contenta de casarte era que te ibas a ir de casa. Que iba a ser tu primera experiencia de vivir sola.

—Yo no dije eso.

—Bueno, yo te digo que sí.

—Lo que pasa es que vos oís lo que querés oír. ¿Cómo no voy a estar excitada de que me voy de casa por primera vez? Es una de las cosas que vienen con casarte. Irte de tu casa, tener tu propia casa. Sería una tarada si eso no me moviera el piso.

—Contenta. Dijiste: estoy contenta.

—Y bueno, y sí. ¿Qué, tenía que estar triste porque me iba a ir de casa porque me casaba?

—Sola, dijiste.

—Sola es un decir.

—Vos arreglás todo. Sos una genia arreglando todo.

—Esa es la verdad. Yo no estoy arreglando nada. Y no me casé con el primero que pasó.

—No, justo.

—*Hhhm.*

—Nenas, nenas, por favor, tranquilícense.

Los objetos, frotados por la luz de media mañana proveniente de la persiana, parecen adquirir volumen.

—No, mamá. No me voy a tranquilizar. Que esta malcogida venga a casa a decirme lo que se le antoja no se lo acepto.

—¿Malcogida? Mirá, ni me había enterado. Se ve que a algunas eso les preocupa más que a otras.

—¿Pueden parar?, por favor.

—Si vos tenés un problema para aceptar la verdad, no es mi culpa. Y la verdad no va a cambiar porque te la diga acá, en tu casa o afuera de tu casa.

—Muy rebelde y todavía vive con papi y mami.

—Al menos no me fui para volver corriendo al menor problema.

—Si no me acuerdo mal, fuiste vos la que me dijiste que me había sacado la lotería con Guzmán. ¿Te acordás Eleonora? ¿Te acordás? Vos eras la que venía toda alborotada cuando llegaba carta de Guzmán. ¿Te acordás? Sí, claro que te acordás. Debe haber sido un momento clave de tu vida. Me decías que ha-

bía sacado la lotería: un tipo que le gustaba escribir cartas, que no sé qué. Vos me subías la carta al dormitorio, toda alucinada, y no parabas de mirar el sobre, estoy segura de que para ver si no había una equivocación, si no era para vos. Eso no lo sabías, ¿no mamá? Tuve que ver a mi hermana, que me lleva cinco años, triste y celosa de mí. ¿Cómo se supone que me tenía que sentir? Porque además tenías razón. Ninguno de los muchachitos esos con los que saliste nunca hubieran sido capaces de hacer algo así. Ni siquiera algo parecido hubieran hecho para vos. Aceptalo. Te morías por estar en mi lugar. Te morís por estar en mi lugar.

Guzmán entreabre la puerta del dormitorio sin ruido. Al final del pasillo, el living se abre a la vista. Lo primero que ve es una región pálida y lisa en el rostro de Sara. Ronda los sesenta, tiene el pelo rubio y canoso por partes iguales. Es tan alta como sus hijas, de esqueleto menudo y sedentario. Sentada a una silla detrás de la mesa, buena parte de su torso sobresale. Se cubre la boca y la nariz con la mano blanca. Sus ojos son casi exactos a los de Alina y Maite en color y forma, pero la impresión ahora es desagradable: están desorbitados y es como si se le hubiesen desplazado de lugar en el rostro y ella no pudiese remediarlo. Eleonora está a su izquierda. Guzmán ve su perfil detallado contra la ventana. Se calienta las manos alrededor de una taza, y un cigarrillo sobresale

del amasijo de dedos. Lleva unos vaqueros celestes y camisa gris, floja, remangada por encima de los codos. El pelo engominado se le junta en una colita a la altura de la nuca. Mira al extremo de la mesa del que Guzmán tiene vedada la visión. Es lo opuesto de Alina en casi todo. Especialmente el lustre de la piel, la curva de la nariz —donde ahora se le manifiesta la exasperación—, y la forma en que esconde el cuerpo, igual que algunos guardan su primera moneda.

Vichando por la puerta, Guzmán experimenta el mismo impulso de siempre de meterse debajo de la ropa de Eleonora, de romperle la pose de varón. Pero no tiene nada que ver con el deseo sexual. Es el mismo tipo de vocación mezcla de piedad y orgullo viril y que roza lo posesivo que empuja a un religioso a hacer su proselitismo con las personas perdidas, desesperadas.

Y apenas se insinúa, el impulso cede a una oleada de pereza. Como siempre. Unirse a ella significaría demasiado trabajo: estar dispuesto a emprender una búsqueda difícil, probablemente inútil, de su tesoro ahorrado. Hay poco más de cinco segundos entre que Guzmán entreabrió la puerta y el crujir de una silla que se oye ahora.

Sara extiende su mano libre, la derecha, brusca, como buscando agarrarse de algo. Eleonora sigue un movimiento lento, oculto a la

vista de Guzmán, con una mirada recelosa, y dos segundos después Alina aparece en el cuadro. Su cuello.

—Alina —dice la madre.

Se introduce en el pasillo. El pasillo está oscuro. Llegado a un punto, la silueta de Alina es lo único que Guzmán puede ver.

—No te equivoques —la voz de Eleonora, alzándose de algún lugar a sus espaldas—. No me gustaría estar en tu lugar. Justo hoy, no.

Antes de llegar a la puerta del dormitorio, Alina dobla y se encierra en el baño. Transcurre una hora y media antes de que Guzmán abandone la casa. Eleonora está fumando afuera, en la hamaca paraguaya del fondo. Alina y Sara, en la cocina, se ocupan de cortar y picar verduras. Luego de bañarse, Guzmán entra a la cocina y habla antes que ellas. Dice que tiene que ir a trabajar. Que no puede faltar a la EMA sin una notificación previa porque eso sería causal de despido.

—Me las voy a tratar de arreglar para volver lo más temprano posible.

Alina se pone de espaldas al mármol, el peso del cuerpo en las manos apoyadas en los bordes. Tiene en la cara un esbozo de su peor sonrisa. Una sonrisa que Guzmán no quiere ver. Desliza la mirada hasta las manos prendidas del mármol de su esposa.

—Vos no te preocupes. Nosotras nos encargamos de todo. ¿Te preparamos algo? Te

lo podemos dejar en la heladera hasta que vuelvas —dice, y la sonrisa no se le borra.

Tiene los dedos húmedos y brillantes en las puntas por la verdura. A su derecha se levanta vapor de una cacerola y Guzmán respira olor a caldo. Sara toca la ceja de Guzmán, él siente un alfilerazo tímido y luego cómo ella le toma la mano y hace una leve presión cálida. Dice:

—Todo va a estar bien —y le suelta la mano.

En el frente, dos policías, que Guzmán no reconoce, charlan metidos en una patrulla. Apenas lo miran cuando se sube al 205.

A Maite le faltaban un par de meses para cumplir cuatro cuando Guzmán fue contratado por la EMA, en julio del año pasado. Desde el sexto mes de embarazo, Alina había dejado de trabajar en la distribuidora de productos químicos de su padre como secretaria. Siguió cobrando el mismo sueldo y el padre no le aceptó nunca después que volviera a su puesto. Su nieta necesitaba a la madre, la continua presencia de la madre y, como estaba dentro de las posibilidades, por qué no hacerlo.

Para sosegar la inquietud de Alina, darle algo con lo que sentirse útil y evitar que el dinero que recibía cada mes no pareciese inmerecido —una mesada de padre a hija—, le daba tareas chicas. Papeleos menores, de los que ella se encargaba en pocas horas y en su propia casa.

Cuando Guzmán supo verlo de otra forma: un refuerzo del cordón umbilical, empezó a sentirse como un inútil y pensó que ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Podían cubrir los gastos de la casa con el sueldo de Alina, que no hacía nada, mientras él enseñaba en tres escuelas y en la plaza de deportes.

Alina tuvo problemas en aceptar la propuesta de Guzmán de que ella rechazara el dinero de su padre y él consiguiese otro trabajo.

Ella no creía que fuese necesario que uno de los dos se deslomara cuando las cosas estaban bien tal como venían siendo. Alina veía en el dinero de su padre un acto amoroso, desinteresado, justo, y Guzmán un acto amoroso pero interesado que les iba a impedir crecer independientes.

La maduración de las parejas que tenían que rascarse los bolsillos a fin de mes era mayor, se hacían más sólidas en menos tiempo. Y ellos todavía no habían tenido problemas en ese sentido.

—¿Y por qué tenemos que buscar problemas? —decía Alina—. Nadie tiene por qué andarse buscando problemas en la vida. Además, esas parejas con problemas económicos la mayoría de las veces terminan separándose. ¿Qué? ¿No te gusta lo que somos?

—Me gusta mucho lo que somos. Pero me da miedo lo que vamos a ser. Es eso. Que nunca lleguemos a ser lo que podríamos llegar a ser si las cosas fueran de otra manera. Si tuviéramos que esforzarnos por nosotros mismos. Yo quiero tener ese tipo de pareja. Ese tipo de familia. No sé, creo que somos más fuertes que la guita o la falta de guita, ¿no? ¿Entendés lo que digo? Me quiero ganar el derecho de

vivir en esta casa. De que esta silla, este libro, no sé, quiero tomar café en mi taza...

—Pero todo esto es tuyo. Es nuestro.

—Sí, pero a medias.

—Vos sos igual a mí. Hablás mucho pero no podés despegarte de tus padres. Querés que todo sea igual que tus padres.

—Sí, igual que mis padres.

—Que ahora están en Chile, en un país que no es el suyo, lejos de su hijo y de su nieta...

Guzmán le dijo que tuviera cuidado cuando hablaba de sus padres. Ella sabía bien por qué se habían ido a Chile. Y si no lo sabía, se lo explicaba.

Su padre se había roto el culo treinta años de su vida hasta llegar al puesto más alto de administración en la vidriería. Después de treinta años, lo echan sin la menor contemplación. Sólo hay seis vidrierías importantes en Uruguay, y cuando lo despiden le llueven ofertas de las otras cinco. Pero él se niega. Su padre no iba a ir con los secretitos de su empresa de toda la vida, de su segunda casa, a otra sólo por el dinero. Aunque lo hubieran sacado de una patada en el culo. Eso era lealtad.

Además, obviamente, el sueldo iba a ser menor, y él no se iba a rebajar a eso. Y en Chile estaba su hermano.

—No sé por qué te estoy explicando esto —concluyó—. Pero que estén lejos de mí y de Maite no significa nada.

—No dijiste ni mu cuando papá nos regaló esta casa.

—Eso fue un regalo de casamiento.

—Hacé de cuenta que lo que está haciendo ahora también.

—No hay que comprarle una casa a tu hijo y hacerle llover dinero por nada para ser un buen padre. Yo tengo más presentes a los míos que vos, por más lejos que estén. Eso es lo que consiguen unos buenos padres.

Alina se mostró abatida, a punto de renunciar, y dijo que no había una sola forma de hacer las cosas.

Guzmán respondió que no había una sola forma pero que había mejores y peores y que estaba seguro de que ésa era la mejor.

—¿Y si nos sale mal? —Siempre podía salir mal, pero al menos estaba en sus manos.

—¿Y si las cosas nos salen mal así, como estamos ahora? Vamos a poder sacarnos la responsabilidad de encima y echarle la culpa a tu viejo, a tu vieja, a la puta que los parió...

Descansaron durante un par de segundos de silencio.

—Todo va a salir bien —terminó él.

Guido y Sara, los padres de Alina, trataron de disuadir a Guzmán utilizando argumentos similares a los de su hija.

Luego, al ver que sus palabras eran en balde, se volvieron hostiles.

Estaban en todo su derecho de darle a su hija lo que les pareciera mejor para ella. Y si se trataba de dinero, no tenía ni que pedirlo. Les sobraba, e iban a seguir dándoselo mientras a ellos les pareciera que pudiese estar necesitándolo.

Guzmán se mantuvo en su posición. Desde el momento en que se había casado con Alina y desde que tenían a Maite, él tenía el derecho, no, perdón, la obligación de ocuparse de ellas.

Eso ablandó a Sara, y Guido, ablandado por su esposa, llegó a ofrecerle un puesto a Guzmán en la distribuidora. Podía ser en administración, o como visitador o supervisor.

Se necesitaba tan sólo un par de días para interiorizarlo sobre los asuntos de la empresa.

Pero Guzmán lo rechazó. Era más de lo mismo, y no estaba en sus planes abandonar su profesión.

Guido, su blandura improvisada quebrándose como un palo seco, dijo: Esto parece una broma. Yo te pido que abras los ojos. No podés esperar mantener una familia con un sueldito de profesor de gimnasia. Hacelo por tu esposa y por tu hija, que tanto se nota que las querés. No las sometas a una vida de privaciones. Alina no está acostumbrada...

Esa última charla decidió todo.

Alina se sintió menospreciada. Un objeto, un pedazo de tierra en disputa, y sus padres

y Guzmán estaban terminando de erigirse en bandos enemigos.

Sintió que menospreciaban también a Guzmán, que ella a su vez lo había estado haciendo todo ese tiempo y sin saberlo, y se mostró dispuesta a darle todo su apoyo.

Entonces apareció Javier con la oferta de la EMA. Y se acabaron las mañanas de lunes, miércoles y viernes en casa y los almuerzos juntos. Entre otras cosas, se redujeron el vino, la cerveza, las conferencias telefónicas.

Las compras de ropa también, exceptuando la de Maite.

Los martes y jueves, Guzmán volvía corto de paciencia luego de todo un día lidiando con niños de escuelas privadas.

Y la mayor parte de las noches Guzmán y Alina se iban a dormir desanimados, con las cabezas llenas de pensamientos y de cansancio.

Él había oído hablar del mundo militar, todo el mundo tiene nociones del mundo militar, y Guzmán las confirmó todas al empezar a trabajar en la EMA.

La EMA es una especie de universo paralelo. Tiene su propia huerta, su propia panadería, entran y salen camiones continuamente para abastecer a ese país dentro del país. Es un reflejo concentrado y algo más endurecido de lo que sucede afuera.

Los troncos de las palmeras, cipreses y olmos están pintados de blanco hasta la altura

de un hombre. Los aspirantes y cadetes viven como pupilos entre semana. Desprenden cierta unidad de propósito pero a la vez reina un ambiente tenso, de lucha; hay en el aire la intuición de algo esquivo a conseguir.

Todos, desde los alumnos hasta los oficiales, están ahí por la asistencia médica gratuita para sus familiares, la pensión que van a recibir una vez retirados, y por un amor al orden, al poder, a la discriminación y a volar.

Y está la forma en que los estudiantes se someten a los códigos de disciplina y a las humillaciones...

A Guzmán se lo trata con un respeto que raya con la indolencia. Es un civil y no se le pueden aplicar los mismos castigos que a los soldados, y tampoco tiene el derecho de penar con guardia de arresto a ningún alumno.

Nota que se lo observa. No es que lo vigilen, pero Guzmán se cuida de mirar con demasiada atención los establecimientos —nunca ha entrado a los dormitorios de los alumnos, por ejemplo— y de hacer preguntas.

Aunque la única exigencia es que cumpla con su trabajo, en las pocas ocasiones en que le pidieron que estirase su horario para hacer de árbitro en algún partido de fútbol o básquetbol, lo hicieron en un tono que dejaba en claro que esperaban que cediera sin chistar.

De mañana da las clases de gimnasia y a la tarde entrena al equipo de básquetbol. Al-

muerza allí mismo, en el dormitorio de un mayor. Luego, se sienta a un costado de la pista de guerra a mirar los aviones y los helicópteros.

Despegan todos los días, a toda hora. Y no se trata sólo de vuelos aburridos de instrucción sino que, bastante seguido, un oficial decide darse un gusto y se eleva en un Mentor que, a diferencia del Cessna, es monomotor y más moderno. Se mantienen bajo cuando sobrevuelan el predio de la escuela, cruzando a veces en vuelo invertido.

Eso produce la excitación de los cadetes. Los anima. Ven en el avión experto que surca el aire una promesa, el oro al final de un arco iris tortuoso. Los pilotos se convierten en ídolos para los aspirantes y cadetes, en parte porque son una minoría dentro de la escuela.

La mayoría de los alumnos va a ser destinada a funciones de tierra: volar no es una tarea para todos, ya sea por razones de aptitud física como mental. El cuerpo de pilotos es un grupo selecto. Gozan como de un halo de distinción, y caminan y hablan dentro de la escuela igual que si estuviesen en su propia casa.

Aun peor, como anfitriones indiferentes. Tienen sus propios uniformes y su propia mesa en el casino de oficiales.

Y Guzmán, mientras le dura la digestión, disfruta de ver los aviones y helicópteros despegar, maniobrar y aterrizar. Disfruta del ruido que provocan, de cómo puede variar, en un se-

gundo, de un sonido asordinado a un estruendo que no permite que uno se escuche a sí mismo, sólo para entonces desaparecer por completo. Hay un momento, cuando están a punto de despegar o aterrizar, en que parecen demasiado frágiles. La chapa vibra, brilla al sol. Dejan surcos de humo en cualquier tipo de cielo.

Guzmán mira los aviones y helicópteros flotar, mira la limpieza de su vuelo y en ese lapso deja de sentirse sujeto a la tierra.

El pensamiento se le vuelve primitivo: es una especie de raro milagro perteneciente al futuro o a otro mundo, que esas máquinas rompan con la ley de gravedad, que haya gente que se meta en máquinas que vuelan y las manipule, y que dedicarse a aquello sea la opción de sus vidas, mientras casi todo el resto del mundo ni siquiera lo baraje como una posibilidad del tipo: doctor, abogado, profesor, banquero.

Una tarde, Guzmán presenció una demostración de paracaidismo. Se sentó en las gradas, y los helicópteros ya estaban batiendo las hélices. Era invierno. Agosto, su segundo mes de trabajo en la EMA. Una capa fina de nubes le daba al cielo un aspecto lanudo pero terso, de un color grisáceo.

Guzmán, abrigado contra el frío húmedo, se reclinó buscando que la poca brisa no le diera en la cara.

En el instante en que los helicópteros habían ascendido los primeros trescientos me-

tros, fueron excluidos de la visión por un repentino banco de niebla que hizo su ingreso desde el campo abierto al noroeste y quedó colgando a baja altura.

El mayor de instrucción del cuerpo de paracaidistas, un norteamericano con más de ciento cuarenta saltos en Vietnam, comenzó a comunicarse por radio con los vehículos.

Su aparente tranquilidad no logró calmar del todo los nervios del resto de los oficiales y alumnos. La niebla era blanca y el claqueteo de las hélices, que ya se había dejado de oír, fue sustituido por el rumor nervioso de los presentes. Pasaron quizás diez minutos en los que no sucedió nada.

Guzmán pensó que en las mentes de los demás, lo mismo que en la suya, debería de estar empezando a borrarse el propósito de aquellos helicópteros, su existencia real incluso. Y que lo único que los atajaba de retirarse era la figura del gringo, que no paraba de echar vapor por la boca al aparato de radio portátil, con la frente elevada a la niebla.

En un momento determinado, el norteamericano dejó la radio y señaló tres puntos en el cielo.

Todos miraron arriba, yendo ansiosos de un punto a otro con los ojos. Fue de repente. Guzmán vio, y todos vieron, las figuras negras emerger de la niebla iridiscente y tupida. Soltaron una exhalación de asombro.

Las figuras de los paracaidistas fueron haciéndose humanas a medida que aceleraban su descenso. Luego, cuando los paracaídas se abrieron, se volvieron blandas contra el viento, se columpiaron en el aire. Y Guzmán pudo ponerle nombre por primera vez a lo que le sucedía a esa hora, cuando se sentaba a mirar los aviones.

Era lo mismo que estar como visitante en un parque de diversiones descomunal. Tres veces por semana entraba a un lugar único, imponente, del que se salía lleno de alegría y espanto.

Al dirigirse a media tarde a sus últimas clases del día en la Plaza de Deportes número diez, se sintió potenciado, imbuido de algo de ese poder que se respiraba dentro del establecimiento y de una sensación de ligereza. Le parecía haber descubierto algo. No supo qué, pero se trataba de un algo trascendente, necesario para todas las personas pero imposible de transmitir.

Retornaba a casa con la tarde ya declinando. Por ese tiempo, su sentido del mundo se ensanchó. Pensó en las miles de necesidades y aspiraciones a satisfacer, en el sufrimiento y la frustración que se acumulaban diariamente en la escuela, y se preguntó si Alina y él no habían sido mezquinos hasta entonces en su encierro en sí mismos, en la búsqueda de su propia satisfacción y felicidad.

Los sedimentos de la conmoción de alegría y espanto que trajo a casa hicieron que, a sus ojos, eso que antes consideraba felicidad se revelara como una emoción monótona y aburrida; una ilusión proporcionada por la seguridad.

Alina hizo todo lo que estuvo en sus manos para preservar la armonía en casa, para colaborar con el momento. Esperó a Guzmán con la mesa puesta, la comida pronta a la hora que fuese. A veces, él la encontró dormida en una silla o en el sofá. Comenzó a descuidar a Maite. La dejó sin bañar, la puso a dormir a deshoras, la estaba transformando en una llorona. Guzmán se lo hizo notar. Alina lo escuchó callada. Y a partir de ese momento, cambió.

Recurrió al apoyo de Elvira, que se brindó por entero tanto en el cuidado de la casa como en el de la niña. Y a la vuelta de Guzmán, Alina fue de Maite a él, corriendo literalmente para saciarlos.

A ritmo de vértigo, desarrolló monólogos y preguntas que no esperaban respuesta. Llegó a todos lados con los brazos, las piernas, la voz, el sexo.

Todo ese tiempo, Guzmán fue consciente de que estaba presenciando la caída de su esposa, la de ambos, pero no pudo hacer nada. La vio desmoronarse, diminuta en su pequeño mundo que apenas podía controlar. Ella ocultó su esfuerzo tras una sonrisa inquebrantable. Y a él, la potencia del espectáculo lo inmovilizó.

Tuvieron una relación cansada y empezaron a negarse el contacto físico sin decirlo.

Un día de mediados de diciembre, Guzmán la encontró probándose un vestido de su color favorito, maíz, que le dejaba los hombros y la espalda al desnudo.

—¿Con qué te compraste eso? —dijo Guzmán.

—No me lo compré. Es un regalo de mi madre —respondió ella, mirándose el escote, contenta y colorada.

Maite estaba cerca de la cama y tenía puestas las pantuflas de la madre y un collar de perlas que le llegaba hasta la cintura.

Cuando Guzmán la miró, ella ladeó la cabeza.

—Que yo no me entere que te están dando guita a mis espaldas —dijo Guzmán, la atención devuelta a Alina.

Ella se alisó con cuidado la tela a la altura de la barriga, los dedos extendidos. Hundió el abdomen.

—No me están dando nada a tus espaldas. Es un vestido. Las mujeres usamos vestidos lindos. Y a los esposos debería gustarles que sus esposas usen vestidos lindos. Más que nada cuando tienen veinticinco años y todavía les pueden quedar lindos de verdad. Se recogió el cabello.

Desprendió algunos pelos del moño improvisado y se puso de perfil en el espejo. Lue-

go dejó que el moño se desmadejara y sostuvo el peso del cabello en ambas manos y dijo que capaz que se lo cortaba. Y que le gustaría probar a cambiarse el color. Negro no me quedaría mal, dijo.

—¿Y? ¿Te gusta? —Estiraba la tela del vestido sobre sus piernas largas y blancas.

—Sí, te queda muy bien. Pero no sé cuándo lo vas a usar. Es lindo pero es un vestido de fiesta. Podrían haberte regalado algo más práctico.

Alina miró a Maite, que estaba teniendo problemas para sacarse el collar. La niña conservaba su posición entre la cama y su madre, y el collar se le había enganchado en el pelo.

—Ay, cómo hiciste para enredarte así, —dijo Alina—. Le llevó un par de segundos facilitarle la tarea a su hija. Luego, ambas se pusieron a hurgar en la caja de la bisutería.

Maite surgió con una pulsera gruesa de plata, con piedras encastradas, y Alina con un par de caravanas.

—No entendés nada, ¿no? —dijo mientras se ponía las caravanas, parada frente a Guzmán, vestida de gala a pesar de sus pies descalzos.

Los meses de verano fueron un remanso. Enero tuvo un papel curativo en Guzmán, Alina y Maite.

Para fines de ese primer mes de vacaciones, el sol, los cielos limpios, la arena, el mar y

el arroyo, y el tiempo que pasaron juntos entre los elementos del verano, tomaron la forma de recompensa justa al sacrificio hecho por los tres desde el julio anterior.

Llegaron a pasar, incluso, un par de días en La Paloma, producto de un premio que ganaron en una casa de electrodomésticos.

Un fin de semana con hospedaje y pensión completa en el Hotel Portobello. Maite se puso como loca junto al océano. El lunes, de vuelta en Neptunia, no quiso entrar al agua de la playa. La probó repetidas veces pero era dulce.

Y Guzmán y Alina se rieron de las caras que ponía. Si ella preguntaba cuándo iban a volver a La Paloma, ellos le respondían que en cualquier momento, y ella se emocionaba y empezaba a recordar una sombrilla que había rodado con el viento, los barcos de pescadores, un perro revolcándose sobre el cadáver de un lobito marino, los caracoles que habían recogido en el faro y la fuerza de la espuma salada en la orilla.

Maite siguió preguntando por La Paloma en febrero, y el bienestar recuperado hizo que Alina y Guzmán creyeran en la respuesta que le daban:

—En cualquier momento.

La Paloma como un horizonte más que posible, y también como una marca tangible y reciente que definía de alguna forma la solidez de su situación.

Tiñó cada una de sus horas hasta que en marzo comenzaron las clases.

Guzmán pasó fácilmente del ocio al trabajo. Sabía que uno dependía del otro. Pero Alina lo sufrió como un dolor. Y retomó su actitud de finales de año, esta vez con más virulencia.

Empezó a demorarse luego de su última clase del día en bares y cafés. Pero siempre, fuera la hora que fuera, volvió, y Maite estaba despierta. Limpia y forzadamente sastisfecha, abrazada a Alina y con la cara rosada hundida entre las piernas de la madre.

Se negó a correr para colgarse del cuello del padre. Y Alina, otra vez con esa sonrisa prendida de la cabeza, que era como un tentáculo para estrangular lo dañino.

El día en que Alina se fue llevándose a Maite consigo, le dijo a Guzmán:

—Maite necesita que seas su padre de verdad. No alcanza con haberla hecho nacer. Yo entiendo lo que estás haciendo por nosotras, pero te quedás a mitad de camino. Yo también te necesito. Te quiero, pero eso tampoco alcanza. Ojalá esto sirva.

Desde ese día, Guzmán empezó a ahorrar. Ahorró en secreto estos últimos ocho meses para llevarlas a La Paloma de vacaciones en verano. Llamó y contrató por anticipado una casa en el barrio La Balconada durante todo enero, tiempo para el que Alina y Maite supuestamente ya iban a haber regresado a casa.

Desde la ruta 101, y al entrar en una recta de aproximadamente un kilómetro, lo primero que aparece es el edificio en U y la entrada en forma de bóveda. También los techos de algunos hangares, el bulto gris del T-6: un avión de la segunda guerra, ya inutilizado, que ahora adorna la Plaza de Armas. Los esqueletos de una multitud de árboles.

A medida que Guzmán se acerca a la EMA, la imagen de Alina en su vestido maíz empieza a perderse. Así es como la recordó diciendo sus últimas palabras mientras se llevaba a Maite, si bien esa mañana llevaba puesta otra ropa.

Algún mecanismo le ha borrado por completo la vestimenta de esa ocasión —seguramente algo de entrecasa— y le colocó otra. Sus piernas apenas separadas eran más blancas contra el modesto color del vestido, más largas. Parecía desnuda.

Al traspasar el enorme portalón y luego de saludar al guardia, Guzmán siente la emoción del que ve apaciguados sus celos al cerciorarse de que la imagen de Alina ya no persiste.

Como si de seguir ahí un segundo más, Alina se hubiese materializado en volumen y temperatura dentro de su ropa de fiesta, a la vista de todos.

La Plaza de Armas es el rectángulo de casi una cuadra de largo comprendido por el edificio en U. A la izquierda del T-6, un cantero levantado en ladrillo sostiene una hélice de buen tamaño, luego están los tres mástiles con sus banderas izadas y el busto de Artigas.

Los mástiles y el busto son los que afirman la cualidad de espejo y evitan que la EMA se disloque del mundo inmediatamente exterior. Es el mismo Artigas que apadrina el patio de la escuela primaria, del liceo y los salones de clase, nunca terminando de pertenecerles del todo. Es inevitable dirigirle una mirada cada vez que se le pasa por al lado, y pensar que acá su inmutable rostro militar parece estar a gusto.

Guzmán deja el auto en el estacionamiento y camina en línea recta hasta la pista de aterrizaje. Son las doce y cuarto.

Oficiales y alumnos, alrededor de ciento cincuenta en total, están reunidos a un lado de la pista. Los alumnos en formación mientras que los oficiales, el coronel incluido, guardan poses distendidas en primera línea, algunos con los brazos cruzados y haciéndose comentarios en voz baja.

Guzmán se coloca detrás, a más de quince pasos del último cadete. Hay un par de

mecánicos a su derecha. Charli y Gastón. Lo saludan con la cabeza.

Guzmán busca a Javier, pero no lo ve por ninguna parte. Entonces, el aire primaveral se le enrosca en el cuello y los codos. La sensación del pelo todavía un poco mojado es agradable, y levanta la vista al sol. Imagina un lago con los ojos cerrados. Después, la superficie vista desde abajo.

Abre los ojos cuando empieza a ver puntos de colores en los párpados. Mira cómo el primer cadete que va a realizar su primer vuelo en solitario revisa el Cessna. Revisa las hélices, los flaps, el timón trasero, luego le levanta el pulgar a su teniente, que devuelve el gesto, y se mete en la cabina.

La avioneta despega sobrevolando los primeros árboles. Todos siguen el movimiento del armatoste mientras inicia su trayectoria circular. Pasa por encima de Pando y luego se dedica a una larga curva.

Guzmán prende un cigarrillo. Se toca el ojo, que ha perdido por completo su hinchazón. Sonríe. Tiene puesto un pantalón deportivo Adidas negro, una camiseta blanca de manga corta y championes también blancos.

Se da cuenta de que está sosteniendo el cigarrillo por la colilla, igual que si se tratara de la punta de un porro, con el pulgar y el índice de la mano derecha, los otros dedos abiertos como si fuera a abanicarse con ellos. Lo aco-

moda entre índice y mayor, a la altura de la primera falange, y dobla el anular y el meñique contra la palma; todo esto con la mano a un costado, prácticamente pegada a la pierna. Da una segunda pitada. Entonces se fija en que nadie más está fumando.

Está prohibido fumar en la EMA, excepto en el casino de oficiales y sólo los oficiales, y aun así son muy pocos los que lo hacen.

Se consuela a sí mismo diciéndose que él es un civil, pero luego rebate esto con la información de que también es el profesor de educación física y que no estaría bien visto que lo descubrieran fumando. Tira el cigarrillo al suelo y lo aplasta. Exhala el humo, mete las manos en los bolsillos del pantalón y deposita el peso del cuerpo en la pierna derecha, la misma que se encarga de pisar el cigarrillo.

Levanta la vista pero no encuentra la avioneta. Se deja guiar por el estruendo cada vez más cercano de los motores a su izquierda. La avioneta debe de estar a cien metros del suelo. Vuela en diagonal a la pista sobre pleno campo y árboles que, de tan distantes, parecen arbustos. Al poco rato, ya ha efectuado un aterrizaje perfecto.

El cadete se apea. Guzmán lo reconoce: Silveira, un retacón de gran capacidad atlética, bastante callado.

No significa nada para él, pero lo que sucede a continuación le despierta una tibia simpatía.

Se presenta a su teniente y las palabras llegan débiles hasta la posición de Guzmán, que cree oír:

—Mi teniente, presento el avión. Vuelo sin percances.

Ambos hacen la venia. El teniente grita:

—Cadete, media vuelta.

Silveira obedece y, ni bien termina de afirmarse, el teniente le descerraja una patada en el culo que lo hace trastabillar.

El alumnado ruge en aplausos y gritos. Charli y Gastón aplauden también y se ríen a carcajadas. Guzmán los imita.

Luego, los compañeros de clase de Silveira corren a él. Lo empujan, le pegan amistosamente y lo alzan en andas.

Javier tuvo razón ayer.

Guzmán recobra la sensación de estar de visita en un parque de diversiones, la sensación de privilegio.

Presencia dos vuelos más, dos patadas más, dos nuevas avalanchas de alumnos sobre el nuevo aviador, idénticas a la primera.

Durante el segundo vuelo y en una mirada al principio distraída, toma conciencia de que en el lugar donde la avioneta gira en diagonal y reduce su altura a cien metros, las figuras que él ha tomado por árboles a la distancia son

parvas de sorgo. Se le aparecen como señales de mal augurio.

Quizás sea por eso, pero la visión de esos lacios bultos amarillos lo hace dudar sobre lo que desea: que la avioneta se estrelle o que aterrice sin problemas. Y cuando las dos avionetas siguientes aterrizan, Guzmán aplaude eufórico mientras el cadete recibe su patada fuera del nido. No termina de dar su tercer paso de regreso al estacionamiento cuando oye la voz de Charli a sus espaldas.

—Eh, profe.

Guzmán da media vuelta. Charli, cincuentón y completamente calvo, se masajea el cuello de toro mientras dice:

—Una pregunta nomás. ¿Viste a Javier?

—No, ¿qué le pasó?

Hablan en voz baja.

—¿Que qué le pasó? No le pasó nada, que yo sepa. Te pregunto si lo viste, nada más. Como no se apareció. Yo hablé con él, cuándo fue, anteayer creo, no, ayer de mañana, sí, y me dijo que iba a venir contigo y que después se iban a ir al Conrad —se toca los lentes RayBan de cristales verdes.

—Mirá, al fin y al cabo quedamos en que no vamos a ir nada. Él tuvo no sé qué problema.

Charli dice que qué problema puede tener Javier. A él no le dijo nada. Hubiera llamado. Le pregunta si está diciendo la verdad. Que

mire que todo está bien. Si no lo quieren llevar, está todo bien, eh.,

Guzman se toca el pelo y dice que habla en serio. Que no sabe. Descubre igual cantidad de crenchas secas y húmedas, y con la otra mano saca del bolsillo las llaves del auto.

Charli dice: ¿Sabés qué hacemos? Lo llamamos.

Desprende su celular del cinturón y se lo muestra, sosteniéndolo a la altura del hombro, como si estuviese en una propaganda comercial.

—Vamos a salir de acá, así estamos tranquilos —dice, y lleva a Guzmán hasta el edificio destinado al simulador de vuelo—. Así vemos qué le pasa, ¿te parece? Capaz que ya se le solucionaron los problemas y podemos arreglar para ir los tres. Yo tengo unos buenos pesitos ahorrados y me ando sintiendo con suerte.

A sus espaldas, el Cessna vuelve a despegar.

Guzmán lo sigue con la vista y con el deseo de que la turbulencia de esas alas se lleve no sólo a su mente por espacio de unos pocos segundos, sino también a todo su cuerpo y por tiempo indefinido.

Charli es un incordio, un chichón doloroso parado ahí, demasiado cerca y sujetando el teléfono al oído.

Guzmán puede oír la voz de Javier, brusca y amplificada por el aparato de segunda mano:

—¿Hola?

Siente una punzada en el corazón. La avioneta está por encima de Pando. Ya no se oyen los motores. Bien podrían habérsele apagado.

—Javier, ¿qué hacés? ¡Vo!, te andamos buscando por acá. No te apareciste. ¿Qué pasó?

—Nada. No pasa nada —la mezcla de brusquedad y soñoliençia al decir esto resulta extraña.

—Bueno, bueno. Estamos acá en la escuela y es la primera vez que te perdés una patada fuera del nido. Queda un vuelo más, pero yo ya me estaba yendo. ¿Dónde estás?

—Tuve algunas cosas que hacer entre ayer y hoy, pero ahora... Mirá, acabo de dejar la camioneta. Paso para despedirme al menos.

La lengua pastosa de Guzmán.

—¿Eh? ¿Despedirte de qué? —dice Charli.

—Despedirme. Dejo el laburo y me mudo.

—¿Dejás el laburo?

Responde que sí, necesita un cambio de lugar. Caras nuevas, paisaje nuevo. Un cambio de escenario. Charli dice que no sabe, no sabe de qué le está hablando. Es la primera vez que lo oye así. La voz de Javier dice que siente como que agotó este lugar. Pero no habla sólo de la escuela, habla en general. Llegas a hacer cosas que te hacen dar cuenta que tenés que irte.

Si no, ¿hasta dónde vas a llegar? Pero para qué le cuenta por teléfono.

—¿Dónde estás vos?

—Loco, me tenés en jaque, no te estoy entendiendo, me parece.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la pista de despegue.

La voz de Javier le pide que espere un poquito. Luego, que adivine qué. Si mira ahora para el estacionamiento, lo va a poder ver.

Guzmán y Charli miran en dirección al estacionamiento y se encuentran con la figura de Javier a setenta metros. Camina hacia ellos. El sol directamente encima le rebota en los lentes. Levanta las manos para saludar en un gesto teatral. Guzmán oye a Charli vociferar:

—¡Mirá este brisco!

Luego de bajar los brazos, da unos pasos más en dirección a Charli y Guzmán, y se para en seco. Vuelve a llevarse el tubo a la boca y le pregunta a Charli con quién está, y la voz brota dubitativa y lejana.

Charli responde que con el profe de gimnasia, con quién le parece que está. Lo dejaste clavado. Te estábamos esperando. Guzmán siente la fuerza de la tierra y se larga a correr. Javier lo imita: su tranco es lento y difícil.

Guzmán recorre los setenta metros sin problemas, felicitándose por la buena respuesta de sus piernas. Cuando llega a la posición que

antes ocupaba Javier, lo ve ya en el estacionamiento abriendo la puerta de la Ford. Nota el resplandor de los lentes de Javier sobre el pasto cuando está a punto de pisarlos. Modifica la zancada y suelta un gañido. Y cuando vuelve a levantar la vista, el otro ya está dentro de la camioneta.

Guzmán incrementa la velocidad. En los últimos veinte metros es consciente de las llaves de su auto apretadas en el puño, oye a Charli gritar a sus espaldas y ve, en la lentitud de Javier para cerrar la puerta y echar a andar la camioneta, no una demora natural, sino un efecto de cámara lenta provocado por la velocidad que él lleva al correr. El motor ya está en marcha cuando se detiene junto a la ventanilla del conductor, usando sus manos contra el marco cromado para frenar la inercia. Trata de abrir la puerta, pero está trancada por dentro.

Javier. Tiene una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios. Muestra unas ojeras lívidas del mismo tamaño que las que ayer la luz de la ventana proyectaba sobre sus pómulos en casa de Guzmán. Los ojos desnudos son insuficientes para la simetría del rostro, inesperadamente limpio aunque exhausto. De un castaño diminuto, bizquean y parpadean sin control mientras recorren el brazo de Guzmán que sigue manipulando para abrir la puerta, hasta llegar a su cara.

Guzmán grita:

—¿Adónde la llevaste? ¿Adónde te llevaste a Maite, hijo de puta? —Pero Javier no responde, ni los dos pares de ojos terminan nunca de hacer contacto, por más que Guzmán nota cómo Javier pugna por fijar su mirada estúpida.

La impresión de que se hacen pesados en la carne se acentúa cuando empieza a llorar y tiene la papada agónica como un fruto pasado de maduro. Parece al borde de un ataque cardíaco. Trata de decir algo y cuando al fin lo consigue dice:

—¡Dejame en paz!

En un primer momento, las lágrimas se le confunden con la transpiración, y Javier está borracho y mira al frente dejando correr las lágrimas con una expresión de fastidio, a la vez que la camioneta empieza a avanzar lentamente en dirección a la salida. Guzmán camina a su lado. Se toma con fuerza de la cabina. Siente la mente fría y el cuerpo latiendo caliente, y es entonces, como si Javier hubiese captado la distracción, cuando la camioneta acelera y Guzmán pierde el equilibrio.

En un último esfuerzo, consigue aferrarse con éxito a la caja, colocando también y luego de dos intentos, los pies en el guardabarros trasero. Pero no se mete dentro. Un palmo más adelante y sin razón aparente, se deja caer.

Mira, de costado en el piso y sorprendido porque es como si sus manos hubiesen desea-

do soltarse por sí solas, cómo la camioneta aminora la velocidad al pasar por la Plaza de Armas, y cruza el portalón y dobla, dando bandazos cuando ingresa a la ruta en dirección al este.

Charli llega de inmediato. Lo ayuda a levantarse.

—Qué les pasa, ¡vo!, por qué corrían, pedazos de unos conchudos, y este se fue, pero qué mierda, se volvió loco...

Charli sigue a Guzmán hasta el 205, sin cesar en su galimatías. Lo toma del brazo cuando está abriendo la puerta del auto con la llave.

—Me vas a responder. ¿Por qué corrían? ¿Adónde se fue el otro?

Guzmán permanece quieto. Nublado. Torcido hacia Charli. Trata de ver sus ojos a través de los lentes de sol.

—¿Y? ¿Qué joda es esta? —dice Charli. Jadea un poco. Tiene pequeñas depresiones en el cráneo.

—No es una joda.

Charli le suelta el brazo y una súbita iluminación le recorre los rasgos.

—Ah. Ya la cacé. Qué boludo. No me quieren llevar. No era para tanto. Si no querían llevarme con ustedes, no tenían por qué hacer tanto escándalo. Tomá, esto se les cayó por el camino. Parecían un par de pulgarcitos jugando a la mancha.

Le alcanza el par de lentes de Javier, la caja de Philip Morris y el encendedor Bic.

—Esto para mostrarte la clase de persona que soy. Otro se los hubiera quedado después de lo que me hicieron. Pero no hay rencores. Todo bien. Entrá al coche nomás, que el otro te debe estar esperando acá a la vuelta.

Charli vuelve sobre sus pasos.

—Que se hagan millonarios —dice.

Guzmán entra al auto.

Tira los lentes, la caja y el encendedor al asiento del acompañante y cierra la puerta.

Se fija en que casi no le queda nafta poco antes de llegar a la entrada de Salinas. Él tampoco comió nada desde ayer de tarde. Llena el tanque, compra un paquete de galletas y vuelve a la carretera. Hay tramos en que lleva el auto a ciento cincuenta kilómetros por hora.

El brote de la primavera, que un mes atrás se derramaba con fuerza, ahora cede ante los primeros avances del verano. El calor marchitó gran parte de las flores y el aire está lleno de un olor fermentado y agridulce.

Hoy, por más que es un día de brisa fuerte, Guzmán es apenas vagamente consciente de esto, demasiado ocupado en fumar y en comer y en anticiparse a los inspectores de tránsito.

Aminora la velocidad en el empalme de Pan de Azúcar pero no baja de ciento diez hasta llegar a Punta Ballena. Estaciona frente al Conrad a las dos y media de la tarde, y entra.

Este es el lugar, esto es lo que estaría haciendo si nada hubiese sucedido. Sabe que ese único pensamiento es el que tiró de él hasta Punta del Este.

Con la separación, Guzmán pensó en la muerte como nunca antes.

Se despertaba a mitad de la noche con ganas de ser un fumador, o llegaba de una habitación a otra de la casa: de la cocina al comedor por ejemplo, y no encontraba a Maite y Alina allí, pendientes de él siempre como novias, y su mente divagaba sobre qué sucedería si alguna de sus dos mujeres muriese sin él haber tenido tiempo para dedicarles en vida.

Las divagaciones cobraban una fuerza que lo movía a las lágrimas, y entonces Guzmán pensaba que estaba aprendiendo sobre la muerte.

Pensaba que ese aprendizaje era el que traía la vejez, a la que él ingresaba a pasos agigantados, y se sentía inseguro y débil y permeable al daño, y en parte eso lo consolaba; suponía que se trataba de una preparación. Que estaba recogiendo las armas necesarias para soportar el dolor real cuando este llegara. Tocaba la muerte, la veía, la saboreaba: triste en el estado de su ropa, triste en el desorden de la casa y en la calidad de sus comidas.

Se dejó caer con todo su peso en el sofá, en todas las sillas de la casa, en la cama y en algunos rincones, a causa de que un solo paso más en cualquier dirección sobre ese suelo le iba a recordar los pies que ya no lo transitaban. Se sentaba y crecía en estupefacción mirando a los fantasmas.

Hoy, no sabe qué hacer. Ve el engaño en todo aquello. Lo fácil. Y Javier: nunca llegó a moverse dentro de la órbita de su afecto, siempre fue un desconocido y ahora de alguna forma se emparenta con él impúdicamente. El secreto es el comienzo, y el fin, de la individualidad. Todos creemos tener un secreto, que nos imaginamos nuevo y único aunque casi nunca lo sea. Y nos construimos a nosotros mismos alrededor de este secreto: el núcleo de nuestra singularidad.

Algunos construyen con ansiedad, otros con lentitud abigarrada, y siempre el método y la calidad del armazón se corresponden directamente con el secreto, el cimiento.

En cualquier caso, el edificio es tan pesado alrededor de ese núcleo blando, que al descubrir bruscamente que compartimos ese secreto con otro u otros, al encontrarnos que hemos estado construyendo sobre falso, nuestra decepción cobra la magnitud del vacío más espantoso. Entonces, y para sumar a ese vacío, se crea una alianza de amor o de odio, comodidad o incomodidad, de competencia siempre, oculta o declarada. Y esas dos vidas empiezan conscientemente a correr en forma paralela.

La vanidad, amenazada, empuja a uno y a otro a buscar otro secreto, dentro o fuera, para suplantar o agregar al viejo, porque ese "matrimonio" —de hecho o en abstracto— nunca satisface.

Guzmán y Javier comparten el nacimiento de un secreto. En cuanto al secreto en sí, sólo lo comparten a medias. El trozo que le corresponde a Guzmán carece de profundidad.

Averiguar lo que resta para completarlo supondría igualarse con Javier en ese "matrimonio", ingresar definitivamente en ese compromiso tácito e inquebrantable, que Guzmán presiente como un martirio. Por lo que instintivamente se niega a aspirar a ese conocimiento y se repliega en sí mismo, en su parcial ignorancia. Una ceguera voluntaria pero infinitamente más libre de responsabilidad.

No guarda ninguna esperanza de encontrarse con él ni desea hacerlo. Si lo viese, correría tan rápido como un par de horas atrás, pero en dirección opuesta. Que fue lo que su cuerpo —que ya sabía lo que él ahora tan sólo intuye y se le manifiesta físicamente en la prisa y el desdén del paso y la mirada— empezó a hacer al soltarse de la caja de la Ford.

Guzmán está acá, en parte, porque si no el día se habría vuelto amorfo y vacío. Y está huyendo. Vuelve a salir a la calle en cuestión de diez minutos. Las peleas no son hasta la noche y Guzmán no conoce a los boxeadores. El casino está abarrotado. Gente de traje y corbata, gente de elegante ropa sport. Otros con una indumentaria rebuscada, venidos de todas partes. Parejas que, en una tarde de nada que hacer, han mezclado sus mejores trapos

para intentar ponerse a la altura del decorado de lujo.

Muchos dan la impresión de estar divirtiéndose. Los menos, parecen haber estado despiertos días enteros, muy pálidos y bebiendo tragos, engañados por la falta de ventanas y de relojes en las paredes. Las camisas y pantalones flojos de tanto uso, y la bebida transpirada, les confieren un relumbrón vulgar. Son minoría, y cargan y definen la atmósfera; se destacan irreverentes y desesperados en su fatiga.

Guzmán pisa la vereda, convenciéndose, con cada paso, de que no tiene por qué quedarse allí dentro para cumplir con la noción de orden que se impuso, y extiende su radio de acción al resto de la ciudad. Decide almorzar. El lugar más barato está del otro lado de la punta. Es todo ventanal. Una réplica de cualquier otro restorán de minutas montevideano. El mismo olor a frito, las mismas mesas de madera con su rectángulo de cármica blanco en la superficie, y encima de la cármica el mismo tipo de servilletero.

Desde ahí se ven Los Dedos de La Brava. Los dedos grises surgen de la arena, y en el monumento hay alguien recostado leyendo y una pareja sacándose fotos.

Detrás, se ven cabezas que fintan y hacen zigzags jugando al fútbol.

Guzmán pide una hamburguesa al pan y una Coca Cola. La hamburguesa es chica, aceitosa. Pide otra después de comer la primera y

prende un Philip Morris. En ese intervalo, un diálogo lo distrae de su contemplación de la playa al otro lado de la rambla.

La temperatura es de veinticinco grados. El mar está azul y la brisa fuerte llega del mar y le pone al mar nubecitas de espuma todo a lo ancho y a lo largo.

La pareja que estaba sacándose fotos en el monumento bajó a la orilla poniéndose fuera de la vista y la sustituyó un grupo de tres chicas, de entre dieciocho y diecinueve años. Llevan biquinis. Se ayudan a untarse protector solar y luego se tienden sobre sus esterillas.

Al chico recostado en el meñique de cemento con el libro abierto, blanquísimo, la posición sentada le produce una barriga que empieza a enrojecerse igual que los hombros. Se vuelve a poner la camiseta. No suelta el libro en todo el trámite, y ahora, el que se tarde tanto en pasar de página hace dudar a Guzmán sobre si de verdad está leyendo.

Guzmán está junto al ventanal. El sol da en su mesa. Y el hecho de estar experimentando por primera vez el placer de un cigarrillo después de haber comido, refuerza su estado de distracción.

Lo primero que oye del diálogo es:

—...Las arañas son asunto serio...

Persigue a la voz, que proviene de una mesa a su derecha, con un interés mínimo.

Dos mujeres: una sobrepasa con holgura los sesenta, y la otra, que bien podría ser su hija, está sentada del lado opuesto con un pañuelo hindú atado al cuello.

La que habló es la supuesta madre. Sigue haciéndolo:

—No se puede andar con la casa llena de arañas. Eso te pasa por tener la casa sucia. No tenés por qué llamar a un fumigador. Hacete una limpieza bien a fondo y ya está. Pedile a tu esposo que te ayude. Si se pasa el día rascándose. Las arañas son un asunto serio. Mirá, por si acaso ya te voy avisando, todas las arañas son venenosas. Si no, explicame cómo hacen para inmovilizar a las moscas o a los mosquitos que se les quedan atrapados en las telarañas.

Tiene una hermosa frente sin arrugas, cejas muy finas y arqueadas, más oscuras que su pelo abultado y encanecido, probablemente pintadas con delineador.

Guzmán nota, por cómo se le prensan los párpados y los labios cuando él decide prestarle toda su atención, que ella sabe que la están mirando y oyendo. Pero no se inmuta. Probablemente esté acostumbrada.

En los veinte minutos que siguen, el interés de Guzmán crece al enterarse de que, en efecto, son madre e hija. Ambas viven en Maldonado, en la misma casa, que la madre pisa sólo en fines de semana porque se ocupa de

mantener a su hija y al esposo de su hija con un sueldo de empleada doméstica con cama.

La hija es la que convocó la reunión, acuciada por el problema de los arácnidos, y la madre pidió un par de horas en la casa; petición extraordinaria que le han concedido porque ayer domingo cumplió un servicio extraordinario en el séptimo cumpleaños del hijo de la familia.

La hija termina casi rogándole dinero para contratar a un fumigador, y la madre trata de hacerse entender por enésima vez: repite que con una limpieza bien a fondo alcanza y que ella ya no puede enfrentar gastos de ese tipo. Si quieren un fumigador, que busquen ellos la forma de pagarlo.

La hija adopta un timbre mimoso, lastimero. Dice que eso es precisamente lo que está haciendo. Está recurriendo a su madre.

La forma en que la madre se maneja confirma la impresión de que escenas como esta son una figura repetida para ella. Permite que su hija se explaye sobre la responsabilidad de una madre, y sobre cómo tiene que dedicarse a cuidar de su marido, que no puede hacer grandes esfuerzos porque tiene algo en la sangre, los doctores se lo dijeron.

Y lo que la madre se limita a hacer es mirarla con una sonrisa difícil de clasificar.

Guzmán no puede decidir si lo que hay allí es íntima comprensión o desaliento, o el

desaliento provocado por la íntima comprensión de algo que no se puede decir.

La madre extrae una caja de Fiesta y un Zippo de la cartera semivacía. Con movimientos dominados por la parsimonia del que siempre fuma poco, prende el cigarrillo y vuelve a guardar la caja y el encendedor.

Dice:

—¿No me decís nada de la cartera? Es de piel de cocodrilo. Me la regalaron por haberme quedado el fin de semana a trabajar extra. Son tan buenos.

Luego habla con el mismo tono de su sonrisa, como si su voz proviniera exclusivamente de un mecanismo secreto de sus labios, dientes y lengua secos, porque en su garganta no ocurre nada. Pregunta cuándo se llenó de arañas la casa. La hija responde que el sábado. ¿Y por qué no le había dicho el mismo sábado, cuando llamó para ver cómo andaban las cosas?

Porque no quería alarmarla.

Un mozo va hasta su mesa, les deja sus pocillos de café, luego un cenicero y después hace una seña a Guzmán de que en poco tiempo estará listo lo suyo, y Guzmán termina de sentirse incluido, parte de un triángulo.

La madre quiere saber cómo son las arañas.

La hija responde que son feas y peludas, cómo van a ser, y están en todos lados. Se ayuda con los dedos para darles tamaño.

La madre pregunta si hay de las que tienen patas largas y finitas.

Sí.

Esas son muy venenosas.

Antes de darle una pitada al cigarrillo, dice que de las que tiene cuidarse y fijarse bien si hay es de las chicas, de las saltarinas.

Esas son las más venenosas. Esas te pueden dar un ataque al corazón.

Luego de la pitada, se rasca a la altura de la rodilla, levantándose la pollera del uniforme azul marino y blanco.

Guzmán ve, más abajo, el músculo de la pantorrilla terminar en unos tobillos nudosos.

La hija lleva un pantalón marrón y una camiseta negra de manga larga muy a pesar del calor, se nota, y le dice a la madre que están desesperados; que están todos llenos de ronchas, ella y su marido.

Cuando la madre le pide que le deje ver el tipo de roncha, se niega, ay, no, es un asco. Se frota el antebrazo y la parte interior del codo. Luego se acomoda el pañuelo en el cuello.

Dice que son lo bastante feas como para que se haya puesto ese pañuelo para tapar, que es una terrajada. Tiene que andar por el mundo así por culpa de unas arañas de mierda. No sé hasta cuándo voy a aguantar.

La madre no entiende cómo hacen para picarlos. ¿Se les suben encima así nomás, sin que ellos se den cuenta? La frente de la hi-

ja también es lisa, a excepción de la arruga con forma de raíz de tres puntas que le nace del ceño. Esa arruga parece la huella física del tipo de pensamiento al que ella es propensa: insoportable, inoportuno como una luz cegadora.

La madre sigue sin entender cómo hacen las arañas para picarlos. Repite si se les suben encima así nomás...

No, bueno, sí... Pero en la cama más que nada. Cuando se van a dormir. Ya ni se levantan para matarlas. Por eso tiene esta cara. Esta cara la tiene porque hace tres noches que no duerme.

¿Y por qué no limpia la casa? No le costaría nada. Que no le diga que no se le ocurrió.

No limpia la casa porque no sabe limpiar bien la casa. Seguro que se pasaría toda una tarde en eso, le quedarían cosas sin limpiar y sería toda una tarde tirada al tacho, porque las arañas volverían.

No entiende cómo su hija no sabe limpiar. Es tan simple.

No sabe limpiar porque eso es lo que la madre siempre se encargó de hacer.

No entiende cómo se pudo ensuciar tanto la casa en una semana. Nunca había pasado eso. Arañas nunca habían tenido.

A ella que no le pregunten cómo.

¿Por qué su esposo no consigue un trabajo?

Por lo de la sangre. Tiene una enfermedad en la sangre. Se lo dijeron los doctores. Cuántas veces va a tener que repetirlo.

Ambas dan cuenta de sus cafés antes de que la madre termine su cigarrillo.

Guzmán aplasta el suyo después de sentir la quemazón en la punta de los dedos. El mozo le trae la hamburguesa. Y conforme sigue escuchándolas, la impresión de que lo que está tomando lugar ya lo ha oído en alguna parte se impone. Que se trata de un lugar común, de un juego al que cualquiera podría entregarse sin mayores trabas, y Guzmán se toma el divertido papel de predecir lo que cada una dirá a continuación.

¿Y por qué no consigue ella un trabajo? Porque no sabe hacer nada. Además, tiene que cuidar de su marido.

¿Cómo que no sabe hacer nada? Tiene el liceo terminado, y ese curso de mecanografía...

Sí, pero qué tipo de trabajo le van a dar con solo el liceo terminado y un curso de mecanografía. Ya no se acuerda ni de cómo poner los dedos.

Pero eso es cuestión de práctica. Es como andar en bicicleta.

La gente hoy tiene una preparación mucho mejor que esa para conseguir un trabajo. Es muy competitivo, no te creas.

Una secretaria no necesita mucho más, y vos inteligente sos. No me digas que no.

Ese no es el tema. El tema es que hay que saber computación, inglés.

Si inglés ella sabe. En el liceo tuvo, ¿no? Como cinco, seis años. Y computación, es lo mismo que mecanografía.

A la hija le parece que su madre está un poco atrasada, que se quedó en el tiempo.

La madre apaga el cigarrillo dándole leves toques contra el cenicero. Aparta el cenicero a un extremo de la mesa y se queja de que no les hayan traído agua junto con el café.

La hija, a punto de hablar, es interrumpida por la madre, que hace un movimiento rápido con la mano en el aire frente a su cabeza improvisadamente gacha, como si estuviese lustrando el bronce.

Dice que podría conseguirle un trabajo como empleada. En la misma casa que ella está trabajando ahora.

Lleva un par de años ahí y es una buena familia. Tienen un buen trato con los empleados y el sueldo no es nada malo. Dice que lo ha estado pensando mucho. Que incluso ya habló un par de veces con la dueña de casa. Que bueno, que va a tener que hacer el trabajo más sucio, obviamente, pero bueno, hay que pagar derecho de piso, y ella estaría ahí para ayudarla y enseñarle el oficio.

No. No, no.

De empleada doméstica la hija no quiere trabajar. No entiende cómo la madre pudo

dedicarse a eso toda su vida. Y le pregunta si le gusta lo que hace.

Es lo que ha hecho toda su vida. Sí, le gusta. Sabe hacerlo.

Ella no quiere hacer eso toda su vida. Ni siquiera un par de meses.

La madre toma la cartera de piel de cocodrilo de sobre la mesa y se la apoya en la falda como a una mascota.

Además, continúa la hija, está el tema del marido. No puede dejarlo solo en ningún momento. Tiene desmayos, ella sabe cómo es, lo vio muchas veces desmayarse.

¿Desmayarse? ¿Lo que se dice desmayarse? Una vez, y con suerte. Si en ese fin de semana no probó un solo bocado y anduvo de arriba para abajo. ¿Cómo no se iba a desmayar?, dice.

La hija no sabe qué tiene que ver eso con lo que le vino a hablar hoy.

El tema es que hay arañas en casa, y que vino a pedirle dinero para el fumigador. Se queja de que la madre aprovecha siempre que puede para hablarle de su vida y darle consejos, como si fuera una niña. Pero eso no va a solucionarle los problemas que tienen ahora, porque también es un problema suyo —de la madre—, es su casa también, al fin y al cabo.

Y si ella no puede hacer nada al respecto, entonces para qué todo.

Guzmán no puede reprimir la risotada de triunfo por la buena puntería de sus predicciones.

Y aunque madre e hija no se hubiesen percatado, mirándolo una sin apenas un esbozo de asombro y la otra con extrañeza indignada y fugaz, se trata del tipo de risotada que es inevitable ahogar con un carraspeo triste y sonoro. Siente los colores subirle a la cara mientras desvía la vista primero al frente, al borde de su mesa, y luego afuera.

En los dedos de cemento, definitivamente, ya nadie lee. Detrás, el fútbol sigue. Da un par de mordiscos tímidos a la hamburguesa, que ya está por la mitad. Oye el resto de la conversación deseando que se termine rápido.

—Mirá, yo ahora me tengo que ir —dice la madre—. Tengo que estar de vuelta a las cuatro en la casa. El niño de la casa se quebró los dos brazos ayer, y la nariz. Deberías verlo, pobre. Le regalaron un disfraz de Batman y se tiró de la cucheta del dormitorio. Yo te digo, regalarle un disfraz de Batman a un niño de esa edad, con toda esa imaginación. La madre estaba histérica, no sabía qué hacer, y el padre creo que ni se enteró hasta que llegó la ambulancia. La tuve que llamar yo, te podrás imaginar.

Guzmán no ve cómo ella se prende de la cartera en su falda, no ve cómo la estruja antes de decidirse a abrirla.

Sí ve, atraído por el sonido del cierre y de refilón, cuando la madre saca de dentro un pequeño fajo de billetes atado por una gomita. Se lo entrega a su hija.

—Espero que esto sea suficiente. Yo tengo que llegar puntual porque los padres van a salir. Tienen un asado en José Ignacio y yo me tengo que quedar a cuidar al niño. Lo dejaron faltar a la escuela por hoy, por lo de los bracitos y la ñatita, y se quedaron con él toda la mañana —la mujer se cuelga la cartera del hombro y se para.

Por un segundo, no sucede nada en ninguna parte. Entonces, la mujer inclina ligeramente el cuerpo hacia la izquierda y se rasca la pechera.

—Me gustaría saber qué es lo que comen los murciélagos. Vos no sabrás, ¿no? El pobrecito no quiere comer nada que no sea comida de murciélagos. Le voy a hacer una torta con forma de lo que sea que comen los murciélagos —revisa en su cartera por el sólo hecho de hacerlo, y Guzmán piensa que lo más probable es que esté vacía.

La empleada doméstica cierra la cartera, vuelve a erguirse como una columna y dice:

—Bueno, vos asegurate de que el fumigador haga bien su trabajo, ¿eh? ¿Te puedo pedir eso?

—Pero claro. Tampoco soy tan despistada, mami.

—¿Te fijaste si se metieron en mi ropero? Me daría pena que las arañas se hayan metido en mi ropero. Hay algunas arañas que les gusta la ropa. ¿Te fijaste en mi ropero?

—Sí, me fijé. Fue una de las primeras cosas en las que me fijé. Y no pasa nada, quedate tranquila.

—¿Te molestaría pagar el café?

—¿Cómo me va a molestar? Vos andá nomás. No te preocupes, ma. Dame un beso antes de irte.

En el momento en que la madre sale al exterior, la hija se pone a contar los billetes. El nerviosismo la obliga a volver al primero varias veces.

Guzmán deja el dinero de su cuenta sobre la mesa, recoge los cigarrillos y la billetera y va tras la madre. La sal del aire lo ataca por primera vez en todo el día. Se mezcla con el humo del tabaco en su nariz.

Da vuelta a la rotonda y frena en la parada de ómnibus, donde la madre espera sentada. Ella acepta el aventón sin hacerse rogar, cosa que sorprende un poco a Guzmán.

Saca el paquete de galletas y los lentes de Javier del asiento del acompañante, los coloca sobre el tablero y abre la puerta. Quizás sea la fragancia a violetas y lavanda que ella hace ingresar al auto, pero Guzmán abre las ventanillas automáticas en el mismo impulso alegre con que le dedica un A Estas Horas Es Un Cri-

men Andar Esperando Un Ómnibus, Con Este Calor. Luego le pide que le indique cómo llegar.

—¿Le molestaría parar primero en el supermercado?

—En absoluto —responde Guzmán, y se presenta.

—Es un gusto. ¿Conoce el Disco que está acá a la vuelta?

En el supermercado, Guzmán lleva el carrito de las compras y sigue a la mujer. Visitan cada góndola. Ella toma elementos de limpieza, cantidades de arroz, harina, azúcar, crema doble, germen de trigo, un tarro de café, dos cajas de té inglés, aceite de maíz, de oliva, vinagre, manzanas, bananas, naranjas, frutillas, kiwis, una sandía, lechuga, tomates, cebollas, morrones, queso crema roquefort, provolone, jamón cocido, aceitunas, tres kilos de paleta, diez chorizos, tres morcillas saladas y una dulce, tres panes flauta, galletas de salvado y una caja de helado triple.

Ella es más bien baja, lleva la cartera nueva colgada del hombro izquierdo. Tiene piernas cortas, Guzmán se fija, y se mueve simpática y conocedora del suelo que pisa.

Algo vanidosa en su uniforme, va sin titubear al sector indicado de la góndola y del estante, toma el producto, lee su fecha de vencimiento y lo acomoda con precisión en el carro. Echa una mirada rápida a la fruta y a la

verdura y las levanta, una por una, palpándolas fugazmente con dedos y palma antes de meterlas en la bolsa de nailon. Abre el paquete de galletas de salvado y engulle la primera galleta.

Le ofrece una a Guzmán y él responde que no, que acaba de almorzar y que justo tiene un paquete de esos en el auto. Luego van hasta la sección de bebidas. Ella toma una caja de Johnny Walker. Abre la caja, la botella y le da un trago. Le ofrece a Guzmán.

Antes de que él alcance a reagruparse para responder, ella mete la botella en la caja, que deja sin cerrar en el carrito, y saca una botella de Absolut Vodka del estante. La abre y vuelve a probar. Esta vez da dos tragos bastante largos y se sacude después.

—De esta me imagino que tampoco quiere —dice, y la cierra, dejándola al lado de la caja de whisky. Toma una botella de vino, Pisano, tinto, y se da cuenta después de hacer el movimiento de rosca con la mano de que es imposible abrirla de esa manera.

Igual coloca el vino en el carro. Mira a Guzmán con expresión satisfecha. Arquea las cejas artificiales. Dice:

—Esto tendría que ser suficiente.

Guzmán, al verle la boca húmeda, se dice que habría preferido quedarse con su imagen seca. Hacen cola en la caja sin cruzar palabra, sin siquiera mirarse.

Ponen los productos en la cinta deslizante, y ella pasa al otro extremo y ayuda al chico empaquetador a poner los que ya han sido registrados en las bolsas. Se pasa la lengua por los labios y se acomoda la falda del vestido mientras organiza las asas de las bolsas. Pero no toma ninguna. En cambio, se acerca a Guzmán. La piel de la frente se le atiranta. Dice:

—Usted es uno de esos amigos del esposo de mi hija. Sí. No me diga que no. Me di cuenta en el bar. Yo vi cómo lo miró mi hija. Además, la cara lo vende. Son todos iguales ustedes. ¿Qué se cree, que nací ayer? Yo sé muy bien lo que andan tramando. Es el colmo, que les dé el rostro para aparecerse así. Pero no les voy a dar el gusto de averiguar dónde es la casa que trabajo. No, señor. Y dígale algo a ese atrevido. Por si acaso le voy avisando, dígale que si no se va de mi casa para el miércoles, si no desaparece de la vida de mi hija y de la mía el miércoles, yo no me hago cargo de lo que pueda pasar. Ya es suficiente. Que ese dinero del fumigador lo use para irse lejos, bien lejos. Que se arregle la sangre ya de paso.

Y se va, con las manos vacías y los pasos cortos.

—Setecientos treinta y tres pesos —lleva diciendo la cajera desde más o menos la mitad del parlamento de La Madre. Ahora agrega:

—Por favor, señor, si puede apurarse, hay toda una cola esperando.

En quince lentos minutos, todo está resuelto. Se hace necesaria la presencia de un policía.

Guzmán le explica su historia, se le exigen los documentos y es acompañado al auto en busca de la billetera. Termina llevándose al baúl del coche las galletas de salvado, el whisky y el vodka porque han sido abiertos, y toda la fruta y la carne porque así se llega a la mitad casi exacta del importe.

Lo primero que ve, cuando se pone los lentes de Javier, son los cristales de aumento. Como si del otro lado todo hubiese desaparecido. Luego empiezan a surgir imágenes sin definición, siluetas en un espacio incoloro; pero lo único que Guzmán logra medir es la distancia entre sus ojos y el vidrio grueso y rayado.

Perdió la noción del tiempo dando vueltas a la punta en el auto, metiéndose por calles interiores, luego saliendo de vuelta a la rambla y volviendo a entregarse a una circunvalación inútil. Y la amargura no se le fue del cuerpo: le siguió desparramando una picazón en las venas, un malestar en el fondo de la cabeza, y le llenó la boca. De insultos, insultos a todo, a todos; a sí mismo más que nada. La escena del supermercado —la última cara de la madre enojada, el interior de su boca—, se le repitió una y otra vez, y Guzmán no pudo evitar sentirse como un hijo rezongado injustamente. Un hijo postizo o un hijo pródigo regresado a su condición de extranjero.

Le quedan apenas treinta pesos en la billetera, y eso le recordó lo inevitable que será volver a casa.

Detuvo el auto en la "plaza de los hippies", con la intención de reducir el gasto de combustible.

Miró con detención a los chicos que jugaban en la pista de skate, siguió los rostros, las espaldas, las rodillas del buen número de gente que cruzaba la plaza en dirección a la parte vieja de la ciudad, al puerto, o a la playa o al centro. La mayor parte del tiempo, con un cigarrillo estacionado entre los dedos. Buscó en ellos a su hija. Algún gesto similar, algún rasgo que Maite pudiera tener al igual que los demás: el color de alguna de sus facciones, algún detalle en el movimiento de las manos, de su complexión o de su risa. Algo que mantuviera a Maite entre los vivos.

De repente, sin ningún aviso y estudiando a un hombre de traje y corbata que tenía la nariz roma surcida de capilares reventados, cayó en la cuenta de que era posible de que ahí mismo, o algún día, y de cumplirse las palabras del policía que le había regalado la caja de Philip Morris, se topase con los ojos de Maite por la calle.

En el rostro curtido del hombre de traje y corbata, por ejemplo, el brillo de inocencia en las pupilas de Maite quizás se viera apaciguado por el crudo cinismo del nuevo portador, pero aun así sobreviviría. Y él no podría evitar reconocer esos ojos y llenarse de culpa. Se preguntó si esos ojos lo reconocerían y al se-

gundo pensó que la mente se le estaba volviendo idiota. Y al segundo siguiente no supo qué pensar; le pareció que ahora todos lo observaban a él. Se hundió en el asiento, echó la ceniza del cigarrillo por la ventana y guardó la cabeza entre los hombros. Siguió mirando para afuera. Todo parecía demasiado alto, de escaso volumen, tambaleante, amenazante casi, pero a la vez se sintió protegido desde su posición semioculta.

Durmió un rato. En sueños, vio un Batman de metro veinte quebrado en los brazos y la nariz, impaciente, desesperanzado, escuálido en comparación con sus propósitos, y contemplando cómo el crimen arrasa con todo porque sus huesos frágiles se han convertido en el primer obstáculo en su camino hacia la justicia; y luego ha visto al niño que fue Batman ya crecido y sano pero siempre ridículo.

Después estaba en una casa llena de arañas, con la hija de la empleada doméstica y el esposo, de quien él bien podría ser confundido como amigo. Entró y saludó como uno más. Exterminó a las arañas y luego le pisoteó las manos al marido de la hija, como si se tratase de arañas, hasta dejárselas hechas un montón de carne y sangre enfermas. Y en ese instante despertó.

La feria artesanal estará abierta todos los días recién dentro de un mes y ya en plena temporada.

El recuerdo que Guzmán tiene de Punta del Este es de sus épocas de liceo, cuando él y tres compañeros venían a pasar el día, en auto. Miguel, Sebastián y... no consigue traer el tercer nombre.

Miguel era el dueño del auto, se había comprado una tabla de surf y los invitaba a venir con él. Ellos lo miraban desde la vereda en la Playa de Los Ingleses o desde alguna roca en la Barra. Después, almorzaban la comida que se habían llevado. Se alegraban un poco con vino de caja antes de volver a la playa, pascaban por el centro en auto, y al final de la tarde, tostados sobre la nariz, miraban caer el sol en el puerto comiendo bizcochos.

Hoy, la plaza está vacía. Se puede ver, a través de las numerosas palmeras gruesas, a la gente que camina por la acera opuesta.

Guzmán se percató de los lentes de Javier sobre el tablero mientas espiaba a una pareja de ancianos —vestidos como para iglesia, pensó— salir de su edificio, pasar frente a él y cruzar toda la plaza, los codos entrelazados, sólo para meterse en un edificio del otro lado.

La cinta adhesiva que sirve como remiendo se ha ido engrosando con el tiempo alrededor del puente de los anteojos. Debajo de las últimas y más nuevas capas se ven las primeras, ya marrones y deshilachadas.

Las patillas son flexibles, y el primer impulso de tirar los lentes a la calle se transformó

cuando las patillas se abrieron hacia abajo por la fuerza de gravedad.

Guzmán se los puso y bajó del auto, pero no camina. Espera a que la visión se le aclare, pero eso no sucede ni va a suceder. Lo sabe porque cinco minutos después la mejoría en el mundo que se le ofrece a través de los lentes es ínfima. Comienza a sentir el mareo. Se pregunta adónde puede haber ido Javier sin sus lentes. Muchos de los que usan lentes de aumento tienen otros pares viejos por ahí: en la guantera del auto, en algún lugar insospechado del dormitorio, vagando de la mesa a la heladera en la cocina. Pero estos lentes son viejos.

Se nota que los cristales no son los que traían originalmente, que se los fue cambiando a medida que su vista empeoraba porque las ranuras donde se encastran parecen haber sido manipuladas a la fuerza para adaptarlas al nuevo grosor.

Y Guzmán piensa que, tenga o no Javier un par de alternativa, de igual manera, ahora y mientras él tenga puestos sus lentes, ambos estarán sometidos a una situación prácticamente idéntica.

Se los acomoda, mira el cielo. De un celeste pálido, parece despejado, y Guzmán no sabe si atribuir la deformidad de las nubes al aumento de los cristales.

No puede resistir la pureza de la brisa y piensa que mientras el aire se mantenga en movimiento, mientras no se vuelva inmóvil...

Una punzada en las sienes, seguida de un doloroso hormigueo, hace que se tambalee.

Trata de mantenerse lo más erguido posible. Recibe las voces y el estrépito de autos. Los ojos le arden, y los objetos se hacen nítidos recién cuando ingresan a la periferia de su visión. Frescos. Resulta obvio que esos lentes no son suyos. Demasiado gruesos para un físico saludable, demasiado grandes para una cara tan afilada. Se pregunta si estará siendo observado y, acto seguido, trata de eliminar todo pensamiento. Vuelve a sentir, como media hora antes, que su vida pende de un hilo.

Bajó por una de las calles interiores y media cuadra antes de llegar a la rambla, miró con fijeza la vereda y el murito que lo separaban de las rocas y el océano.

Un solo movimiento: pisar el acelerador a fondo, o no moverse en absoluto; dejar que el auto siguiera derecho y quizás cerrar los ojos con fuerza para evitar arrepentirse. Experimentó cómo lo abandonaba la capacidad de asombro, y la esperanza de que algo extraordinario ocurriera se fue disipando. Quedó mortalmente aburrido y sintiendo el costillar vacío, los pulmones secos como trapos.

No le hubiese sorprendido que el suelo se le abriera bajo los pies, que las casas y edifi-

cios se derrumbaran a sus pies, no le hubiese extrañado en lo más mínimo que toneladas de océano se alzaran de repente y le cayeran encima a todo como una pisada azul, porque lo deseaba.

Tiene sabor a comida en la boca y se dedica a sentirlo y a chupar los olores de su propio cuerpo —que amenazan fundirse con los de la calle—, como si fuera la única forma de reconocerse. Se mueve cinco, seis pasos. Brusco. Sintiéndose felizmente ignorado, le descarga una patada al auto en la puerta del conductor. Luego otra. Vuelve a perder el equilibrio y esta vez tiene que apoyarse con la mano en el piso para no caer del todo. El esfuerzo es descomunal, y si alguien lo estuviese mirando, creería que se está divirtiendo.

Eleonora. De la misma forma en que hay esposas que se dan cuenta de que el marido les está mintiendo porque a él le tiembla inconscientemente el labio inferior, y le transpira cuando puede estar diciendo te quiero o no te quiero más, o esto está delicioso; de la misma forma en que hay madres cuyos hijos padecen de un parpadeo feroz cuando faltan a la verdad, y hay manos que se frotan contra la ropa o que dan golpecitos en la mesa o simplemente se crispan, junto con ojos que miran en diagonal y nucas masajedas; así como hay a veces un pequeño tic muscular de la mejilla o está la nuez trágica, que no deja de rebotar: la nariz de Eleonora por lo general la traiciona. Reduce el resto de su persona a una máscara ineficiente.

Eleonora tiene una nariz demasiado pequeña. Se le abulta con severidad entre los ojos. Receptiva, inquieta, es fiel al estado emocional de la dueña y, en la mayoría de los casos, va a contracorriente de la gestualidad del rostro.

Quizás la impresión se vea reforzada por la cualidad de defecto que parece tener su

nariz en el centro de esa cara, que sólo pese a la nariz es proporcionada y armónica. Lo mismo que la piel magullada por una quemadura grave desvía la mirada del otro atrayendo o repeliéndola, particularmente cuando el dueño de la piel quemada se deja llevar por las emociones. Porque ese defecto es más íntimo que sus genitales y parece ser la fuente de sus sentimientos más privados.

Son las siete y cuarenta, y Guzmán regresa de Punta del Este. El patrullero desapareció. No hay policías en el frente de la casa. El Toyota está donde hoy a la mañana y la casa empieza a rodearse de una luz crepuscular.

Si se exceptúa la hora, y la ambulancia estacionada en la casa de al lado, Guzmán ve prácticamente el mismo escenario al que Alina se enfrentó anoche.

Alina y Eleonora están en el sofá. Eleonora contra el respaldo y Alina entregada sobre el pecho de Eleonora que, mientras sostiene un cigarrillo, mesa el pelo de la hermana menor con la fluidez y el conocimiento recuperado de toda una serie inacabable de situaciones semejantes.

Al ver a Guzmán, Alina consigue librarse después de un leve forcejeo. Va hacia él con ojos semidormidos.

—¿Y tu madre? —dice él.

—Pensé que no ibas a volver —dice ella, y se le cuelga del cuello.

Guzmán nota los movimientos como de llanto en los costados de su cara.

—No hay noticias de Maite. No hubo nada en todo el día. Estamos solas. Papá se llevó a mamá.

Ella se aparta unos centímetros. Se arregla el pelo detrás de las orejas. Dice:

—No sabés lo que pasó. A Elvira le vino un ataque de presión y casi se muere. Papá y mamá se acababan de ir —hace qué, media hora, no más— y entonces Manolo se pone a tocar la trompeta, el saxofón, yo qué sé. A mí me pareció raro que se pusiera a tocar a esa hora. No te imaginás cuando apareció la ambulancia. Cruzamos, Eleonora y yo, y nos metimos atrás de los doctores. Fue tan horrible. Elvira estaba parada, así, barriendo el living. Le salía sangre de los ojos. Qué susto, Dios mío. No te imaginás. Vuelve a incrustarse en el cuello de Guzmán y dice:

—Qué suerte que volviste.

Entonces, Guzmán ve a Eleonora, parada a medio metro de ellos. Pone una mano en los hombros de Alina y con la mirada dócil y negra clavada en Guzmán, parece sugerir que comparte el sentimiento de Alina. Pero está su nariz, todavía movida por los hilos del instinto fraternal, que hociquea como asimilando el olor de un ejemplar de otra especie, pronta para el confrontamiento.

En la fiesta de casamiento de Alina y Guzmán, Eleonora mostró una soltura inesperada. Agasajó a los invitados, se ocupó de sus necesidades y de algunos pormenores organizativos como vigilar la administración de la música, de las distintas comidas, de la suelta de globos... No paró de bailar. Empezó meciéndose cuando un coro entonó tres himnos religiosos. Luego, se inclinó y giró con delicia en la pista de baile, dejando su exuberancia al control de los pasos precisos que ejecutaba sin esfuerzo.

Llamaba la atención aunque no parecía bailar para eso, y lo disfrutaba. Cerraba los ojos y de tanto en tanto se miraba las rodillas.

Fumaba, pero hamacó la mano del cigarrillo y se llevó el cigarrillo a la cara sin aspavientos.

Alina comprendió que el éxito de la fiesta se debía en gran parte a su hermana mayor. Fue filmada y fotografiada junto a ella bailando rocanrol, luego salsa, y siempre en medio de un círculo de invitados.

Eleonora llevaba el pelo atado en una trenza cosida. El hueso de su nariz daba una impresión suave y digna, como de cartílago. Tenía la boca pintada de un rojo claro. Estaba deslumbrante en su kimono color verde inglés con un tono de petróleo, y el lustre arenoso de su piel hacía breves guiñadas en algunas zonas cuando se movía bajo las luces, como si se hubiese salpicado con brillantina.

Produjo el asombro en todos los que la conocían como una mujer triste y enojada, y que además habían asistido a la fiesta con la expectativa de ver cómo Eleonora controlaba o era controlada por sus celos. Y su conducta los empujó sin miedo a la alegría.

Por eso, cuando encaró a Guzmán en la puerta del baño, y le dijo ahora es cuando me raptás, él no supo qué hacer.

—Ahora es el mejor momento —continuó, en un perezoso tono de pregunta.

Guzmán notó que estaba a un sorbo de quedar borracha. Vio en su cara los ojos más extraños y no supo qué hacer. Ella respiró un par de veces con su nariz hoy perfecta, flotante y dilatada, obligándose a una mirada frontal y terminó diciendo qué lástima. Y no dijo nada más. Dio media vuelta y regresó a la pista de baile.

Eleonora siguió bailando y bebiendo. Evolucionó de un lado para otro como por un suelo lleno de hojas caídas, y empezó a tocarse la cara, la ropa y los brazos con una delicadeza brusca, lo mismo que si estuviese despegándose del cuerpo hojas que no dejaban de caerle encima. Terminó con la piel de los costados irritada, de tanto que se limpió la nariz.

Iba hasta una mesa en busca de servilletas o al baño. La nariz le lloraba, pero Guzmán se dio cuenta de que ella seguía viviendo el casamiento como suyo, alguna tozuda parte de su mente continuaba apropiándoselo.

De noche en la cama, desnudo con Alina, Guzmán evocó en silencio a Eleonora. Tan convincentemente femenina y linda. Mantenida durante horas en pie por un brioso caudal de emoción. Y se preguntó de qué había sido testigo al recibir la petición de Eleonora de que la raptara. Quizás de la manera que Eleonora había encontrado para declarar que captaba cómo él sentía por ella —esa posesividad liberadora, esa vanidosa piedad.

Y si así era, posiblemente no pretendiera que se la llevase para siempre, sino sólo por un rato, al baño de donde él salía y adonde a él le pareció recordar que ella había desviado su mirada frontal un par de veces.

Un rato en el que todo iba a ser hecho correctamente: su entrega y el ingreso de una vez por todas a su idea de mujer iban a ser totales.

—¿Qué te parece que fue lo más divertido de la noche? —preguntó Alina.

Guzmán no respondió. Unos segundos más tarde, dijo

—Esta noche te rapté para siempre —tratando de no sonar demasiado serio.

—¿Raptarme? —respondió Alina, riéndose. Rodó en la cama y quedó boca abajo—. Esto es lo segundo más divertido... Perdón. No quise ofender.

—...

—*Mmm.*

Ahora, esta tarde de lunes, repite:

—Qué suerte que volviste.

Guzmán dice:

—Vámonos.

—¿Eh? ¿Adónde? No nos podemos ir de acá, tenemos que esperar a mis padres.

—Yo quiero hablar contigo a solas. Quiero tener un tiempo contigo.

—Si quieren me puedo ir al fondo, a la hamaca. No tengo ningún problema —dice Eleonora.

El abrazo se rompe. Alina es tomada por Guzmán de la mano izquierda y de la derecha por Eleonora.

Él nota la presión que hace Eleonora en la mano que tiene capturada. Ella dice:

—Y tenemos que esperar a mis padres.

—No, no tenemos que esperar. Vos podés esperarlos si querés. Yo quiero hablar con mi esposa, y no acá.

—¿Pero adónde vamos a ir, Guzmán?

—A ningún lado. Acá cerca. Tu hermana va a estar bien. Vas a ver que no pasa nada.

Eleonora tiene la camisa de hombre despreocupadamente abierta hasta el nacimiento de los pechos, se le ven los lunares y algunas estrías delgadas. Se cierra la camisa haciendo un débil puño con la mano que sostiene el cigarrillo. El humo le hace de pantalla.

Alina dice:

—Tengo miedo por ella. No quiero que se quede sola. Con todas las cosas que están

pasando... —pero se suelta de la hermana.

—¿Miedo? No tengas miedo por mí. Está todo bien, vayan, yo me sé cuidar.

Eleonora desprende la mano de la camisa para darle una pitada al cigarrillo, luego la regresa y vuelve a arrugar el escote celeste. Tuerce la nariz a la izquierda y mira intensamente hacia adentro. Retira el cigarrillo de la boca con la mano vacía, y un bloque largo de ceniza cae al suelo.

—Volvemos en seguida, no te preocupes.

—Denme un beso —y es lo último que dice Eleonora.

—No me acostumbro a verte fumar tabaco —dice Alina.

Están en el Toyota. Ella conduce y no recibe respuesta. Hace un comentario sobre cómo le tiemblan las manos a Guzmán y sobre su aspecto en general. Después:

—Papá quiere contratar un detective privado. Dice que no confía en la policía, que no sirven para nada.

—Tu padre cree que fui yo el que se llevó a Maite. Que la tengo escondida o no sé qué. Me lo dijo anoche.

—A nosotros también nos dijo. Volvió hoy a eso de la una y preguntó por vos. Nos quería llevar a casa, por si volvías. Guzmán, yo llegó un momento que le creí. Cuando vi que no volvías, pensé que capaz que era verdad que la habías escondido en alguna parte. No sé, la gente hace cosas tan horribles... Pensé que capaz que te habías arrepentido y la habías ido a traer de vuelta. Pero yo me tenía que quedar. Mirá si llamaba la policía, o volvías vos con Maite. Te juro que en el fondo tenía la esperanza. Así que papá se fue con mamá a buscar ropa y todo. Si yo no voy con ellos, ellos se

quieren quedar. Por protección. ¿Dónde estuviste?

—Traté de zafar lo más rápido que pude.

—Ahora que volviste, sé que vos no tenés nada que ver.

Guzmán la obliga a frenar en una zona de bosque tupido, a más de un kilómetro de casa. Alina apaga el motor y él la observa arreglarse el pelo en los hombros de esa forma nueva que tiene.

—Sé cómo te estás sintiendo —dice ella—. Pero no quiero que te sientas culpable de nada. Sé que lo que te pido es medio imposible porque yo también me siento culpable. Somos sus padres. Yo te miro y... Dios mío, abrazame.

Se abrazan.

Él no se despega de su asiento; ella se inclina casi por completo sobre él.

Cuando Alina pregunta, suave pero con la intensidad de un grito, "¿dónde está Maitecita? Que alguien me diga dónde está", acciona el limpiaparabrisas con el pie. El ritmo seco de la goma los separa. Ella se incorpora y baja la palanca, pero al regresar a su posición sin dejar de mirar a Guzmán que a su vez la mira, vuelve a accidentar el limpiaparabrisas, ahora con la rodilla.

—Ay, qué torpe —dice, y queda sentada derecha, con las manos en el regazo.

Perturbado, Guzmán da una última pitada al cigarrillo y lo tira por la ventana abier-

ta. Examina la caja; quedan cinco. Nota que le tiemblan las manos cuando las acerca para olerlas.

—No me gusta el olor del tabaco en los dedos —dice. Pone la caja de Philip Morris en equilibrio sobre la guantera. Y se vuelve consciente del olor que Alina ha traído al auto—. Por suerte el auto huele a vos.

Sonríe con timidez y Alina se ruboriza.

—Tenemos cigarrillos y tenemos vodka —ella señala con la mirada la botella de Absolut que Guzmán sacó del baúl de su coche antes de meterse en el Toyota y que ahora descansa entre sus pies—. Está atardeciendo y los ojos se te pusieron como siempre. Eso. Ahora me doy cuenta de que esa era una de las cosas que más extrañaba —arruga el mentón—. Sería perfecto.

Alina mide cuatro centímetros menos que Guzmán, y exhibe el mismo pudor juvenil entre cansado y simpático de cuando se tomaban esos recreos privados en el día, antes, no tanto tiempo atrás.

—¿Así que tengo buen olor hoy? —pregunta—. Me bañé pero no me lavé el pelo.

Podía tratarse tanto de media hora de charla como de una noche entera en la que, con el único propósito de seguir disfrutándose, no permitían que el otro se durmiera y la bebida se terminaba mucho antes que sus energías.

Afuera, es verdad, atardece. Los colores pierden sincronización entre los árboles, y Guzmán ve a Alina. A contraluz, real y cerca. Y recupera la noción que surgía en él cuando estaban juntos y a punto de empezar a disfrutarse. Cuando de alguna forma misteriosa se encontraban con que el tiempo había creado un hueco para ellos y ellos parecían descolgarse de la nada para encontrarse ahí, limpios del mundo que, a medida que quedaba atrás, se tornaba estéril y sombrío.

—Pero no es perfecto. No es perfecto —dice Alina. Parece aun más alta al volante, rubia y muy blanca, de ojos marrones algo achinados, y la fragilidad de sus muñecas se ve reforzada por sus manos largas y la fortaleza de sus brazos que terminan en unos hombros que, aunque flacos, se mecen con el vigor de los de un atleta. El resto de su cuerpo: torso, cintura y piernas, parece sujeto por la fibra de sus hombros; es como si colgara.

Cuando se la ve caminar, da la impresión de que el esfuerzo no es llevado a cabo por sus piernas, sino que es su percha recta y firme la que combate la ley de gravedad. Tira el asiento hacia atrás. Queda en sesenta grados. Respira hondo. Continúa, mirando el techo:

—¿Nosotros la queríamos a Maite?

—¿Cómo?

—Digo, ¿la queríamos de verdad? No sé, a veces pienso, ¿no?, que en realidad no hi-

cimos nada para tenerla. No la deseábamos así, de antemano. Yo qué sé. Capaz que éramos demasiado pendejos. Me parece que mucho antes que quererla a ella así, por lo que iba a ser, la quisimos por la forma en que llegó. Pura novelería. ¿A vos te parece que ella se habrá dado cuenta de eso? De que no la queríamos tanto, digo.

—La queríamos. Claro que la queríamos. No sabés lo que estás diciendo —Guzmán tiene el brazo apoyado en el marco de la ventanilla. Mira a Alina mientras habla y después vuelve la mirada al exterior.

—Sí, la queríamos —dice Alina, y cruza las manos en la barriga, piel blanca sobre hilo rojo. El pecho le late con un remilgado hipo indeseado—. Se fue como vino.

El perfil húmedo de sus ojos es visible.

Refleja la poca luz, y cuando Alina cierra los ojos dos veces, ceremoniosa, sus párpados desplazan esa fina película de agua, que pasa a bañarle las pestañas, y una lágrima como de sueño le cae por la sien derecha. Guzmán toma la botella. La mantiene agarrada del pico a la altura del diafragma por unos segundos. Mira hacia la parte del bosque donde no hay colores. Piensa en un auto llevado por la fuerza de la corriente, piensa en una camioneta roja. Después de darle un trago largo al vodka, habla.

—Hoy, cada mujer que me crucé me hizo pensar en Maite. Vi un par de nenitas, vi al-

gunas de veinte, treinta y pico, me fijé en veteranas, cincuenta, sesenta años, y no sé, traté de ver en ellas algo de Maite. O sea, si Maite hubiese podido llegar a esa edad: qué conservaría, qué no. Me fijé en si todavía les quedaba algo de cuando ellas eran niñas. Digo, yo no las conocía de niñas, pero te das cuenta.

Alina enfrenta a Guzmán, apoya todo su costado en el asiento y termina con las manos entre las piernas y la mirada atenta. El movimiento provoca una sólida oscilación en el auto y la caja de cigarrillos cae de encima de la guantera.

Guzmán la pesca en el aire. Vuelve a acomodarla. Sigue:

—¿Entendés lo que digo? Traté de imaginarme el futuro de Maite. Un padre piensa en el futuro de sus hijos..., pero en realidad yo no sé qué es lo que hay al final del camino para una mujer.

—Hablás como si estuviera muerta —la voz atonal. Se miran.

—Creo que nos tendríamos que ir acostumbrando a la idea.

—No va a volver, ¿no?

—No creo. Tengo una... sensación de que no.

—Yo también. Pero no sé...

Ambos respiran.

Guzmán da otro trago a la botella y luego se la alcanza a Alina, que se contorsiona pa-

ra no derramar el vodka mientras se lleva el pico a la cara. Mientras estira la mano para devolver la botella, y en medio de una mueca ácida, dice:

—Mirame. ¿Yo tengo algo de niña? ¿Me queda algo? Me gustaría que ni muy mucho ni tan poco. No me gustaría ser una de esas viejas que se ponen minifalda y gomitas fosforescentes en el pelo.

La parte sin color del bosque se acerca, de a poco, al auto.

—Quiero saber qué se perdió Maite.

—¿Qué se perdió?

—Sí, quiero que me digas.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Imaginate si hubiese sido como vos.

—¿A vos te gustaría que hubiese sido como yo?

—...Sí, claro.

—Antes era lo que querías —su voz modificada por el alcohol: la fluidez de su voz. Alina nunca tuvo mucha cabeza para el alcohol. Un trago y se ponía vacilante, hablaba como con la lengua hinchada, enloquecía o se quedaba dormida. A no ser que se tratara de cerveza o de vino. Y eso siempre le arrancaba una sonrisa a Guzmán: hoy es como abrir una herida, y si bien se le borra en una fracción de segundo, el reflejo doloroso perdura.

—Quiero que me digas.

Guzmán habla apretando las palabras con los dientes. Se ve fatigado, necesitado de algo, por lo que Alina termina la frase:

—...¿Qué hay en el futuro de una mujer? ¿Querés que yo te lo diga?

—Sí. Quiero que me digas qué es lo que se perdió.

—Yo no soy nadie para decir eso.

—Entonces no me digas.

Guzmán prende un cigarrillo. Deja otra vez la caja en equilibrio y se queda mirándola. En la falta de color reinante, el humo; Alina se pone a despejarlo.

—No entiendo qué tienen ustedes en la cabeza. La verdad, piensan que somos tal cosa, que la otra. Se hacen toda una fábula. Nos ven mejores, más misteriosas de lo que en realidad somos... —se mira la clavícula, como si ahí llevara un micrófono. Vuelve a levantar la vista—. A mí todas esas ideas me cansan. Te hacen sentir así un... insecto raro, interesante pero no en el buen sentido: interesante en el sentido de laboratorio. Y después, cuando se enamoran de vos, esas mismas ideas te hacen sentir como una reina. Sos la abeja reina.

Alina se pasa la mano izquierda por el brazo derecho. La detiene en el codo. Le pide la botella a Guzmán. Él le pregunta si le parece que le va a hacer bien tomar más y ella responde que no le importa. Da un trago más largo que el anterior. Se sacude y devuelve la botella,

que retorna a su lugar en el suelo. Sigue hablando. Guzmán sufre de vuelta una sonrisa herida.

—Así es como nos miran. ¿O no? ¿Tengo razón o no? O quieren averiguar todo, todo, pero diseccionándonos, o nos miran así, tipo venerándonos, sin acercarse demasiado, o si no al revés, se acercan para derrocarte, golpe de estado... —ha hablado sin pausa, y se la ve agitada y mareada. Se coloca boca arriba y mira al techo. La caja de cigarrillos vuelve a caer, y esta vez Guzmán no llega a agarrarla en el aire. Se queda con la mano vacía—. ¿Cuándo va a haber alguien que nos vea como somos de verdad? Eso es lo que yo me pregunto —continúa Alina. Y después: vos me hacías sentir como una reina. Vos me venerabas —Alina exhala eso en un suspiro—. Eso supongo que se perdió Maite, si hubiera sido como yo. Pero también se perdió estar sentada veintiún años después, en el mismo auto que su esposo, dando a su hija por muerta.

—...

—Sí, me haces hablar como si ella estuviera muerta. ¿Y si no está muerta?

—Nadie dijo que estaba muerta. Pero tenés que darte cuenta de que desapareció. No está acá con nosotros desde hace más de un día. ¿Dónde está? ¿Vos la ves por alguna parte?

—No, lo mismo te pregunto —voltea la cabeza en dirección a Guzmán y luego la vuel-

ve al techo. El espejo retrovisor se tiñe de un ámbar químico. Guzmán se aplana el pelo con la misma mano del cigarrillo, pero de tan lacio, largo y limpio, vuelve a su lugar, enarcándose frente a las pestañas.

Piensa en preguntarle a Alina sobre los episodios de Maite en el jardín de infantes. Está a punto de recriminarle por no haberle contado eso a él, el padre de la niña, y luego de echarle la culpa del asunto a ella por haberse ido de casa de la noche a la mañana sin siquiera haber agotado todas las opciones antes. Pero, de pronto, la cabeza le queda vacía de todo pensamiento. Y entonces casi cede al impulso de compartir su secreto. Sería el momento adecuado. No lo era antes ni lo va a ser después. Quiere decirle sí, Maite está muerta, él la vio y encima se la llevaron y él sabe quién; echa un vistazo en redondo. Busca distraerse con algo: la silueta de una planta entre los árboles, algún animalito corriendo o saltando de árbol en árbol.

Cuando su mirada roza el perfil de Alina, que se muerde el labio inferior, Guzmán parpadea y la retira. Se siente indigno y por primera vez obsceno, pero Alina habla primero. Dice:

—¿Y qué va a ser de nuestro futuro? —pregunta Alina—. ¿Qué va a ser de nuestro futuro?

—Este es nuestro futuro —Guzmán mira la brasa del cigarrillo. Todavía le restan un

par de pitadas. Arde solo ante la brisa que llega de afuera—. Este es el tipo de cosas por el que la gente va a los videntes. El tipo de cosa que la gente quiere que le adivinen.

En los dos minutos que siguen, Guzmán se pregunta si seguirá teniendo los ojos eufóricos. Recuerda la primera vez que ella se lo dijo. Con una mezcla de fascinación y condescendencia. Dijo: te ponés como loco cuando atardece, parecés un nene.

Se lo achacó al hecho de que atardecía: al espectáculo del atardecer y también a que se acercaba la hora de la comida. Correteás por ahí, hacés chistes, vas hasta la cocina mil veces.

Guzmán siempre había sentido la puesta de sol como una parte especial del día, pero hasta entonces no había pensado que lo que sentía era euforia, ni nadie le había dicho que se le traslucía en la mirada. Ese era el tipo de cosas que hacía Alina. Le proporcionaba información sobre sí mismo.

Dejaba que Guzmán viviese en su mente, lo iluminaba con las mejores luces, inadvertidamente frías y que a él le gustaba pensar eran las adecuadas, y luego transformaba eso en información. Al final, cuando la compartía con él, tenía el sabor de un dulce veredicto. Era su forma de decirle piropos. Soltaba un dato seco, a veces incluso sobre algo que Guzmán consideraba un defecto propio: su leve chuequera de rodillas por ejemplo, y no le agregaba nada, no

decía me parece tan linda tu chuequera, sino sos chueco de rodillas o ahhh tu chuequera.

Alina armaba a Guzmán, y se nutría progresivamente de datos más pequeños.

Y Guzmán asistía al proceso fascinado, veía completarse su rompecabezas bajo la misma luz en que lo había puesto ella.

Se pregunta si los ojos se le estarán apagando, ahora que ya definitivamente ha oscurecido. Dice:

—Mis tíos. Después que se murió mi primo, estuvieron dos años y pico viajando. Dos años sin parar. Toda América del Sur, Centroamérica. Mi tío es abogado: dejó el estudio, y mi tía dejó sus clases y se fueron. Llamaron una o dos veces, nada más en todo ese tiempo. Desaparecieron. Más de dos años tuvieron que estar. Después encontraron a una india en el sur de Chile que les habló de mi primo. Que se comunicaba con él. ¿Podés creer? Y se quedaron a vivir ahí. Cuando mis viejos los fueron a visitar por primera vez, todas las mañanas y todas las tardes la india esta los hacía caminar de espaldas por el campo.

—¿Y estaban bien?

—Como nunca —tira el cigarrillo. Alina mira sin ver al techo. Después se guarda las manos en los bolsillos. El silencio es incómodo, y Guzmán da un último trago a la botella, que le deja la garganta igual de seca.

Su primo y sus tíos: él tenía diecisiete años y pasó doce horas en el CTI debido a un accidente automovilístico en el que otras dos personas fallecieron en el acto; ellos se vieron obligados a dejar todo y viajar dos años y medio para reencontrarse con su hijo en las palabras de una india.

Guzmán recuerda otras muertes, cercanas en alguna medida o de las que sólo ha oído hablar. Son muchas. Piensa en Maite, más frágil que nadie, y entonces piensa que todos los que se mueren son niños para alguien, y todos los que se mueren fueron niños alguna vez.

Piensa en sí mismo, en que aún queda gente —sus padres, sus tíos— que lo considera un niño, y la sola idea de que alguna vez deje de serlo, de que aquellos mueran, lo impulsa a sacudir un brazo de forma tan brusca que Alina se sobresalta.

—¿Tenés un cigarrillo? —pregunta Alina, interrumpiéndolo.

Guzmán suelta una exhalación. Y se da cuenta de que lo que más va a extrañar en los días que vienen y quizás por el resto de su vida es la normalidad. Los hombros de Alina, cuando está acostada, parecen estresados por lo puntiagudo de los huesos.

Su cuello es largo, encastrado ahí con delicadeza y algo hundido. De modo que al verla en posición horizontal, uno podría pensar que Alina está con frío, o imaginando algo tur-

bador, o tratando infructuosamente de levantarse, porque el resto del cuerpo yace en la más profunda lasitud e indiferencia.

En los últimos cinco minutos, la agitación en la mente de Guzmán ha ido ahuecándose de a poco para hacer lugar a Alina, que además de dar la impresión de querer levantarse, ha estado moviendo las manos en los bolsillos como controlando su contenido.

Él busca en el suelo la caja de Philip Morris, le tiende un cigarrillo y el encendedor a Alina. Ella se demora en prenderlo. Cuando al fin lo hace, con dificultad, la imagen de su cara es arrojada al parabrisas por la llama.

El cilindro blanco queda ennegrecido hasta la mitad, y Guzmán ve la cara amarilla de Alina en el vidrio. Está demacrada. Exhibe caricaturescos kilos de más en la frente, en los ojos cerrados y los pómulos, y una actitud de tirante concentración. Ella le devuelve el encendedor. Él lo guarda dentro de la caja, la deja en equilibrio sobre la guantera y dice:

—Me hiciste acordar del sueño que tuve anoche. Maite me decía: ¿tenés una caracola? Y yo le respondía que no, y ella me decía: ¿tenés tres caracolas?

Alina fuma como una experta.

—Eso es del verano pasado —dice, pasando el cigarrillo de la mano derecha a la izquierda—. ¿Te acordás que Maite nos hacía que fingiéramos como que estábamos en La Paloma?

Sí. Guzmán recuerda.

Maite los obligaba a cerrar los ojos y un segundo más tarde estaban en La Paloma. Recogiendo caracoles, jugando en la arena, comiendo sándwiches y tomando Coca Cola en la arena, subiendo las escaleras del hotel, mirando los barcos de los pescadores o bañándose en la orilla.

Ella se encargaba de supervisar que los padres no abrieran los ojos mientras los guiaba por los distintos escenarios. Daba órdenes. Ahora nos vamos a poner las chancletas porque puede haber algún anzuelo por ahí, ahora vamos a ponernos el gorro, vamos a sacarnos la arena de los pies, vamos a agarrarnos de las manos.

Ellos igual entreabrían los ojos, y veían a Maite con los suyos entrecerrados como con gripe, y ella rezongaba a sus padres, enfebrecida como un maestro de ceremonias.

—Este verano Maite se enamoró de vos, y yo pensé que vos también de ella —dice Alina—. No sé, yo los veía juntos y me daba esperanza, ¿sabés? ¿Te acordás cómo te perseguía para todos lados? Yo pensé que capaz que Maite me devolvía al Guzmán que yo conocía. Entonces empezaste a trabajar en marzo y ya no le diste más bola. Deberías haberla visto: que cuándo vuelve papito, que papito no puede quedarse porque tiene trabajo, papito para acá, papito para allá. Y vos no te dabas cuenta, yo no entiendo. Qué querías que hiciera yo... Eso

es lo que yo quería decir: no sé si la quisimos de verdad. Estos últimos meses que estuvimos separados me pareció que habías vuelto, pensé que la separación te había hecho bien. Tendrías que haberla visto a Maite cómo me contaba de vos. Pero ahora no sé.

Guzmán trata de responder pero no puede. Él quiso a Maite. Era su hija. Están esos fines de semana, y está el alquiler. Alquiló la casa más que nada por Maite. Sí, más que nada por Maite.

—Sabés lo que me consuela pensar —porque lo sé—, sé que si pudieras volver atrás harías las cosas distinto. Harías las cosas distinto, ¿no? ¿Tengo razón?

Guzmán mira a Alina, que acaba de hablar. Su boca tiene el color de la brasa cuando da una pitada. En el parabrisas lo único que hay es un punto rojo. Y piensa, confirma: nos llegó el futuro.

Antes de que Guzmán llegue a saber si eso lo sosiega o lo deprime, Alina dice voy a salir afuera, tengo que hacer pichí. Prende los faros, camina y se sitúa entre ellos.

Él también sale y se queda de su lado, contra el auto.

—No mires —dice ella mientras se desabrocha el pantalón.

Y él no mira, oye.

Alina desplaza sus flacos ciento setenta y seis centímetros en dirección al auto. La potencia de los faros arranca leves coloraciones de tono pastel en su ropa y el pelo.

—Me olvidé de decirte. Te llamó un tal Mario, hoy —dice.

—¿Mario? —Guzmán recuerda las orejas largas de Mario, luego a Javier, y ahoga el lamento con una tos fingida.

—Sí, dice que lo llames.

Descubre que sigue llevando el cigarrillo en la mano, le da una pitada, lo tira y dice ajjj, nunca me va a gustar.

Tiene el pantalón abrochado cuando toma posición al lado de Guzmán, pero parece más liviana, como si regresase de una travesura. Quizás sea porque su cara adopta la impaciente estampa de la curiosidad.

—¿En qué estás pensando?

Él mira al frente. Produce una respiración audible y pregunta:

—¿Cuándo fue la última vez que hicimos el amor?

Ella tarda demasiado en responder.

—¿No te acordás? —dice Guzmán. Luego dicta, monótono—. Día del Padre, en julio.

—Sí, me acuerdo.

—¿Cuándo fue la última vez que vos... hiciste el amor? —y el rostro de ella varía hacia la curiosa estampa de la impaciencia.

—Que yo hice el amor... O sea, lo que se llama hacer el amor, hace mucho más que eso, ahora...

—Vos sabés de lo que te estoy hablando.

—¿De qué?

—...

—Me suena a que no me estás haciendo la pregunta que querés hacerme. Me parece que a la pregunta que me querés hacer le alcanzaría con un sí o un no por respuesta.

—¿Y? ¿Sí o no?

Hay un silencio frío, en el curso del cual Alina dirige su mirada al frente, en la misma dirección que Guzmán. Lo que ven es mínimo. No llegan a captar del todo la geometría opaca y plateada de los árboles, y en el cielo hay dos o tres estrellas, igual que en un cielo de ciudad. Tampoco pueden ver el arroyo, a prácticamente una milla de distancia, rumoroso cuando colisiona con el mar.

Alina separa la espalda del auto para luego volver a dejarse caer.

—Ta, yo ya no tengo ganas de hablar más —dice, batiendo una mano, como si estuviese saludando—. La gente se pasa hablando y no dice nada. Ni siquiera dicen lo que quieren decir, y cuando lo dicen por lo general son cosas feas. Y los peores son los que se creen que hablan bien y se creen que están ayudándote.

Mi padre. Dios mío. Mi padre. Él trata de ayudar, ¿no?... Pero, estoy cansada de escu-

char a la gente. Se creen que tenés la obligación de escucharlos sólo porque ellos tienen algo para decir. Se creen que tienen algo para decir. Entonces a vos claro, cómo no te va a interesar, te tiene que interesar —se pasa la mano por el brazo, llega a la clavícula y se acaricia la pequeña "u" que la divide.

—Te digo, Dios se equivocó en muchas cosas —engancha el índice en el cuello de la camiseta—. Tendríamos que nacer con un instrumento en la mano. O en la garganta. Así hablaríamos menos. Te juro, hasta una corneta suena más lindo que una persona hablando.

Mueve los pies, afirma los championes en el suelo. Guzmán baja la vista. Alina gruñe solapadamente y dice:

—Ojalá supiera tocar algún instrumento. Yo fui a clases de piano cuando tenía seis años. Eleonora ya estaba en cuarto o quinto. Se recibió, ¿sabías? Toca muy bien. ¿Alguna vez la oíste tocar? Lo que pasa es que no toca mucho. A mí me encantaba ir a ver los exámenes al conservatorio, con todas esas viejas. Pasó con sobresaliente todos los años, creo. Pero yo no entendía nada de solfeo. Además, Irma, la profesora, tenía unos dedos horribles. No sabés lo que eran. Todos deformados por la artritis. Fui un año y después no fui más.

Se aúpa sobre el capó del auto. Sus pantalones vaqueros, a la altura de la rodilla, asumen un débil diseño de hueso.

—Cuando Manolo se puso a tocar esta tarde... —tuerce el cuello hacia donde apuntan los faros del coche, pero tiene los ojos cerrados.

Devuelve la cabeza a su posición anterior, sigue hablando pero abre los ojos recién después de terminar la primera oración.

—Deberías haberlo oído. Era una canción tan tranquilizadora. Te daba tanta paz. Yo supe que algo andaba mal. No era la hora que toca siempre, porque si no me hubiera tranquilizado, te juro. Creo que un poco igual me calmó. Pero ves, ¿cuánta gente hubiese hecho lo que hizo Manolo? La mayoría habría tratado de hablarle a la pobre Elvira. La habrían abrazado, habrían tratado de convencerla de que se sentara, le hubieran dicho miles de cosas para tranquilizarla. Estoy segura de que hubiera sido peor. Siguió tocando mientras los doctores la atendían. Él nos vio cuando entramos pero ni se inmutó. Nosotras nos fuimos después de un rato porque nos dio vergüenza estar ahí. No encajábamos.

Se agarra las rodillas y es como si hubiese cerrado un circuito eléctrico; se pone a temblar sin control. Llora con mocos. Se limpia la nariz y se aprieta los ojos. Cuando al fin se recupera, encuentra a Guzmán parado frente a ella, y la sangre se le petrifica.

Él le toca las manos, aprensivo, como si allí todavía quedara cierta carga de electricidad.

Suspende todo movimiento por un segundo, presintiendo una sensación sobrecogedora, y decide dejarse llevar. Se descubre contemplando a Alina. Sabe por la expresión en su cara que la está mirando de un modo que solía asustarla y atraerla por igual.

Ella decía que cuando ponía esa mirada, más que mirarla, la espiaba desde algún lugar detrás de los ojos. De ahí en adelante, todo es automático. Alina sigue quieta y su mandíbula, cuando él la toma, es lisa, nerviosamente húmeda y ligeramente estremecida por la presión involuntaria de los dientes.

Guzmán procede a sacarle la camiseta de hilo y a remover el *soutien*. Luego se acerca entero al cuerpo expectante, apoya los labios en su hombro y los desliza hasta el lóbulo de la oreja. Ella trata de resistirse. Dice no, pero él la sujeta, y termina cediendo. Lo abraza. Él siente la diferencia de temperaturas entre su boca y la curva de la piel. Siente el sabor de Alina y luego el de su propia saliva al invertir el camino hasta el hombro sin despegar el beso en ningún momento. El olor. Y el camino sembrado de lunares y diminutas depresiones y breves reacciones musculares. Todas cosas que ocupaban un lugar minúsculo en su memoria consciente de Alina, que ni bien trataba de evocarlas lo invadía una amarga decepción porque lo único que podía traer eran ínfimos relampagazos de imágenes forzadas. Entonces pensaba que estaba

empezando a olvidarla. Que el recuerdo de ella se estaba enturbiando y secando igual que un charco. Hundía la mano y lo único que encontraba eran unos pobres sedimentos.

Ahora, al volver a tenerla tan cerca, se da cuenta de lo arraigadas que esas cosas en realidad han estado todo este tiempo en algún recoveco escondido y más profundo de su conciencia; de repente puede predecir no sólo la textura —cierra los ojos—, sino también los puntos que, estimulados, alteran la respiración de Alina.

Empieza a rodearle el cuello, besando, lamiendo y soplándola. Cuando ella dice mejor vamos adentro del auto, Guzmán ya ha previsto la ronquera en su voz.

Una vez que entran, acepta con la misma voluntad letárgica que Guzmán le saque los championes, las medias, el pantalón y la bombacha. Él cambia de lugar la botella de vodka. La coloca en la arena de afuera. A ella el sexo le parece que tarda horas, y una vez que eyacula a él le parecen sólo minutos.

Guzmán está encima, con las piernas de ella en los hombros rotando por la inercia. Se desinfla dentro de ella y se desliza afuera. Ella pega la nariz al pecho de él y aspira profundamente.

—Tenés olor a nosotros —dice. Quedan en silencio.

La coordinación de sus corazones va volviéndose falsa a medida que se enfrían.

Él rueda hacia el asiento del conductor con las piernas levantadas para no chocar con el volante ni las palancas. Encuentra en el suelo y a los pies de Alina la caja de Philip Morris y prende un cigarrillo.

Le sorprende el placer que le provoca, lo enorgullece haber descubierto esta nueva utilidad, y se abstrae.

En mayo, a veinte días de que Alina se fuese de casa llevándose a Maite, Manolo pasó de visita con Elvira por lo de Guzmán a la hora de la cena. Trajo una olla de barro llena de gazpacho cocinado por él y una botella de vino. Se sentaron los tres a la mesa. Manolo dejó de alimentar a su esposa y habló sin parar los últimos cinco minutos. Estimulado por el vino, contó de sus primeros años de matrimonio. Habían viajado juntos por toda España, partes de Francia y África con la orquesta. Y en esos viajes y cada vez que se le presentaba la oportunidad, él no había dejado de meter la pata una y otra vez. Manolo dijo, atusándose el bigote y a manera de excusa, que siempre había sido de brazos fuertes. Y sus piernas y su espalda no se quedaban atrás.

Hubiese podido cargar con un batallón de mujeres, de cualquier peso y tamaño, cualquier día de la semana. Elvira se rió para sí misma. Muda. Manolo empezó a restregarle el brazo enérgicamente. Los ojos imprecisos, húmedos. Habló de sus dos hijos varones. Ambos vi-

vían todavía en España pero no les escribían mucho. Demasiado ocupados. Y cuando lo hacían, las cartas venían a nombre de Elvira y él no podía leerlas. Había cosas, que no venían al caso, que todavía no le perdonaban.

(Guzmán pensó que debía de tratarse de cuestiones políticas. Muchas veces había oído a Manolo hablar de Franco con un fanatismo solapado por la cadencia de la voz, anciana y pretendidamente sabia, de cómo esos tiempos iban a volver, de la incomprensión y la ceguera de las nuevas generaciones, que no estaban enteradas de nada y se rebelaban por el solo hecho de rebelarse.)

Tampoco le habían dado nietos pero algún día, pronto... Uno de ellos se había casado para divorciarse a los veinte días. Ahora, después de toda una serie de relaciones superficiales, vivía juntado con una chiquilina doce años menor. El otro era estéril, o al menos eso dijo Elvira que había escrito, respondiendo a una carta de ellos.

Pero Elvira y él tenían esperanza. Se disculpó, se aclaró la garganta, y dijo:

—Estas, estas son nuestra mejor característica.

Guzmán captó algo desesperado, pulmonar en su voz. Como si aquel hubiese sido sólo un preámbulo para algo más largo, algo largo tiempo guardado. Entonces Manolo arremetió con su confesión y Guzmán no

atendió más a lo que decía. Tampoco necesitó hacerlo.

De la misma forma en que uno puede apartar los ojos del escenario en medio de un concierto y fijarlos en los espectadores y aun así percibir —y sólo de este modo, ver— lo emotivo de esa música en la selección de personas que son tocadas en el rostro, el pecho y las manos por la melodía, miró los ojos color yerba de Elvira, fijos, observando a su esposo. Elvira ya había perdido el habla, su oído le era útil apenas, era probable que en ese momento percibiese la voz de Manolo igual que Guzmán: como un murmullo aleteante, pero aun así ella destilaba el mensaje. Lo dejaba en su estado puro.

De tanto en tanto miraba con aceptación su propio antebrazo, estregado por Manolo hasta que agarró color, y reposaba la mirada ahí para después levantarla con una mueca de infinita ternura. Como si estuviese recibiendo una recompensa largamente esperada.

En la cama, luego de que la pareja anciana se retirara, Guzmán sintió una aversión poderosa, irracional hacia ellos. Se intensificó hasta licuarse en una angustia pesada, y lloró. En su doble soledad, no había logrado vencer el insomnio. Pensó en Alina. Tenía cama. Después del sexo descansaba una mano de autómata en el hueso de la cadera de él, sin darse cuenta de la alegría que eso le propagaba a Guzmán al resto del cuerpo.

También en ocasiones, cuando temblaba y respiraba con violencia, esa mano en la rodilla era recia y lo sujetaba en su lugar para procurarle a Alina el oxígeno necesario.

La emoción que lo embargaba al verla en ciertas actitudes y posturas —metida de lleno en la preparación de una comida; en biquini, de lentes negros y secándose al sol; incluso el momento en que ella lo miraba desvestirse, ya desnuda y acostada boca arriba, los altos hombros tímidos como si la temperatura hubiese caído de golpe a su alrededor—, esa emoción era erótica. Pero la imagen de Alina también le estimulaba la inteligencia, lo movía a la curiosidad. Era como si en su cuerpo liso, adolescente por lo demasiado alto y desgarbado, se guardase una especie de promesa caótica.

En la cama, Guzmán bebió horas hasta vomitar. En un punto y empapado de una resignación alcohólica, comprendió la que había sido su situación desde que quedara solo, y la que iba a ser de ahora en adelante si no recuperaba a Alina: la de alguien abandonado a la ignorancia.

Vivió los días que siguieron descubriéndose en la ignorancia como en su estado propio y natural. Volvió a emborracharse, por tercera y última vez, luego de un par de noches con Javier y Mario, en Pando.

Fumando, mira a Alina todavía tan joven sobre el asiento del acompañante.

Cuando le dijo que su cuerpo era un misterio para él, que cuando la tocaba pasaba en un segundo de ser un cuerpo de niña a un cuerpo de mujer, ella respondió que era típico, que los hombres sentían eso con los cuerpos de las mujeres porque ellas podían dar vida y ellos no: porque tenían útero, y nada más que eso. Se puso de pie en la cama, levantó la parte superior del piyama satinado, arqueó la espalda, infló la barriga. Apoyó los dedos de una mano en el coxis y la palma de la otra en el ombligo, y se acarició la moderada curva de la panza.

—Así me voy a ver a los tres, cuatro meses —dijo. Mantuvo la pose y continuó diciendo que esa era la mejor técnica para asustar a un novio—. Esta es la prueba de fuego.

Guzmán no se asustó. Pasó la prueba. Y cuando mucho después ella estuvo embarazada de tres meses, lucía muy similar a aquella noche, solo que menos flaca y arqueada.

Guzmán le dijo, en broma y varias veces:

—Meté esa barriga para adentro. Dejate de actuar.

Y un día ella apareció fajada. Fingió que Guzmán la había agarrado desprevenida, se dejó tomar por unos nervios fabricados y dijo:

—Me descubriste.

Por un segundo, él le creyó. Una parte de su mente aceptó sin dudarlo la posibilidad de que todo hubiese sido una farsa, y vio a Alina peligrosamente capaz de manipular su cuer-

po a gusto. Hasta que vio el inocultable y nuevo tono grasoso de su piel y la expresión divertida de la cara.

Era verdad, estaba embarazada, y por primera vez Guzmán supo del poder y la belleza, reales, que poseía ese cuerpo, y por primera vez se asustó.

En los meses que siguieron, la sensación de misterio creció y Guzmán pensó que ella había tenido razón. La cintura engrosada, el nuevo peso de las tetas, la espalda un tanto deformada y las piernas gallináceas en comparación, le parecían tan agradables y enigmáticas —si no más— a la vista y al pensamiento, que antes.

Esta noche, separada para siempre de su hija, parece haber retornado en el tiempo a una época anterior en la que sólo podía soñar con el papel de madre; la época en la que debe de haber empezado a experimentar sacando la barriga frente al espejo.

Guzmán cree estar viéndola como en realidad es, como quiere ser vista. Está desnuda. Respira boca arriba en el asiento del acompañante. Tiene las piernas semiabiertas; pivotean un poco por la inercia.

No se toma de la cadera de él, pero con la mano, más honesta que nunca, juega a arrancarse sin amor los primeros vellos del pubis.

Entonces, Alina se pone a silbar. No se trata de una tonada; es una frase torpe de notas que no ascienden. Se apagan en seguida. Y

Guzmán se pregunta si lo que acaban de hacer está bien.

Alina desprende un olor dulzón, detiene la actividad de la mano y se dedica a lo mismo que los que acaban de ser encerrados de un portazo en una casa a oscuras, aunque sea la suya propia. Silban buscando que el silbido rebote con la limpieza de la luz en paredes y muebles, investigan si la oscuridad es buena. Y también silban para no hablar, como si les aterrara la idea de que su propia voz pudiese sonar levemente distinta en la casa deshabitada, y temen recibir una respuesta de algún rincón indeseado.

Ella saca la cabeza por la ventanilla con el auto en marcha y la inclina para recibir un rayo de sol. También para sentir el viento en el pelo. Pero son más de las diez, la noche sin luna se tragó cualquier manifestación del sol y no hay viento, solamente la tenue ráfaga provocada por la velocidad.

Alina saca la cabeza al aire luego de dejar atrás el bullicio del peaje y se queda así cuando ingresan al puente de Pando.

Guzmán conduce. Ve la preciosa cara de ella bañada por los focos eléctricos.

La ruta adelante le parece inmensa: se eleva hasta modificarse en una curva, y a su derecha algunos reflejos plateados se pasean sobre el arroyo, hoy tan manso como el cielo.

El arroyo es cortado por la negrura a tal punto que, trescientos metros adentro, desaparece, y entre el verdor superviviente a la oscuridad, la hilera quebrada de luces amarillas de las casas que se yerguen a los lados parece flotar suspendida en la nada. No se puede adivinar el horizonte del mar.

Guzmán piensa que, en este paisaje abrumador de tarjeta postal, ellos tenían su

casa y su vida. Durmieron en un pedazo del paraíso.

A veces, en las noches más claras o en los atardeceres más furiosos, le gustó imaginar que alguien se detenía sobre el puente obligado por la belleza del entorno, y miraba en dirección a su casa y veía lo mismo que él pero ahora con él dentro, y esa imaginación le embargaba el ánimo con un orgullo tranquilo.

Un día, durante el primer año de casados, Guzmán salió hasta el puente luego de pedirle a Alina que en diez minutos hiciera parpadear la luz trasera de la casa, para probar si era visible desde la ruta.

Era otoño, probablemente sábado, por la cantidad de autos que iban al este. El sol acababa de ponerse, y llevó la cámara de fotos, que terminó sin usar. Parado en el puente, esperó. Pensó que lo que estaba haciendo habría sido típico de Alina, que ella de alguna forma le estaba influyendo la vida, le estaba mejorando la sensibilidad. Se cumplió el plazo de diez minutos pero no sucedió nada. Esperó diez minutos más, y otros veinte.

A esa altura todas las casas visibles tenían sus luces amarillas encendidas pero ninguna parpadeaba. Luego agregó quince minutos de prórroga, pero para entonces casi se había olvidado de la razón por la que estaba ahí.

Vio cómo el cielo era llevado a la oscuridad; la bóveda, irregular, escarpada debido a

las nubes planas y tormentosas que formaban un semicírculo donde había caído el sol y mantenían capturadas las últimas excrecencias del día.

El arroyo estaba hinchado y en el momento en que los colores se esfumaron de las nubes como por arte de magia, Guzmán creyó oír con más claridad el ruido nocturno del agua.

Miró por última vez en la dirección aproximada donde debía de estar su casa, pero seguía sin haber la señal que esperaba; y pensó que Alina se había olvidado, o algo le había impedido apagar y prender, apagar y prender, una llamada telefónica por ejemplo, y no le importó. Quizás después de la llamada lo hubiese hecho y para ese entonces él ya se habría distraído.

Con los autos zumbando a sus espaldas pero sin voltear en ningún momento para mitigar la sensación de peligro, dedicó una última mirada a todo y pensó que nunca se había sentido tan vivo. Su presente era tan pleno que era imposible que no se irradiase hacia el futuro.

Se sintió envuelto en una especie de abrigo incandescente, y regresó para encontrar la casa en la más completa oscuridad.

Alina estaba en el dormitorio, acurrucada en la cama. Había estado prendiendo y apagando las luces como por media hora desde que se hubieron cumplido los diez minutos

pactados. Y no sólo la trasera, sino también la delantera y las del baño y el living.

Quemó todas las bombitas, él no volvía y ella se metió en la cama y se hizo pichí encima. El olor a orina traspasaba la puerta cerrada del cuarto.

Tan pronto como Guzmán la abrió y vio a Alina cubierta por el apagón y las sábanas mojadas y la despertó, ella le contó todo lo sucedido en una rápida parrafada llena de angustia.

Él se largó a reír y ella lo imitó, bastante después, a la mañana siguiente.

Guzmán reemplazó las bombitas con la ayuda de una vela. Bañó a su esposa, la ayudó a vestirse y prendió la estufa. Sacó el colchón afuera mientras ella descansaba junto al fuego, puso las sábanas a lavar y luego preparó una cama en el living.

Alina hizo ruido durante el sueño —rechinaba los dientes—. De mañana, cuando vieron el colchón manchado afuera, ella no pudo parar de reírse. Creyó que lo había soñado, y le contó el episodio a todo el mundo. Una niña grande —casada— meándose en la cama, qué tal. Era el tipo de historias que las parejas cuentan ya de viejos, y en cierta medida hasta parecía orgullosa.

Rechinó los dientes también la noche anterior a que decidiese llevarse a Maite de casa. Hicieron el amor por la mañana, ella se dio un baño, hizo las valijas y se fue.

Guzmán se aprieta los ojos con la base del pulgar, pero no encuentra lágrimas.

Siente una leve náusea de hambre y borrachera, y algo más en la boca del estómago: pánico a que Alina lo abandone definitivamente. Es distinto del que sintió la primera vez. En aquella ocasión él no había previsto la ida de Alina y el miedo surgió después.

Hoy, ya conoce lo que es quedarse solo, conoce el vértigo, y se dice que no va a despegarse de ella. No la va a dejar ir más.

Por último, piensa en Eleonora, sola y esperando al firme a que alguien regrese: su hermana menor, sus padres.

Guzmán se pregunta cómo reaccionaría de ser él a quien viera volver. Dice:

—No tenemos por qué ir —mira adelante, con un sentimiento hundido y final, y de pronto se queda sin aliento.

Sin habérselo propuesto agarra la dirección equivocada, al oeste, a Montevideo. Como si antes de llegarle al pensamiento, el deseo de no ir a Pando o de ir a cualquier otra parte, en forma de instinto, le hubiese manipulado manos y pies. Detiene el coche ni bien dejan atrás el puente. Alina no responde hasta que vuelve a meter la cabeza dentro del auto. Se miran.

—¿Me hablaste? —dice.

—Sí. Que de repente no es necesario que vayamos a lo de Mario. Podemos volver a casa. Eleonora nos está esperando.

—No, está bien. Hace diez minutos me decías que era urgente, que querías que te acompañara... Ahora, vamos —tiene el brazo extendido sobre la puerta, a la que da una palmada.

Guzmán da una vuelta en U en la rotonda cien metros más adelante, y vuelven a cruzar el puente pero en dirección contraria.

Él trata de no observar el arroyo remontándose a su derecha porque la sensación de que están regresando a casa es peligrosa; pagan el peaje y, después de un corto trecho, doblan en el empalme.

La casa, blanca y de una planta, tiene un porche alto que come un espacio de dos metros cuadrados del lado izquierdo de la fachada. En la pared hundida hay una ventana enrejada que da al dormitorio. Pero la ventana dominante es la que se abre al living, sobre la derecha. También defendida con rejas, hoy está encendida pero las cortinas impiden ver nada. Exhibe motivos de ladrillo visto en los bordes, tan rojos que a simple vista muestran un aspecto artificial. Se levanta sobre el primer tercio de una parcela esquinera con forma triangular, el ancho de la edificación paralelo a la base del terreno.

La proximidad con la calle y la inclinación de las tejas a un agua del techo hacen que el jardín delantero parezca más angosto y la casa más grande de lo que son.

Guzmán baja del auto.

Mientras espera a Alina sobre la vereda, se fija en las manchas de aceite en la calle: un diseño de viejo y nuevo, seco y húmedo, claro y oscuro donde Javier solía estacionar la camioneta.

Ingresan al jardín por el portoncito colocado en el vértice, de la misma altura que el

muro que corre por las aristas delimitando el terreno de la vereda.

Alina dirige una mirada poco intensa a la figura metálica que se yergue en el centro del jardín tapando un trozo del porche.

Es una estructura informe y oxidada, hecha con lo que parecen caños de bicicleta. Tiene una inscripción, pero está tan borroneada por la lluvia y el sol como los colores, violeta, azul y blanco, que antes la adornaban. Mario se lleva una sorpresa al abrir la puerta. Se mezcla con una carga de desilusión, y tarda unos segundos en reagruparse y pedirles que entren y tomen asiento, señalando la mesa redonda que apadrina el living-comedor.

Alina recorre ese par de metros como si estuviese atravesando un lugar prestigioso y concurrido, torciendo el cuello hacia los rincones pero sin intención de descubrir nada ahí, mirando sin ver, más bien con ganas de ser descubierta.

El ventilador de hélice que cuelga directamente encima de la mesa gira despacio. Apenas alcanza a agitar el aire tibio, y cuando Alina toma su silla, la brisa mecánica desprende algunos pelos volátiles de su cabeza rubia.

Sigue posando los ojos sobre cada rincón pero esta vez parece estar reorganizando mentalmente la sala. Redecorando, quitando, reemplazando.

Guzmán cree adivinar, por lo largo de sus miradas, lo intenso de su ceño, la forma en que mueve los labios como rezongando por lo bajo, y por el orden en que pasa de un objeto a otro, los cambios que haría.

El piano Fischer lo dejaría donde está. Las sillas de mimbre las removería de frente al televisor para ubicarlas junto a la ventana. La biblioteca, llena de libros de tapas brillantes y de revistas, la sacaría definitivamente; no le gusta al lado del piano.

Agregaría un cuadro en la pared de detrás del televisor, más sobrio que el afiche a todo color de una película que ahora la ocupa, y el televisor lo movería a la esquina donde reside una planta con forma de palmera, al lado de la cual una mesita ratona sostiene el teléfono, las guías y un bloc de notas.

La mesita: Guzmán no sabe qué es lo que ella haría con la mesita. Pero Alina también cambiaría la iluminación.

Mira al centro del ventilador, desde donde se irradia una luz de quirófano, y luego clava la vista en dos puntos de la pared sobre el piano, donde encastraría dos falsos candelabros con bombitas de mediana potencia, más acogedoras.

Pero antes de todo esto, lo primero que mira, juzgándola, es la superficie de la mesa a la que se ha sentado. Hay un termo, un mate, aros de agua en la madera, una caja de cigarri-

llos y un cenicero a medio llenar. Gana una rigidez exangüe, pálida cuando se dedica a la disposición del resto de la sala.

Guzmán toma asiento, suelta un suspiro doloroso y cae en la cuenta de que ninguno de los dos ha dormido mucho últimamente.

En el momento en que las aspas del ventilador traen un olor como de especias, Mario sale de su trance y corre hacia la cocina. Y es recién entonces cuando Guzmán se entrega a la interpretación de las miradas de Alina a lo largo y ancho del living-comedor.

Mario vuelve y dice:

—Estoy preparando un té al estilo japonés y el agua casi se me quema. Bueno, en realidad es un error decir que estoy preparando un té al estilo japonés: los japoneses tienen muchos estilos de preparar té, porque tienen muchos tipos distintos de té y a cada uno de esos tipos de té lo usan para distintas cosas, pero bueno...

Lleva un pantalón azul de verano, alpargatas y una musculosa negra bastante ajustada. Tiene la piel parda, como bronceada de nacimiento y el pelo rojizo, ondulado en lugar de recto y más largo que la última vez que Guzmán lo vio. Le barre la base del cuello y disimula mejor el tamaño de las orejas. La boca es demasiado pequeña y de labios finos para la cara ancha. Sus ojos claros se detienen en Alina. Le dice sos tan linda como te describió Guzmán.

—Muchas gracias —responde ella.

Entonces, Mario pasa a disculparse por el recibimiento tan torpe.

—Lo que pasa es que, como verán, estoy a puro mate desde hace como cinco horas. El mate siempre me deja los nervios de punta.

El suelo beige es de baldosa. Mario se sienta. El talle pequeño de la musculosa y el movimiento al que se ve sometida le remarca el plexo, salido hacia adelante como el hueso de un pájaro: detalle en el que Guzmán nunca tuvo oportunidad de recalar porque siempre lo ha visto con ropa más gruesa.

—Me llamaste —dice Guzmán.

—Sí, te llamé... Oigan, ¿quieren un tecito? Sí, les traigo un tecito —y así como se sentó, vuelve a levantarse y a desaparecer en la cocina llevándose termo, mate y cenicero.

Vuelve con una bandeja, el termo y tres tazas humeantes.

Guzmán huele la suya antes de beberla. El olor es dulce y fuerte, a manzana. Se lleva la taza a la boca y luego de un pequeño sorbo, se relame buscando el sabor.

—¿Y? ¿Qué tal? —pregunta Mario—. Rico, ¿no? Dentro de un rato van a ver la calma. Es como un sedante.

Alina, que también lo ha probado, responde primero que muy, muy rico, y suave comparado con la fragancia que tiene.

Guzmán confirma y prende el último Philip Morris.

—¿Vos fumando? —pregunta Mario, al instante. —No puedo creer. Yo sabía que en algún momento Javier te iba a pegar el vicio. Es por cómo fuma, ya te digo, a mí también me lo pegó. Lo ves fumar y te dan ganas. Pero, ¿qué estás fumando? ¿Philip Morris? No, Dios mío. Dejá eso. Esos son para dejar de fumar. Mirá, probá estos. Apagá ese. Apagalo, vas a ver la diferencia.

Toma la caja de Nevada de sobre la mesa, le da un golpecito para que sobresalgan un par de cigarrillos y se la tiende a través de la mesa.

Guzmán apaga el suyo en el cenicero y extrae uno.

Mario se lo enciende bajo la mirada neutra de Alina.

—¿Y? No me digas que no hay toda la diferencia del mundo. O sea, a mí Javier me pasó el vicio pero no me iba a convencer de fumar Coronado ni ninguna de esas cosas. Los Coronado tienen sabor a chocolate, y los demás, o te dejan un mareo que no querés probar otro pucho en toda tu vida o son tan suaves que te podés fumar una caja entera sin darte cuenta. Además, ya de entrada, mirá, compará las cajas.

Le ofrece uno a Alina, que rechaza la oferta, y se prende uno.

Mario continúa hablando y Guzmán, sintiendo el humo rodarle como algodón por la lengua, nota cómo las palabras de Mario empiezan a sonarle cada vez más convincentes.

Mario toma también la caja de Philip Morris y las pone juntas sobre la mesa.

—Compará —la caja de Nevada es marrón, blanda pero parece un estuchecito de madera. La apariencia de solidez se ve reforzada por una franja verde que la atraviesa verticalmente y que sirve de fondo a una corona blanca rodeada por dos círculos concéntricos de estrellas, y por otra cinta roja y más fina que la cruza en forma horizontal, a medio centímetro de la base y donde la marca está escrita en letras blancas y mayúsculas. Cuando Mario la agarra de los costados con la mano derecha para mostrársela, cede a la presión de sus dedos y el efecto de fragilidad es extraño.

—Philip Morris... mirá el diseño, qué rebuscado. Tenés que ponerte ropa lisa para que te quede bien. Sin embargo, la de Nevada pega con cualquier cosa. O sea, es mucho más lindo ver a alguien sacando un cigarrillo de esta caja que de cualquier otra. O en un bar, no sé, un par de cajas de Nevada entre los vasos y las botellas, quedan como un cuadro.

Mario suelta la caja sobre la mesa. Da una pitada, deja algo de ceniza en el cenicero y expulsa el humo, echándose hacia atrás en la si-

lla. Queda pensativo. Vuelve a incorporarse. Con los codos en la mesa, dice:

—Es una coincidencia que ustedes se aparezcan juntos justo la noche que Javier me abandona. Te llamé por eso —enfoca la cara ancha en la dirección de Guzmán—, para ver si estaba contigo, pero en realidad, yo ya sabía que no estaba contigo y que no iba a volver. Es algo en el aire de esta casa, no sé. Lo notás. El olor queda pero está como muerto. Hubiera estado bueno, ¿no? Que nos hubiéramos juntado las dos parejas a tomar un té.

Guzmán hace un esfuerzo por no mirar a Alina. De cualquier manera, termina haciéndolo. Con pudor y de refilón. Ella lo nota y oculta toda expresión llevándose la taza a la boca.

Mario es de muñecas flacas, y cuando Guzmán vuelve a mirarlo, tiene la izquierda anillada por la mano derecha.

—¿Vos... no sabés nada de él? —pregunta Mario.

—No, mirá. La última vez que hablé con Javier fue el viernes, creo —contesta Guzmán.

—Me dejó una notita. Que se iba a ir contigo al Conrad y que volvían cerca de la medianoche. Por eso te llamé.

—¿Él no te dijo nada de eso? —pregunta Mario.

—No, la verdad que no.

—Se habrá olvidado, o cambiado de planes —su voz, de una rabia contenida, es la

que le hace saber a Guzmán que Mario está siendo sincero. No sabe nada de Javier y Maite.

Y en Guzmán, el motivo por el que está aquí con Alina se diluye. No le cuesta aceptar la idea de que las cosas van a seguir tal como están y, mientras piensa en la forma más brusca y cortés de concluir la visita, capta la mirada de Mario: intensísima a través del humo.

Guzmán desvía la vista hacia la línea salpicada de puntos negros que le va desde la sien hasta la parte superior de la mejilla. El arco de puntos negros influye dentro de la cara ancha angostándole las cuencas, y sus ojos azules parecen más fríos y quietos y penetrantes dentro de ese estricto confinamiento.

Guzmán da una pitada y mira el póster en la pared. Está el actor, de lentes negros y botas de piel de serpiente, y la actriz un poco más pequeña a su derecha junto a un descapotable, rubia y con un vestido corto en medio del polvo del desierto. Mario dice:

—Él, siempre que yo vuelvo de Paysandú, de ver a mis padres, nunca está en casa. Así que no me extrañó para nada no encontrarme la camioneta afuera hoy. Pero enseguida que entré en casa, me di cuenta. Es el aire. Dejó una nota, como siempre, pero ta, no me pregunten cómo pero me di cuenta. Sé que se pegó una ducha pero no durmió acá anoche. Al menos llamé y no atendió. Les juro, llegué y había eco. Caminaba, y en esta casa nunca hu-

bo eco. Entonces, cuando me convencí de que no iba a volver, me puse a revisar qué cosas se había llevado. No sé, uno siempre juega, ¿no? A mí antes me gustaba jugar a pensar qué se llevaría Javier si se fuera. Para ver si lo conocía bien. Tipo: ¿qué discos te llevarías a una isla desierta? Después yo le contaba las cosas que a mí me parecía que él se llevaría, y se reía. Decía que le erraba. Que esas eran las cosas que a mí me gustaría que él se llevara. O que yo me llevaría. Me decía que con el cepillo de dientes, a él le alcanzaba.

Mario pasa de anillarse la muñeca a tocarse el extremo más protuberante del esternón. Se lo masajea con el anular mientras sostiene el cigarrillo entre mayor e índice. El movimiento es circular, y las volutas de humo le trepan rítmicamente a la cara. Alina lo mira con fijeza.

—A él nunca le gustó que yo fuera a ver a mis padres —Mario prosigue—. Dice que yo tengo una relación de dependencia con ellos, que sigo siendo todavía un adolescente a los veintisiete. La cosa es que yo tengo una buena relación con mis padres y él no se lo banca, y menos me banca cuando vuelvo de Paysandú. No quiere que le cuente cómo me fue ni nada. Voy medio seguido, unas cuatro o cinco veces al año, pero siempre me emociona. Siempre me da la sensación de que hace más tiempo que no voy. Supongo que porque mis viejos están en

una edad que cada vez parecen más viejos. Pero yo sé que no tengo una relación de dependencia, nada que ver, si hace años que los tengo lejos y que hago mi propia vida sin problemas. Y está bien eso, ¿no? Darles un poco de bola de vez en cuando. Digo, son tus padres, nada más ni nada menos.

Mario se detiene. Ha empezado a soltar la lengua sin pensarlo y ahora se vuelve cauteloso. Arruga los hombros, mira el piso beige de baldosa, impecablemente limpio y devuelve la mirada llena de cautela a Guzmán, por último a Alina. Está pidiendo autorización para continuar.

Guzmán se levanta unos cinco centímetros de la silla pero Alina habla. Dice:

—¿Tus padres vivieron siempre en Paysandú? —y autoriza a Mario.

—Sí, siempre.

Guzmán vuelve a sentarse.

—Yo también, hasta que me mudé. Pero en realidad viví en muchas partes adentro mismo de Paysandú. Así que no me acuerdo mucho de ninguna casa específica. Ni siquiera de la primera. Nos mudábamos mucho. Se me mezclan las casas, los apartamentos. Me acuerdo bastante mejor de la estancia. Mi padre estuvo preso como ocho años en la dictadura. Al principio. Lo metieron en cana cuando yo tenía dos años, así que no lo conocí hasta que tuve diez.

Mario chupa ávidamente de su cigarrillo como si fuese un instrumento que le estimulara el habla.

—¿Saben cómo le dicen a mi padre? —dice, con una sonrisa de acertijo que exprime el último humo—. Corto, le dicen. En realidad era Cuento Corto, pero terminó siendo Corto porque es más fácil de decir. Se lo pusieron en la cárcel. ¿Saben por qué? —sacude la cabeza, levemente divertido—. En la mano derecha, mi padre tiene sólo el dedo meñique y el pulgar. Le pusieron Cuento Corto porque... —deja escapar una risita mientras pinza el pulgar derecho— ...éste puso un huevito y éste se lo comió —larga una carcajada brutal sin soltarse el meñique que ha pasado de pinzar a apretar en el puño. Tiene las manos frágiles en la boca y se echa hacia atrás. Tiene espasmos de tanto que se ríe. Tiene los ojos llorosos. Su pelo rojizo y ondulado bajo la luz de sala de operaciones parece tener vida propia. Alina se ríe también.

Guzmán termina completando la cadena, azorado, luego de aplastar su cigarrillo en el cenicero.

—Ay, qué bueno.

—Qué bueno —dice Mario—. El humor de la cárcel. —Totalmente incorporado en su silla, erecto y respirando hondo, dice muy rápido—. Había otro que le decían Orsay. Tenía un fibroma en la nuca que era como un pu-

ño, así de grande, y le decían Orsay porque siempre estaba adelante de la pelota.

Alina está tentada.

Mario la contempla como quien ve llover.

Guzmán deja de reírse.

—Yo me acuerdo del día que llegó papá a casa. Creo que vivíamos en un apartamento muy lindo, pero no sé, porque me acuerdo de un balcón pero también me acuerdo de que yo abría una puerta y me metía en un jardín con muchos árboles preciosos. Cayó de sorpresa. Mi madre se re-asustó, no saben. Yo no mucho, hasta que le vi la mano. Mamá siempre me hablaba de papá y me mostraba fotos y todo, pero papá siempre tenía todos los dedos.

Al menos creo que sí porque si no yo lo hubiera notado. Yo me acuerdo de pensar cuando mamá me dijo que ése era mi padre, que ella se había vuelto loca. Cómo no iba a darse cuenta de que a ese hombre le faltaban tres dedos. Después vi la bolsa que traía en la otra mano, que tenía unas pilchas de él pero claro, yo no sabía, y yo empecé a correr por toda la casa. Estaba como loco. Mamá dice que yo gritaba: vino el viejo de la bolsa, vino el viejo de la bolsa. Y para peor ellos ni siquiera me perseguían. Cuando paré ni siquiera estaban más en la puerta. Corrí hasta nuestro dormitorio y me puse a pegarle a la puerta, porque estaba trancada y no me abrieron. Así que me terminé

durmiendo ahí en el pasillo... ¡Pero mirá vos cómo se ríe esta degenerada!

—Perdón, perdoname. Lo que pasa es que es muy gracioso. Vos entendés —Alina se agarra el estómago y el cuello. Respira como con la garganta ferrugienta hasta que se serena.

Posa la vista en Mario para ayudar su concentración en detener la risa, pero él ha hablado en un modo semijocoso y su rostro aún pega alegres saltitos musculares.

Alina traga, dos veces, y dice:

—Ta, ya está.

—No, sí, yo te entiendo —dice Mario—. Todo bien. A mí también me parece gracioso.

—Ta, pero ya está. En serio.

Y Mario vuelve a sentirse autorizado. Prende un segundo cigarrillo con la brasa del predecesor. Se despeja el pelo de la cara. La mano, fina y delicada como sus muñecas, se mueve experta en la suave mata roja. Dice:

—Mi padre. Papá es todo un personaje.

Habla de su capacidad para los negocios. Era ingenioso. Tenía contactos. Nunca se rendía.

Dice que en los nueve años que siguieron, su padre tuvo una estación de nafta, una casa de ropa y artículos deportivos, parte de un restorán e incluso parte de una estancia. Y con cada nuevo negocio se mudaban, dependiendo de las ganancias que este les diera —todos ter-

minaron fundiéndose. Cambiaban de casa y cambiaban de humor, especialmente el papá, que tenía estados tan fuertes que eran contagiosos.

El padre fue engañado con los papeles de la estación de nafta y seis meses después tuvo que entregarla; la casa de ropa y artículos deportivos fue la que duró más, pero el dinero no era tanto como para mantenerlo satisfecho, y terminó usándola como garantía para unirse al propietario del restorán. En un espacio de dos años, se bebió literalmente la mitad de lo que le correspondía del restorán y terminó sin nada. Por último, logró asociarse con un estanciero. Vivieron en esa estancia un año y medio, rodeados del paisaje más feliz, desde los diecisiete a los diecinueve de Mario: sus años más tristes.

—Yo no me enteré de por qué a papá le faltaban los dedos, no me enteré de la razón de verdad hasta que él me la dijo. Mamá me había explicado que en la cárcel lo habían torturado y que le habían cortado los dedos. Y a mí me parecía natural. Pero era mentira. El día que me lo confesó yo no me lo olvido más. Fue dos o tres días después de que me encontrara en la cocina con las venas cortadas.

—¿Qué? —se sorprende Alina.

Mario pone el antebrazo izquierdo sobre la mesa. Al final de ese antebrazo está el cigarrillo, y en el lugar donde se anillaba pocos minu-

tos atrás, hay una media pulsera de piel rosada. Dice:

—La evidencia. Es increíble cómo se curó. Ahora parece un rollito de bebé —rascando la cicatriz con el pulgar de la mano derecha. Respira profundo, comprime los labios.

—¿Pero y por qué ibas a querer matarte? Qué horrible...

Mario levanta los ojos azules. Se examinan con Alina y al cabo de unos segundos, parecen llegar a un acuerdo.

—¿Cómo llegué a eso? Eso es lo que a mi padre nunca le interesó. Aplasta el cigarrillo, da un sorbo a su té.

Alina no despega los ojos de él.

Guzmán sabe lo que ella está haciendo.

La cabeza de Alina rota, ocupada de reflexiones y medidas, para registrar a Mario en todos los perfiles posibles. Está tratando de quedar embelesada por él. Está dándole la oportunidad de embelesarla. Y Mario le habla a ella.

—Papá me llevó a la cama y me atendió. No me dejó levantarme por dos, tres días. Mamá se ponía a llorar cada vez que me veía, así que papá no la dejaba entrar al cuarto.

Entonces, viene el padre y le dice a Mario que van a dar una caminata juntos. Caminaron a campo traviesa. Se alejaron mucho de la casa. Al final, ya no la podían ni ver. Entonces el padre lo rezongó. Le mostró la mano sin

dedos y le dijo que no se lo habían hecho en la cárcel. En la cárcel no le habían tocado un pelo. Le dijo que se lo había hecho él mismo el veintitrés de junio de mil novecientos setenta y tres. Mientras miraba la tele.

El padre no era comunista ni nada pero de repente estaba mordiéndose un dedo con tanta saña que empezó a hacer más fuerza y terminó casi que arrancándoselo. Siguió con los otros dos. Él nunca había intentado matarse antes, lo había pensado muchas veces pero nunca se había animado.

Había tenido un arma en la mano y la había disparado al cielo, había tenido pastillas y las había volcado por la pileta; gillettes también, y Mario no sabe qué más. El no atreverse siempre le había parecido al padre una falta de valor, un signo de debilidad que lo llenaba de culpa. Ayudaba al motor que tenía adentro, que siempre había girado en el vacío, a girar todavía más rápido. Se dio cuenta mientras se mordía que quería hacerlo y que al fin tenía la oportunidad. Mario tenía apenas un año y cuando la madre volvió de ponerlo a dormir, encontró a su esposo masticándose la mano.

—Estamos en el medio de la nada y mi viejo me dice que si iba a intentar matarme, que lo hiciera de verdad. No me vengas con mariconadas, dijo. Cada intento te deja mutilado de por vida, y acá tenés la prueba —y me mostró la mano—. Y esto es sólo carne, y solo

carne tuya: lo menos importante. Los que están alrededor tuyo también quedan mutilados. ¿Viste a tu madre, cómo a veces se pone a masticar en el aire de nerviosa? Eso no lo hacía antes, me dice. Yo eso no lo sé porque yo siempre la conocí haciendo así. Pero mi padre no terminó ahí, no. Siguió todavía un poquito más. Me dijo: Ah, y si vas a hacerlo, hacelo en un lugar lejos. Al menos tené ese tipo de consideración. Tu madre que me tuvo que ver, por ejemplo. No se lo merecía. Hasta hace unos días atrás, tu madre no entraba tranquila a un cuarto de la casa mientras yo estuviera alrededor. ¿Te imaginás de ahora en adelante...? O sea que te vas lejos, acá por ejemplo, o más lejos mejor, pasando el cerro. Te llevás un buen revólver, me dijo, y te volás la cabeza tranquilo y al menos por un buen rato no jodés a nadie. ¿Vos podés creer? Mi padre rezongándome como se rezonga a un hijo que empezó a fumar. Tipo: no fumes adentro de casa, si sabés que a tu madre no le gusta... Ni siquiera le interesó preguntarme por qué me había cortado las venas. Te juro que lo odié con toda el alma cuando me dejó solo ahí, en el medio de la nada. Tenía cosas que hacer, dijo, y se fue. Hacía un frío que ni te cuento. En el campo cuando hace frío, hace frío. La lastimadura todavía estaba sin cicatrizar y me dolía muchísimo. Si hubiera encontrado un revólver, te juro que lo hubiera usado. Primero para dispararle a él y después para volarme la

cabeza. Te juro que hasta me fijé a ver si no había alguno por ahí tirado. Andá a saber. Capaz que papá, con todo lo que había dicho... Nunca me sentí tan perdido, en mi vida. Pero hoy, cuando pienso en él, pienso con amor. Se me llena el corazón.

Mario termina su té, vuelve a servirse. En su expresión, mientras rellena las otras dos tazas, no hay tristeza. Hay algo menos blando. Menos dulce. Afuera es de noche pero no está del todo oscuro.

De vez en cuando los faros de un auto que dobla la esquina irrumpen en el living amortiguados por las cortinas blancas de hilo que se impregnan fugazmente de amarillo.

Alina sigue empeñada en su tarea personal: observa a Mario escuchándolo a medias, dividiendo su atención entre sus palabras y los mejores perfiles de su cara. Y aunque no es eso exactamente lo que busca, parece estar tratando de extraerle el alma. Acepta y agradece cuando Mario le ofrece más té.

Guzmán tampoco deniega la oferta de té ni la de cigarrillos, que se produce luego de unos segundos.

Mario se coloca dos cigarrillos en los labios, los enciende, compara la brasa de ambos y le pasa uno.

—Por eso a Javier no le gustaba que yo fuera a Paysandú. Decía que me hacía mal ir. Que lo que a mí me enganchaba a ellos era el

miedo. Que yo a mi padre le tenía un miedo... Pero no sé de qué miedo me habla, si yo no les tengo miedo, yo-no-le-ten-go-miedo...

Se pasa el meñique por las cejas, con la cabeza gacha. Demora el dedo en el ceño. Aprieta fuerte y dice:

—Yo sólo voy porque quiero saber si están bien. Mamá me preocupa. Mirá si mi padre se manda alguna macana...

Sigue dejando que la mano le pasee por la cara. Después de toda una serie de desplazamientos por los ojos en busca de lagañas, por detrás de las orejas y sobre el bigote bien afeitado y los labios, encastra el pulgar entre las paletas.

—También voy porque quiero que sepan que yo estoy bien, cómo me está yendo y todo. ¿Qué hay de malo en eso?

Un chasquido le sale de la boca. Da una pitada al cigarrillo y el humo hace una ese en el aire frente a su cara. Vuelve a encastrar el dedo en las paletas.

—A veces me rezonga injustamente, Javier. A mí me parece que él no me entiende demasiado. Bueno, sí, me comprende en cosas importantes, obvio, porque por algo estoy con él. Pero a Javier nunca se le cruzaría por la cabeza la idea de matarse, por ejemplo. Eso no lo entiende. Si ni siquiera lo pensó cuando estaba en la EMA y le dijeron que no podía ser piloto porque tenía no sé qué problemas cardíacos,

imagínense. Y era su sueño. ¿Qué hizo? Se fue a estudiar a la ETA, para ser mecánico de aviones. Lo decidió en un día. Si a mí me tiraran mi sueño abajo, no sé qué haría. ¿Que mi sueño, cuál es? No, ser enfermero no. Mi trabajo me ayuda a ser feliz. Me da unas relaciones humanas fuertes, pero no es mi sueño. Mi sueño es ser feliz... me imagino.

Da una pitada al cigarrillo y se echa hacia atrás en la silla, luego de dejar la ceniza en el cenicero. Todo para volver a incorporarse con los codos en la mesa.

Guzmán nota el movimiento repetido, empieza a sentir en el monólogo un aire de rutina y ve en el cigarrillo una especie de apuntalador de esa rutina. Se pregunta cuántas veces habrá contado Mario esta misma historia. Una persona es lo que ha debido ser para seguir vivo. Una persona es el éxito encarnado.

Desde sus arrugas y cicatrices, sus gestos, su forma de vestir, su forma de hablar y los temas en los que incide y vuelve a incidir.

Una persona vista en un punto determinado de su vida encarna todas las luchas que ha tenido que llevar a cabo para ser aceptada por los demás y por sí misma, para acercarse a la felicidad y alejarse del dolor.

Pone en despliegue todas las herramientas que lo han traído hasta allí. Ese despliegue se ve potenciado bajo una situación desesperada. Y Mario está desesperado.

Guzmán recuerda lo encantado que se mostró cuando vio la reacción de Alina a su primer chiste, sobre el apodo del padre. Con los ojos de alguien habituado a hacer la danza de la lluvia y a recibir exactamente eso en respuesta: lluvia.

Guzmán piensa que el tono conspiratorio de su charla quizás sea su herramienta más poderosa. Y puede predecir cómo ese tono irá acrecentándose con cada segundo que pase; Javier lo ha abandonado y ahora Mario tiene una emergencia nueva entre manos. Está obligado a sumar información a la historia de su vida.

La otra cosa que Guzmán sabe, aquí y ahora, mientras lo observa focalizar la mirada muy nerviosa en Alina, es que Mario no está hecho para la felicidad. No tiene talento para ella. Su cuerpo, el pecho y los hombros y la forma de desplazarse siempre lenta, la expresión permeable al insulto, siempre pendiente, son los de una persona inhibida frente al dolor.

Para Mario, mantenerse alejado del dolor es éxito suficiente, y a una distancia prudente del dolor no hay felicidad. No hay nada. La felicidad para Mario no es más que un sueño. Por eso, Guzmán no puede interrumpirlo cuando él prosigue:

—Eso es increíble. No me digan que no. En un día pasó de querer ser piloto a querer ser mecánico de aviones. Porque es así, yo lo conozco. Él aprendió a querer ser mecánico.

Cuando le dije que si a mí me pasaba eso, me mataba, se puso rabioso. Fue nuestra primera pelea. Me dijo que yo sólo pensaba en eso, en matarme, que esa siempre era mi salida, la salida más fácil para cualquiera, y yo le dije que lo que a él le pasaba era que no tenía deseos, que en realidad entonces su sueño de ser piloto no era tan importante, si lo podía cambiar de un día para otro..., y le dije también que era mentira que nunca había pensado en el suicidio, que no fuera injusto, todo el mundo piensa alguna vez, sólo que él no lo reconocía porque le tenía miedo a la muerte; no la conocía, a la muerte; y él me dijo que era al revés, que era yo el que no la conocía. Cualquiera que conoce la muerte no tiene ningunas ganas de pegarse un tiro. Claro, yo entiendo cómo él se puso malo. Él y yo nos conocimos en un bar cuando yo todavía trabajaba en una fábrica textil acá en Pando y estudiaba enfermería. El dueño de la fábrica era un conocido de mi padre y papá me había conseguido el trabajo, para que aprendiera a vivir. Para que estuviera ocupado también, me imagino. Yo andaba medio tumultuoso, así, se podrán imaginar. Era mi segundo año acá, lejos de Paysandú. Esa noche yo le conté todo a Javier y a las dos semanas estábamos viviendo juntos acá, en esta casa. Él hacía todo lo posible por hacerme bien, todo el tiempo. Me cuidaba. Por ejemplo, hoy lo único que se llevó fueron todas las cosas que cortan, cuchillos y

eso... Pero yo sé que él no estaba conmigo por eso. Yo sé que él no estaba siendo un samaritano conmigo y punto. Me quería. Mario lanza una mirada a la ventana. Se oye el estruendo de una moto con el tubo de escape recortado y luego nada.

Hay mil cosas dando vueltas dentro de sus ojos azules. Muy a su pesar.

—¿Saben una cosa que le pasaba a Javier conmigo? Le encantaba como yo hablaba. Decía que yo le ponía un énfasis raro a las palabras cuando me ponía a hablar. Que era la forma que yo hablaba de cualquier cosa que le hacía parecer que él no estaba prestando demasiada atención a nada. Yo no me olvido nunca más de una vez que estábamos sentados acá afuera, una noche, y yo vi un par de gorriones en el cable de la luz. Los gorriones llegaron, estuvieron dos segundos, no más, se miraron, o al menos se apuntaron con los picos y salieron volando enseguida. Se remontaron un poquito, después se dejaron caer como un metro, así, como hojas y después empezaron a aletear más fuerte y desaparecieron. No es nada raro. Lo hacen todo el tiempo. No sé por qué, pero se lo comenté a Javier. ¿Vieron esas noches que todo te parece más lindo que nunca, incluso lo que ya viste mil veces? Le dije a Javier lo que había pasado, y no se imaginan cómo se puso. Se quedó mirando los cables. Dijo que ya no iba a poder ver esos pájaros en el momento que se habían puesto en el cable.

Me dijo que tenía la sensación de haberse perdido algo fundamental.

Mario hace rodar el cigarrillo sobre el borde del cenicero. Todos beben de sus tazas.

—Yo sabía que iba a ser así —dice Mario, aplastando su cigarrillo a medio consumir—. Yo lo esperaba. No me pregunten cómo, pero siempre lo supe. Él puede tomar esas decisiones así de rápido, y después no se arrepiente. Aprende a vivir con eso. Yo no sé cómo eso no lo asusta. Javier es un tipo que no se deja traicionar por las emociones, pero ojo, tampoco es puro cerebro.

Mira al techo, al rincón encima de la puerta que lleva a la cocina. Se aprieta el pelo contra el cuello, sin afectación. Comprime los labios, luego los estira en una sonrisa y las mejillas se le encarnan. Habla con una velocidad declinante.

—Yo soy una persona que piensa que todos tenemos un hombre y una mujer adentro. Todo depende de cómo se lleven. En la mayoría de los casos... Javier es la única persona, la única que yo conozco que deja que el hombre y la mujer que tiene adentro, bailen.

Al cabo de un rato de silencio, Mario se levanta de su silla excusándose para ir al baño con un cigarrillo y el encendedor en la mano.

El té cumplió no sólo un efecto calmante, sino sino también laxante también.

Mario tarda alrededor de tres minutos en el baño. Cuando regrese, será el turno de Alina y luego el de Guzmán. El segundo va a sentir el olor que ha dejado atrás el primero, y el último va a absorber la combinación de sus predecesores.

Pero antes, mientras Mario se demora, Alina va hasta la puerta del baño y, con la voz alzada, le pide permiso para utilizar el teléfono.

El cuerpo le cuelga exhausto de los hombros, pero se la ve ocupada en pensamientos a los que responde una especie de sonrisa fría. Llama y habla en voz baja, y Guzmán escucha retazos de la conversación, que es breve.

En los metros que la separan de la mesa, luego de cortar, Alina dice:

—Papá volvió a casa. Está desesperado. Tiene a la policía y al detective este que contrató enloquecidos buscándonos. Revisaron tu auto y encontraron carne en la valija, y una botella de whisky y no sé qué más. Está convencido de que te volviste loco. Alegrate. Al fin, al menos según ellos, me raptaste.

Mario regresa ni bien Alina toma asiento. Camina despacio. Se mira los pies y mueve sus dedos sobre la parrilla costal como si se tratase de un piano. Tiene el cigarrillo recién encendido en la otra mano. Todo lleva un segundo.

Cruza una mirada profunda con Alina y se detiene de repente: Alina se interesa en ciertas caras, sino en todas. Le gusta observarlas pensando en cuál sería el mejor enfoque para una fotografía. Cómo enmarcarlas, qué angulo, qué luz, qué sombra y cuál de todos sus gestos sería el más apropiado.

Abriga la creencia casi fanática de que todos los rostros, incluso los más feos, tienen algo de belleza: se manifiesta en una expresión rara y fugaz que sólo hay que ser paciente para buscar, para provocar. Entonces, Alina espera y escruta. Intrigada y alerta. Y el otro ve la forma en que es mirado, como a través de una lupa ambiciosa y gentil, y de una manera consciente o no, termina captando esa especie de exigencia, y permite que dentro suyo vaya concretándose la figura perfecta de sí mismo.

En un punto de la conversación, Alina empezó a mirar a Mario de esa forma. Desde entonces no paró de hacerlo ni por un segundo. Ahora, de regreso del baño e inmóvil en el living-comedor, Mario encuentra su postura. La imagen que todos tenemos y que vale más de mil palabras, a la que nadie puede permanecer insensible: Deja la mano que antes te-

cleaba en sus costillas quieta en medio del pecho, protegiendo la proa huesuda. El otro brazo, ligeramente separado del cuerpo, sostiene el cigarrillo. Los pies se frenan en un medio paso, el izquierdo algo más adelantado, y bajo la tela delgada del pantalón se adivina la musculatura enjuta de las piernas. Sufren una tenue contorsión que por contraste logra que su torso parezca más distendido. Tiene las comisuras de la boca relajadas y los labios más anchos. De perfil, parece estar recostado contra el aire espeso a sus espaldas. Durante unas fracciones de segundo, hay movimiento sólo en el palpitar del ascua del cigarrillo. Entonces los ojos fríos dentro de la piel naturalmente veraniega, algo apagados en principio por la sombra de las pestañas, se vuelven de un azul pálido cuando apunta el rostro a la luz del ventilador. Ahoga un suspiro. Y el pelo rojo y humedecido y echado levemente hacia atrás es lo último en moverse, en bloque y espléndido, como los sutiles estertores de una vanidad latente.

Alina deja su silla otra vez. Se dirige al baño. A medio camino, roza el codo de Mario con la mano y le pide para entrar al baño.

Él, que ya barajó los pies sobre el suelo y con las mejillas prendidas de rubor, dice:

—Todo tuyo.

Una vez que Alina desaparece, Mario se acerca a la mesa.

—¿Te molesta si apago la luz? Me está matando los ojos.

Guzmán ve la trama de venitas enrojecidas y responde que no hay problema.

Mario tira del cordel dorado que cuelga del ventilador y la sala queda en penumbras. Luego camina en dirección a la ventana, aparta las cortinas. Se ubica en el rectángulo de luz cruzada por la sombra de las rejas y tiene un aspecto disoluto y fresco ahí cuando se pone a fumar. Desde su posición, Guzmán vislumbra apenas un fragmento de la calle, por lo que no sabe qué es lo que Mario observa mientras habla: bien podría ser nada.

—¿Te acordás de la vez que viniste? Me acuerdo de algo que dijiste que me quedó grabado. ¿Hace cuánto fue? ¿Seis meses? Parece que fuera ayer. Vos ya estabas borracho.

Mario gira el cigarrillo entre índice y mayor, como una batuta, y dice:

—Dijiste que te sentías más solo que nunca y peor que eso, un ignorante. O sea, que la soledad era ignorancia, o algo así. No me acuerdo textual, pero después seguiste. No paraste de hablar en toda la noche. Dijiste algo como que la soledad te hace pensar distinto, que empezás a crear tu propia fábula. En parte para mantener las esperanzas. Y cuando las cosas salen mal, siempre tenés un Plan B para sacar de la manga y volver a empezar. Después dijiste que siempre estamos solos y que no nos

podemos librar de nosotros mismos nunca, y que las cosas que deseamos y queremos y amamos, las deseamos queremos y amamos solo porque tienen que ver con esa fábula que nos armamos en soledad, que es tan cambiante. Que al menos cuando estamos con alguien, tenemos una opinión para contrastar. Alguien que nos mantenga centrados.

Da una chupada al cigarrillo. Expulsa el humo y mete la mano libre en el bolsillo.

—Es increíble cómo me quedó en la memoria. Lo que pasa es que después me quedó rebotando en la cabeza muchos días. A Javier también. Una pila de veces conversamos sobre eso nosotros. Dijiste que como éramos ignorantes, esa fábula casi siempre estaba equivocada. Que entonces, el esfuerzo que hacíamos para querer y amar y para desear esas cosas era sólo para cumplir con la fábula, y el esfuerzo puede ser tan grande que claro, después, cuando la fábula esa de nuestra soledad se rompe, recordamos a los objetos como si los hubiera codiciado otro. Esa palabra usaste. Que lo único que era nuestro de verdad al final era la soledad y la ignorancia. Y la fatiga. Así fue lo que dijiste.

Guzmán no recuerda nada de eso. Aquella noche está impresa en su memoria como La Noche Que Me Emborraché En Lo De Javier Y Mario Un Par De Días Después De Que Manolo Y Elvira Cayeran Por Casa Para

Consolarme Con Gazpacho Para La Cena. Y nada más.

Pero las palabras de Mario tienen un olor familiar a viejo. Resuenan por toda su cabeza como suyas, con un timbre tan dolorosamente lejano como cierto, y Guzmán se siente expuesto. Violento y desnudo. Y experimenta lo que Mario acaba de contar como una especie de espionaje, pero no de su propia vida, peor aún: como una intromisión en un sueño supuestamente propio que hubiese preferido que quedara olvidado.

—Javier estaba de acuerdo contigo —continúa Mario—. Él pensaba que estábamos siempre solos, y que eso de la compañía no siempre era bueno porque ya de entrada era un engaño, porque nunca podíamos acercarnos del todo al otro. Pero yo le decía que no. Para mí eso es un verso.

Carraspea y pierde la calma, pero mínimamente, y Guzmán preferiría que la dejara ir toda porque esa intranquilidad es diminuta como un grano de arena áspero en los ojos. Prosigue:

—¿No hay veces que te das cuenta, mientras todo está pasando, que si vos quisieras te podrías entregar todo, todo así, por completo? ¿Y hasta sos consciente de cuando tomás la decisión de no entregarte? Ponemos marcha atrás unos metros. ¡Y lo hacemos sabiendo! Abrimos el paraguas. Eso es increíble. El problema es

de nosotros —se pone a garabatear con el cigarrillo a la altura del hombro—. No es que no se pueda. Es que no-que-re-mos. Nos da miedo. Y siempre nos guardamos un cachito. Siempre dejamos un pedazo del corazón afuera. ¿Y todo para qué? Vos decime si eso no es traición. Sí, es traición. No me tenés que responder. ¡Si lo sabré yo! Porque esa partecita es la que siempre está sola, la que hace todas las locuras. Porque esa parte también necesita entregarse, y obvio, si no se entrega a uno, se entrega a otro. No nos entregamos. Como si nuestros corazoncitos fueran tan importantes, por Dios...

Pero la voz de Alina distrae la atención de los dos hombres. Está parada en el lugar casi exacto en el que Mario se detuvo hace unos minutos. Dice:

—El baño está libre.

Guzmán voltea bruscamente en dirección a la voz mientras Mario gira la cabeza apenas.

Mario tiene parte de la cara, el pecho y las piernas grises, iluminados tenuemente.

Alina tiene la cara entera, el pecho y las piernas a oscuras; recibe la luz eléctrica del baño, que le llega desde atrás.

Guzmán no sabe decir desde cuándo está parada ahí.

Da su primer paso hacia él y parece haber estado clavada al piso desde siempre. Podría haber escuchado todo.

Guzmán no tiene intención de averiguarlo, y agradece la idea de Mario de apagar la luz cuando pasa al lado de Alina en su trayecto al baño. No quiere que le vean la cara. Se moja la boca, la frente y el cuello. Se sienta en el wáter pero deja el agua de la pileta corriendo.

Queda un largo rato sentado ahí, con los codos en las rodillas y la toalla apretada contra la cara. Al incorporarse, no se desprende de la toalla. El baño es de azulejos blancos.

Tiene un piso de baldosa con diseño de piedras que disimula la suciedad. La cortina de la ducha está corrida.

En el suelo seco ve un nudo de pelos trancados en el resumidero y, contra una esquina, tarros semivacíos de champú y crema de enjuague.

El botiquín donde está encastrado el espejo cuelga a un palmo de la pileta. Refleja el botón de la cisterna. Debajo y sin intención de subirse unos centímetros para verse, la cabeza de Guzmán.

Piensa que ese botiquín debe de ser el mejor equipado del mundo, que dos por tres Mario debe de traer elementos del hospital para rellenarlo. Y no le es difícil imaginarse como paciente de él, imaginar esa voz y ese porte entrando en la habitación preocupados por romper el hielo y ganarse su confianza en tres segundos.

Se pregunta qué le estará contando Mario a Alina. Y piensa en Alina. Un par de horas

atrás, ella no quería oír hablar a nadie más. Y nunca le gustaron las conversaciones graves ni los temas importantes. Eran difíciles, había trabas por todas partes. Prefería charlas más ágiles. Nada demasiado ceremonioso ni entorpecedor. Lisas, las llamaba. Como si estuviese describiendo una autopista: la vía más rápida y sin barreras para llegar al centro de una persona. Eso era lo que pensaba.

Aun así, no le había molestado escuchar a Mario. Presenciar un drama ajeno, en la forma que sea y cuando no guarda ninguna relación con el propio, es igual a oír una lengua extraña, adormecedora y turbiamente atractiva. O música de un país famoso y lejano. Uno se olvida momentáneamente del suyo a la vez que siente el consuelo de no ser el único ahogado por las circunstancias. Y el drama de Mario es distinto del de Alina; no tienen ningún punto de contacto, o al menos eso es lo que ella cree.

Eso es lo que ambos, en su ignorancia, saben.

Guzmán vivió algo similar a la experiencia de Alina. Se sintió la mayor parte del tiempo a una distancia segura de sí mismo, pero ahora, con esto último, Mario se ha puesto demasiado personal.

Cierra la canilla, da vuelta el pestillo de la puerta y mira la hora. Son casi las dos de la mañana. Y en algún punto entre medio, todos sus recursos lo abandonan.

Alina lo intercepta en el pasillo. No viene del living-comedor, llega de la puerta del fondo de la casa. Lo toma de la mano, presa de una agitación que le embellece la piel de la cara. Está a punto de hablar.

—Vámonos de acá —dice Guzmán, reuniendo fuerzas de la nada y cortándole la intención.

Alina lo observa con la cabeza sesgada. Pierde la expresión interrogante de los ojos luego de pedirle que se queden un rato más y que venga con ella al fondo.

Guzmán termina siendo casi que arrastrado. Lo primero que percibe al salir es el cielo rutilante de estrellas. Después, la bruma rosada que desprenden las luces de las casas de la cuadra, difuminada a un par de metros por encima de las azoteas. Respira el aire libre una vez que Alina le suelta la mano para adelantarse.

El patio trasero es de tamaño mediano, con forma de trapecio. Está oscuro.

Mientras trata de acostumbrar la vista, Guzmán oye la voz de Mario desde algún lugar a su derecha, y se da cuenta de que ha comentado en voz alta lo oscuro que está.

Mario dice la bombita del fondo nunca funcionó. Nos gastamos un dineral en hacer revisar las instalaciones, pero no arreglamos nada.

Entonces, Guzmán ve el árbol en medio del patio. Sobrepasa apenas la altura de Alina, que toca una de sus ramas y luego desliza los dedos hasta una hoja.

—Sigo sin darme cuenta de qué árbol es. Pero me parece que es un fresno —dice. Las hojas parecen llenas de gotas, y un color invernal se apoya delicadamente sobre el árbol.

Mario habla de cómo Javier y él siempre habían querido tener uno en el fondo, para tomarse una cerveza a la sombra, y de la sorpresa que fue para él encontrarse con el árbol ahí cuando volvió de Paysandú hoy a la tarde.

Avanza un par de pasos y se pone en cuclillas. Se apoya en el suelo alterado. Alina pregunta:

—¿A vos que árbol te parece que sea, Guzmán?

Guzmán sigue el ritmo de su propia respiración; lo mueve a las lágrimas. No permite que se le note, concentrándose en el olor de la tierra, la humedad y el súbito impacto de un bicho en el pelo. Alina dice:

—Vi una estrella fugaz.

Y Mario se expande sobre las ventajas que, por otra parte, da el no tener luz eléctrica en el fondo. Cuando por fin hace silencio.

Guzmán gira la cabeza en un impulso violento. Quiere abalanzarse sobre él, tiene ganas de romper, y se siente capaz de matarlo y con un temblor en toda la boca. Pero en la penumbra no llega a distinguir si Mario está de frente o de espaldas. En todo caso, los separan varios metros. Mario permanece callado y Guzmán ve una espalda semivestida y quieta como la de alguien que duerme, incapaz de daño alguno, y no encuentra diferencia entre matar a alguien dormido y matar a un niño. Baja la mirada. Se busca la mano en el suelo. Luego besa con los dientes la de Alina sobre su cabeza. Cinco minutos después, desde el auto, Guzmán ve a Alina con Mario en el porche de la casa.

Están frente a frente y es ella la que habla, tomándolo de los codos. Ella le ha pedido a Guzmán que la espere unos segundos, porque el rostro de Mario viró drásticamente cuando anunciaron que tenían que despedirse.

Guzmán piensa que a lo mejor ella trata de darle algún consuelo y le está contando su drama. Mentalmente, Guzmán hace lo mismo. Se cuenta las últimas cuarenta y ocho horas. Y en mitad del proceso, se vuelve consciente de que está hablándole a su hija. Relata desde el momento en que se dio cuenta de que ella le había dejado a cargo toda la respiración del dormitorio. Pasa por Javier: los últimos ojos en verla y las últimas y únicas manos, secretas, que supieron sostenerla. Se detiene unos instantes y

piensa intensamente en él. Javier, en algún lugar y aprendiendo a desear algo nuevo.

Guzmán reemprende el cuento con Alina y se ve obligado a modificar un poco la velocidad. Piensa en el niño que quiso ser Batman, no lo logró y prefirió convertirse en murciélago antes que volver a ser niño.

Modula las palabras, oye los cambios de entonación en su cabeza, luchando en parte porque no se le escape ni un solo sonido y en parte por reproducir escena tras escena lo más fielmente posible... Cerca del final, se detiene en seco. Porque le viene miedo a lo solos que parecen los hombres que mueven los labios en silencio adentro de un auto.

Y porque se da cuenta de que lo que está contando empieza a hincharse en una confusión de pensamientos, de experiencias, de mentiras: de agregados y ocultamientos, de apreciaciones y juicios.

El silencio lo alivia: es como una criatura bruta con la que no tiene que relacionarse. Y el paladar, ocupado por la inercia, lo conmociona suavemente. Hacia el final del diálogo con Alina, es Mario el que se entrega a un abrazo en el frente de la casa.

Con una punzada en el corazón, Guzmán la observa mientras cruza el jardín, luego la vereda y entra al auto. Alina lanza una última mirada al porche. Dice:

—Le pedí a Mario que se quedara tranquilo y que no hiciera nada extraño, y creo que le dio vergüenza. Te ves mejor.

—Estoy mejor —responde Guzmán.

Enciende el motor, pone primera y avanzan un par de metros. Por el espejo retrovisor capta a Mario, todavía en el porche y agarrándose la muñeca bajo la luz macilenta. Tiene un Nevada en la boca.

Guzmán pone segunda, dobla y Alina dice:

—Pobrecita —y parece estar diciéndolo por Mario.

Aunque también podría estar hablando por ella misma, o por Maite.

Guzmán le apoya una mano en el muslo. Ella la cubre con la suya y él piensa en enero. Piensa en el enero que viene y luego en el pasado. En el fin de semana en La Paloma. El sábado permanecieron en la playa hasta bastante después del atardecer. Maite se fatigó de repente, después de todo un día a las corridas y la envolvieron en una manta y la dejaron dormir un rato en la arena. Alina le pidió a Guzmán que llevase a Maite al hotel cuando refrescó. Ella se iba a quedar un rato más, después subía. El Hotel Portobello es de ladrillo y tiene una vista completa de la playa de Los Botes. Guzmán miró desde la ventana de la habitación en el tercer piso hacia la playa, vio a Alina en la arena cerca de la orilla, vio su buzo depor-

tivo blanco con capucha. Maite siempre había tenido un sueño profundo y Guzmán pensó que no habría ningún peligro en dejarla sola. Y no lo hubo. Bajó. No la encontró en el mismo punto de la orilla donde la había visto pocos minutos antes, pero un segundo después distinguió la mancha blanca alejándose con pequeños saltos. La siguió. El viento norte había amainado debido a la aparición de la luna. El cielo no perdería en toda la noche su leve tonalidad azul y el mar guardaba un color profundo y oliváceo. Se ubicó al pie de las dunas y la persiguió en su caminata. No quedaba nadie en la playa. En un momento determinado, Alina hizo un dibujo en la arena con el pie. Después siguió caminando. Las olas rompían con un poderoso estruendo vacío, y cuando ella se sentó de cara al mar con los brazos atándole las rodillas, Guzmán tuvo la impresión de que Alina se sentía segura y meditaba en cosas felices. Tuvo ganas de juntarse con ella en la arena. Pero no podía. Cualquier otro tendría el derecho de hacerlo, cualquier otro lo haría, porque ella parecía soltera ahí en la playa, de noche.

Lo distrajo de los celos un fogonazo proveniente del faro, y para cuando volvió a mirar a la orilla, Alina había emprendido el regreso. Guzmán subió las dunas hasta la carretera y corrió al hotel, donde la esperó despierto y con los ojos cerrados. Ni bien abrió la puerta, Alina emitió unas palabras al ver a Maite y

Guzmán acostados juntos, y se les unió. Ella estaba contenta y se durmió antes que él.

Guzmán recuerda la sensación simple, fría que tuvo con el contacto de sus pies. Ahora siente el bostezo de Alina. Sigue bostezando después de haberse recostado en el hombro de él, bastante después de haber cerrado los ojos incluso.

Guzmán piensa que si hoy fuese enero, si tan sólo hoy fuese enero, la sorprendería dentro de un par de horas en la puerta de la casa de verano.

Se terminó de imprimir en el mes de Octubre de 2000
en Impresores Asociados / Fotosistemas S.A.
Av. Agraciada 2776 - Tel.: 203 5027
Montevideo - Uruguay

Depósito Legal 318.808/2000